

¿Chusma?

*A propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración,
la revuelta del otoño de 2005 en Francia y sus últimas manifestaciones*

Aléssi Dell'Umbria

Pepitas de calabaza ed. Apartado de correos n.º 40 26080 Logroño (La Rioja, Spain)

© Aléssi Dell'Umbria / Pepitas de calabaza ed.

Se recomienda la difusión de este texto.

Traducción, fotografía y grafismo: Las malas compañías de Durruti, con la colaboración de Juanita Narboni

ISBN: 84-937205-6-8 Dep. legal: NA-2586-2009

Segunda edición ampliada y revisada, octubre de 2009

1 Tapas

1.1 Contratapa

[...] La cuestión social por excelencia es la de la relación con el mundo. El aislamiento, la separación entre el individuo y la comunidad, son la condición misma del funcionamiento de la maquinaria capitalista. Para el capital es imperativo destruir, ya sea mediante la violencia directa o por medio de infames constreñimientos, cualquier forma de arraigo local, a imagen de los campesinos ingleses del siglo XVIII a los que obligó, a través de las *enclosures* (cercados), a abandonar el campo para engrosar las filas del ejército de reserva del salariado industrial. Desarraigados, privados del punto de apoyo de la comunidad rural, a los fabricantes textiles de Manchester y de Birmingham les servían igual para un roto que para un descosido. Ahora nos encontramos en una etapa en que ese proceso se ha globalizado bajo diversas formas, lo que significa que los incendios de los suburbios no plantean una cuestión de derechos, sino las cuestiones de la lucha social real, porque los jóvenes parados-de-por-vida y precarios que nacen y crecen en estas áreas de marginación no son el resultado de una injusticia particular, sino la condición de funcionamiento de un país capitalista avanzado. [...]

1.2 Solapas

Lejos de cualquier discurso prepotente, moralizante o pseudoinsurreccionalista, este riguroso y esclarecedor texto sitúa los acontecimientos del otoño de 2005 en Francia (y su prolongación hasta la actualidad) dentro del proceso de desintegración social y reforzamiento del Estado-Leviatán iniciado en toda Europa. Y lo hace con la intención de abrir un debate real y proponer una perspectiva revolucionaria ante el chantaje político-mediático que ofrece, como opción ineludible, la elección entre la integración laica y democrática frente al comunitarismo étnico-religioso o pseudocultural. Así pues, este ensayo nos ofrece mucho más que una historia de la revuelta de los suburbios o de la inmigración, ya que no se limita a dar las claves de varias décadas de evolución social (lo que ya es todo un logro en sí mismo), sino que propone orientaciones concretas para el presente y el futuro inmediatos.

Desde su aparición, este texto se ha convertido en cita obligada para todo aquel que desee conocer sin distorsiones la realidad de los «suburbios» franceses. Esta segunda edición amplía y actualiza las reflexiones de la primera, a la vez que aporta nuevos datos sobre la evolución del conflicto, más enconado que nunca; como anexo, además, incluye uno de los pocos escritos nacidos al calor de la revuelta, que concluye de forma tan sencilla como cruda: «Ya no tenemos nada que perder, preferimos morir rodeados de sangre que de mierda».

Alèssi dell'Umbria no es, por fortuna, ni sociólogo ni periodista ni militante. A principios de los años ochenta participó en la primera gran revuelta de las *banlieues*, para después asistir, impotente, a la derrota y recuperación de la misma, así como a la instauración en el país vecino de un auténtico *apartheid* social. Además de participar de manera habitual en diferentes proyectos de crítica social, recientemente ha escrito *Histoire universelle de Marseille, de l'an mil á l'an deux mille*.

*Dedicado con especial
cariño a Mustafá Amine,
el Sultán negro.*

2 Índice

- I. La hoguera de las vanidades
- II. *La banlieu, lieu du ban*
- III. La guerra de todos contra todos y la neurosis securitaria
- IV. Recuperación y represión son las dos ubres de la República
- V. Para acabar con el juicio de Dios
- VI. Inmigrantes y globalizados
- VII. Sensacionalismo a la francesa

Postfacio a la reedición castellana de
Si c'est de la racaille

Anexo
Glosario

3 La hoguera de las vanidades

«¡Esta noche arde todo!» podría haber sido uno de los grandes éxitos del otoño de 2005. Durante tres semanas, en diferentes suburbios de Francia, centenares de jóvenes pusieron en práctica la vana promesa de este cántico de hinchas...

Los observadores coinciden en que alrededor de unos diez mil jóvenes, quince mil como máximo, participaron de un modo u otro en los incidentes, actuando por lo general en pequeños grupos de entre diez y quince individuos: la revuelta se presentó como la

extensión de un modo de vida, el de la banda, la tribu, la *posse*.

Así se explica también que, salvo las tres noches de motines en Clichy-sous-Bois, los enfrentamientos directos con la policía fueran algo esporádico. Hubo, no obstante, dos excepciones: en Évreux, el sábado 5 de noviembre por la noche, un grupo de doscientos jóvenes armados con mangos de picos, bolas de petanca y cócteles molotov, logró saquear un centro comercial y se enfrentó directamente a la policía; al día siguiente, por la noche, en la barriada de la Grande-Borne, en Grigny (l'Esonne), un ataque de entre doscientos y trescientos jóvenes dejó heridos a una treintena larga de CRS.[¹] Estos ejemplos vendrían a demostrar que, incluso en el terreno desfavorable de los suburbios, cuyos espacios bien delimitados parecen diseñados para facilitar la intervención de la poli, los alborotadores pueden atacar con éxito a la policía. Por lo demás, aquel fue un fin de semana bastante caliente, pues en la noche del 6 al 7 se alcanzó el punto culminante de los incendios, con mil cuatrocientos vehículos incendiados en pocas horas en todo el país: mucho más que a través del enfrentamiento con una policía superior en armamento, la revuelta se expresó por medio del fuego.

«El objetivo fueron sobre todo los símbolos del Estado: se quemaron las oficinas y los furgones de correos... Después, hubo enfrentamiento con la poli... por mi parte, sé que con cada piedra que se lanzaba, la gente decía "Ahí tenéis: ¡esto es por Bouna y Zyed! Porque no queremos morir"», contaba un joven de Clichy que precisaba poco más tarde: «En Clichy no se trataba de los musulmanes contra otra cosa, sino de los jóvenes de la barriada, que estaban hartos, hartos de su vida, contra el gobierno. No había sólo musulmanes».[²]

Un especialista en el Islam interrogado por un diario parisino declaró que no se trataba de una revuelta integrista (sí no nos lo llegan a decir, jamás lo habríamos dudado...), sino anarquista.[³] Se aproximaba así un poco más a la verdad, pero omitiendo un detalle de envergadura: los anarquistas practicaban la propaganda por el hecho, y su antagonismo con el Estado estaba orientado por una estrategia a largo plazo (de lo cual da fe el término «gimnasia revolucionaria», acuñado en los años veinte por García Oliver a propósito de la estrategia insurreccional de la FAI), mientras que en la revuelta del otoño de 2005, el antagonismo con el Estado era inmediato. Se impone, sin embargo, otra precisión importante: la revuelta no fue sólo antagonista, sino también agonista. En efecto, los incendios adquirieron enseguida el carácter de un desafío recíproco, de una competición —de una emulación si se prefiere— entre los jóvenes de diferentes suburbios pobres. [⁴]

«Nos mola verlo arder todo por la tele. Yo casi nunca salgo de mi barrio si no es para ir a mi pueblo, en Argelia, pero con los chavales de Seine Saint-Denis nos comunicamos a través de la pantalla; todas las cadenas emitían imágenes, incluso las

1 Para la interpretación de las siglas, consúltase el glosario que figura en la página 187. (N. del e.)

2 Entrevista realizada por el boletín anti-cárcel *L'Envolée*, n.º 16, febrero, 2006.

3 Eso opina también Le Pen, que no ha visto en esta revuelta un movimiento integrista, sino una «insurrección anarquista». Para que se vea: un especialista en el Islam y un político de extrema derecha están más cerca de la verdad que la buena conciencia republicana que lleva a un Val a despotricar en el periodicucho racista *Charlie-Hebdo* (el cual no ha visto en la revuelta más que una sublevación de machos integristas).

4 En la antigüedad griega el *agon* designaba el enfrentamiento de dos héroes por medio del combate o la palabra, por oposición al *symposium*, que reunía sin enfrentar, pero con idéntica función que el *agon*: celebrar los valores comunes de la ciudad. El *agon* puede entenderse como una competición, como una rivalidad regulada. Su principio reaparece en los torneos de los trovadores de la Edad Media y en los *clash* del hip-hop y del *ragamuffin* de finales del siglo xx. El *agon* surge como «una violencia a la que le subyace un juego». Si el antagonismo enfrenta a enemigos, la competición agonística opone a adversarios. Nos remite, por tanto, a las nociones de desafío que están en la base de los sistemas de intercambio recíproco de las sociedades llamadas primitivas. En el lenguaje médico, un agonista designa un estimulante.

teles árabes vía satélite». Si a ello le añadimos el empleo de los SMS y del correo electrónico, tenemos ahí una completa inversión del sentido de las tecnologías abusivamente llamadas de comunicación. «Nos desafiamos a distancia». El desafío — todas las sociedades llamadas primitivas lo saben— es el acto que fundamenta la comunicación: aquí el desafío pasa por la mediación del telediario de las ocho. «No existe competencia entre barriadas, es solidaridad pura», declaraban los jóvenes del barrio 112 de Aubervilliers.

Más allá de la protesta contra las coacciones policiales, los incendiarios, habitualmente separados por el urbanismo de los suburbios, aspiraban a reconocerse entre sí. Y al hacerlo, accedieron a una celebridad escandalosa. Cotidianamente marcados por la *hogra* —el rechazo social— no pueden esperar reconocimiento social alguno si no es por medio del escándalo. ¡Ya dijo Marx en su época que en Francia bastaba con no ser nada para querer serlo todo! Los jóvenes de los suburbios no pueden estar por encima de su época, pero pueden estar a su altura. La sociedad del espectáculo ha consagrado la celebridad como único modo de comunicación, de reconocimiento público, como dejan traslucir las palabras de ese joven incendiario que dijo que se comunicaban por medio de la pantalla. El escándalo es la forma negativa de la celebridad.

Cuando en julio de 1981 entró en erupción el barrio pobre de Toxteth en Liverpool, ciudad portuaria del nordeste de Inglaterra, y los motines se extendieron a todo el país en pocas semanas, los *media* británicos inventaron la expresión *copycat riots*: motines por mimetismo. Esa clase de expresiones está hecha a medida para destilar discretamente el veneno del desprecio. Habitados a que la protesta, institucionalizada, se decida y organice de modo vertical —a imagen de esas huelgas de veinticuatro horas decretadas por las centrales sindicales y anunciadas con semanas de antelación— cada vez que una protesta se autoorganiza de forma horizontal, por contagio y al margen de todo marco institucional, los comentaristas sienten que se pone en tela de juicio su omnisciencia mediática. Así fue, sin embargo, como diez millones de trabajadores se declararon en huelga en mayo de 1968... ¿habría que hablar también en este caso de *copycat strikes*?
[⁵]

A estos profesionales del comentario también les resulta inquietante que la gente salga a la calle sin reivindicar nada en particular. Cada vez que se produce una revuelta, vuelven a unir sus voces para deplorar la gratuidad de los actos cometidos, como si con eso bastara para desacreditar de forma inapelable las razones y los objetivos de la misma. ¿Y por qué habríamos de privarnos de lo único que seguirá siendo siempre gratuito en un mundo donde todo se ha convertido en mercancía? [⁶] A todo esto hay que añadir algo más: en un país en el que todo un sector de la población resuelve sus frustraciones recurriendo a la camisa de fuerza farmacológica, los jóvenes incendiarios han acudido a una terapia distinta: el vandalismo.

Evidentemente, uno no puede dejar de pensar que dichos jóvenes no siempre prendieron fuego en los lugares más indicados. «Entiendo que se sublevan contra Sarkozy, que se comporta y habla como un jefe de banda. Pero si tuvieran huevos, irían a destrozarse el centro de la ciudad; atacarían un símbolo del sistema y no a los que viven a

5 Huelgas por mimetismo. (N. del t.)

6 Se admite sin ningún problema que se destruyan ciudades y campos, que se envenene el aire y el agua, que el amianto, el óxido de carbono, la química agroalimentaria y la multiplicación de las microfugas nucleares generen cánceres y destruyan cientos de miles de vidas —sin hablar ya de las ventas de armas a los países pobres— porque se trata de la lamentable contrapartida de la prosperidad de las naciones, la garantía de un PIB en alza, etc. Desde el momento en que crea empleo y activa el crecimiento, se puede destruir todo lo que se quiera. Pero para una sociedad que ha desterrado cualquier forma de gasto salvaje, destruir por placer supone el escándalo supremo. Sin duda, los incendios son la parte maldita de nuestra sociedad.

su lado», declaraba una madre de familia de la barriada de la Madeleine, en Evreux, al día siguiente de los incidentes del día 5. Sin embargo, las escasas tentativas de trasladar el enfrentamiento al corazón de las ciudades se saldaron con fracasos, particularmente en Lyon, donde el sábado 12 de noviembre los CRS desalojaron la plaza Bellecour en poco menos de una hora. De modo general, la juventud de los suburbios pobres nunca ha logrado golpear el centro de las ciudades sino a la sombra de las manifestaciones estudiantiles (el ejemplo más hermoso fue el saqueo del centro comercial de Montparnasse, en septiembre de 1990, al grito de «¡Vaulx-en-Velin!»). Al fin y al cabo, los jóvenes, al saquear todo lo que estaba a su alcance, no hacían sino emprenderla con todo ese entorno cotidiano al que se sienten tan ajenos, un poco como esos presos que, cuando de un día para otro se les cruza un cable, destrozan el interior de la celda en la que, no obstante, saben que están condenados a permanecer durante unos meses o unos años.

LAS SINGULARIDADES regionales resultan significativas. En el Nord Pas-de Calais, región donde todo el tejido social quedó desintegrado tras el desmantelamiento de las industrias mineras y textiles, se registro una participación masiva de los jóvenes blancos en los incendios (la condena judicial más dura, cuatro años de cárcel, fue pronunciada en Arras, Pas-de-Calais, contra un rubiales de veinte años y de patronímico flamenco, por haber incendiado un But (electrodomésticos) y un Saint-Maclou (alfombras, tapicería). En Lille (Norte) dos tercios de las personas contra las que se celebraron juicios rápidos después de los incendios nocturnos eran rostros pálidos. «En el barrio de Bois-Blancs, en Lille, cuando ardió la escuela, durante la primera media hora todos eran blancos»... «Al contrario de lo que vi en Val d'Oise y Val-de-Marne, aquí he descubierto una población específica, en la que no se daba la discriminatoria "inmigrante-no inmigrante" [...] Ha habido barrios enteros devastados por el desahucio económico. Las antiguas solidaridades obreras han desaparecido y han sido reemplazadas por la asistencia social. En el barrio de l'Alma, en Roubaix, hay un 40% de paro. Hace treinta años, las madres de esas jovencitas que abandonan la escuela a los quince años presentando un certificado de embarazo habrían trabajado como obreras en La Redoute», constata un sociólogo.

En Marsella (Bouches-du Rhône), en cuyos arrabales de HLM de los barrios norte y este abundan los incidentes con las fuerzas del orden, fueron pocos los incendios. Se atacaron comisarías de policía con cócteles molotov, se incendió un autobús y una expedición contra el Carrefour de Merlan fue frenada en seco por la intervención de los CRS, sin duda avisados por un chivato (de hecho, en ciertos supermercados de Marsella ese género de incidentes es frecuente; en octubre, el Carrefour de Bonneveine fue literalmente saqueado con ocasión de una huelga de los vigilantes). La prefectura de policía ha silenciado dichos incidentes a fin de evitar que se propagaran, pero es un hecho que los incendios de automóviles no han rebasado la cuota habitual (unos cincuenta semanales). En esta ciudad mediterránea, en la que los jóvenes de origen norteafricano se sienten menos desarraigados que en la Francia continental y cuyo centro, a diferencia de París y de Lyon, es aún más pobre que la periferia, la juventud marginada puede identificarse sin problemas con una ciudad marginada a su vez, y experimentar un sentimiento de exclusión no menos punzante pero en cualquier caso un poco más compartido. Un miembro del grupo de *rap* Psych'4 de la Rime, originario de Plan d'Aou entrevistado por un diario parisino a mediados de noviembre de 2005, ponía de manifiesto la forma en que los jóvenes de los barrios del norte y del este ven su ciudad: «Yo, antes que del extrarradio, me siento marsellés». No obstante, eso podría cambiar si la estrategia de *gentrification* ^[7] del centro puesta en marcha desde hace diez

7 *Gentrification*: voz inglesa que designa las políticas de rehabilitación urbana de los cascos antiguos, consistentes en expulsar de éstos a los pobres y atraer a los artistas, pequeños ejecutivos y «yuppies», con la consiguiente revalorización y subida de los alquileres. (N. del t.)

años por la alcaldía acaba dando resultados...

NADIE PUEDE decir que esta revuelta fuera una sorpresa. Toda Francia llevaba más de veinte años acostumbrada a la existencia de esas zonas en las que la marginación urbana y la segregación étnica acababan por coincidir a la perfección. Y como lo más familiar es siempre lo más desconocido, los informes de la policía política y las emisiones televisivas de gran audiencia acerca del «malestar en los suburbios» se sucedían a fin de soslayar lo esencial: se trata de suburbios pobres o, para ser más exactos, suburbios de pobres... No todos los jóvenes incendiarios de los suburbios eran de origen inmigrante, aunque éstos hayan constituido el grueso de las tropas, pero sí eran todos pobres: una vez recordado eso, ya se ve todo más claro.

Si no todos estos jóvenes eran *caillera* ^[8] —lejos de ello— todos adoptaron el arrogante epíteto empleado por Nicolas Sarkozy tras su visita efectuada a una zona HLM de Argenteuil (Val d'Oise) en la noche del 25 de octubre, dos días antes de que petara todo, y se dirigiera ante las cámaras a un habitante que éstas no captaron (por cierto, ¿de verdad había un habitante delante del ministro?): «¿Ya están ustedes hartos de esa racaille? ^[9] ¡Pues vamos a librarles de ella!»

¿Librarse de quién? Los servicios de la policía no conocían a la mayoría de los menores detenidos tras la revuelta del otoño de 2005, lo que vendría a probar que, o bien la policía no conocía a todos los provocadores de potenciales disturbios, o que incluso chavales sin historiales acabaron estallando después de lo sucedido en Clichy-le Bois el 27 de octubre por la tarde, dado que con la atroz muerte de aquellos dos chavales, el terror policial se había «excedido» un poco.

Cualquiera que haya sufrido un cacheo de la Brigade Anti-Criminalité (BAC) en plena calle, o simplemente haya presenciado uno, comprenderá el pánico que sintieron aquellos pobres chiquillos ante la perspectiva de un control, y que les llevó al extremo de refugiarse dentro de un transformador eléctrico.

De hecho, uno de ellos se había dejado el carné de identidad en casa y, por tanto, temía tener que pasar la noche en comisaría. Que se tratara de unos desconocidos para los servicios de policía no hace sino dejar todavía más claro el clima de terror que éstos —y la BAC en particular— hacen reinar en toda Francia, y no sólo en los suburbios. Y es evidente que desde 2002, fecha en la que Nicolas Sarkozy se puso al frente del ministerio del Interior por primera vez, la poli, que nunca se había cortado un pelo, decidió desmelenarse del todo.

Tales coacciones, sin embargo, no son una novedad. Durante los años ochenta, en los suburbios de Lyon por ejemplo, aterrorizar a los jóvenes salidos de las filas de la inmigración mediante la ejecución sumaria fue una práctica no oficial pero muy sistemática. Diríase que tras el gran motín de la ZUP ^[10] de Masdu-Tareau en Vaulx-en-Velin (Rhône), el 8 de octubre de 1990, el ritmo de las ejecuciones se ralentizó: con la muerte de Thomas Claudio se rebasó la decena, ya que fue la onceava víctima de la policía en el área metropolitana de Lyon...

8 *Racaille* en verlan. El verlan es una forma de argot basada en anteponer la última sílaba de una palabra del francés «oficial» a la primera sílaba. (N. del t.)

9 Término de origen occitano. La *racalha* es, literalmente, el vómito, el deshecho. El sustantivo se forma a partir del verbo *racar*, vomitar, rechazar.

10 Zonas de Urbanización Prioritaria: (plan creado en 1960, que definía vastos espacios en los que planificar la construcción de viviendas sociales y privadas de pe a pa: la más conocida, la ZUP de las Minguettes, situada en el municipio de Vénissieux, en los suburbios de Lyon, reunía en 1981 a cerca de 35.000 habitantes). (N. del t.)

La primera revuelta de los suburbios tras una de esas ejecuciones sumarias se remonta a 1979, en Vaulx-en-Velin precisamente —en la zona HLM de la Grappinière— y fue seguida inmediatamente por los sucesos de octubre de 1980 en Marsella, cuando la juventud de los barrios del norte se enfrentó a la policía y saqueó varias calles comerciales del centro tras el asesinato de un joven marsellés de origen argelino por un CRS. Durante los años ochenta, las supuestas «pifias» aminoraron el ritmo, sucediéndose a velocidad de crucero. Esta lúgubre letanía de asesinatos se prolongó durante los noventa, y se habría olvidado hasta el recuerdo de las víctimas de no ser porque sus camaradas honraron su memoria con motines: en 1990, como decíamos, en Vaulx-en-Velin, en marzo de 1991 en Sartrouville (Yvelines) y posteriormente en Mantes-la-Jolie (Yvelines) en la ZUP de Val-Fourré en mayo, en 1993 y más tarde en 1997 en Dammarie-les-Lys (Seine-et-Marne), en 1993 en el distrito XVIII de París, en 1994 en Arles (Bouches-du-Rhône), en 1998 en Toulouse (Haute-Garonne) en la ZUP de Mirail.

Lo que sí constituye una novedad, por el contrario, es la banalización de la «tolerancia cero» como concepto central del mantenimiento del orden desde 2002. Se sabe que dicha noción fue forjada y aplicada por el alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, antes de ser exportada a Europa Occidental, y en particular a Francia, a instigación de personajes como Xavier Raufer, lo que tuvo por consecuencia que la policía dispusiera absolutamente de todos los derechos en un país que es el Estado policiaco más antiguo del mundo. Así, a comienzos de octubre de 2005, en la estación del Este (París), la policía llegó a aporrear y gasear impunemente a unos simples usuarios de la SNCF que protestaban por la supresión de uno de los trenes de cercanías. (A esos famosos trabajadores honrados que viven en los suburbios, a los que Sarko-zy pretende defender de la chusma, ¿quién los defenderá de la policía?)

Esos policías armados hasta los dientes, *flash-ball* en una mano y pistola paralizante (*laser*) en la otra, saben que, sea cual sea el color de su uniforme, cuentan invariablemente con el respaldo del ministro. ¿Por qué iban a cortarse? En varios sitios de Internet está disponible una lista casi completa de las ejecuciones sumarias cometidas por la poli en el ejercicio de sus funciones desde 1972, bajo el título *L'Etat massacre* (y aún convendría incluir en ella a todos los que fueron literalmente lisiados en el transcurso de palizas...). Las víctimas se cuentan por decenas, y si bien entre ellas hay muchos jóvenes *frankaoui* ^[11] de pura cepa, salta a la vista que los *aarbi*,^[12] en proporción a su peso dentro del la población del país, han pagado el precio más elevado.

En la práctica totalidad de los casos, los asesinos de tarjeta tricolor no han tenido gran cosa que temer, o muy poco. Algunos asuntos desembocaron en procesos penales, y en los casos más flagrantes se dictaron penas de remisión condicional. Así, por haber matado al joven Houari Ben Mohamed en Marsella, el CRS Taillefer fue condenado, años más tarde, a una pena de diez meses con remisión condicional... Idéntico «castigo» recibió el CRS Burgos, que en 1985 mató al joven William Lenormand en París. Además, la tolerancia cero se extiende al simple hecho de recordar todo esto, pues en 2002, tras una denuncia del ministerio del Interior, la justicia persiguió a uno de los cantantes del grupo de *rap* La Rumeur, por haber evocado en el fanzine del grupo el silencio que rodeó a todos estos crímenes policiales. Finalmente, a finales de 2004, fue absuelto, aun cuando tuvo que justificarse, ¡lo cual ya es el colmo! (el ministerio del Interior ha recurrido el veredicto...). Para que se vea hasta qué punto este país va de culo.

11 «Francés», en *sabir*, antigua jerga mediterránea mezcla de árabe, francés, castellano e italiano, hablada en el norte de África y en el Oriente Medio. (N. del t.)

12 «Árabes»; derivación del árabe arabi; aparece en el francés antiguo de Chrétien de Troyes (s. xiii) con el significado de «caballo árabe». (N. del t.)

SIN EMBARGO, iba a hacer falta algo más para conmover (verbo del que se deriva el sustantivo «conmoción») a los suburbios. Ahí está precisamente el drama: en que, al contrario de lo sucedido durante los motines ingleses de la década de los ochenta, la mayoría de la gente que vive en ellos parece estar desconectada y desolidarizada de la juventud. La violencia a todos los niveles de los adolescentes es proporcional al silencio de los adultos. En Aulnay-sous-Bois (Sei-ne Saint-Denis), estos últimos salieron a la calle para exigir el cese de la violencia y, por tanto, el retorno al status quo. Es cierto que el cortejo estaba dividido, como puso de manifiesto la negativa de cierto número de participantes a entonar *La marseleses*. En determinados suburbios se constituyeron grupos de adultos para hacer guardias nocturnas. Cabe comprender que esa gente quiera conservar las escasas instalaciones del barrio, y sobre todo las guarderías, pero ¿acaso han salido alguna vez de casa para denunciar las brutalidades policiales que padece regularmente la juventud? Todo lo contrario, ciertos habitantes de los suburbios han pedido que vuelvan... «Los jóvenes soportan ellos solos toda la miseria del barrio», constataba con lucidez un viejo *frankaoui* del Mirail al día siguiente de un motín; por lo demás, fue en este suburbio de Toulouse donde, tras los incidentes del 6 al 8 de noviembre, los adultos no se conformaron con salir a la calle para proteger las instalaciones locales, sino que fueron a debatir con los jóvenes y disuadir a la policía de atacarles.

Al fin y al cabo, históricamente la palabra *banlieu* no es más que un vocablo del *verlan*: *le lieu du ban*, el lugar del destierro. Hay quienes —como esos millones de *frankaoui* reclusos en sus chalets de suburbio— han sido desterrados de buenas maneras, incitándoles a «edificar» y a endeudarse de por vida (nada mejor que el endeudamiento para asegurarse la pasividad y la tranquilidad de un trabajador), y quienes han sido desterrados a la fuerza, en lugares como Clichy-sous-Bois, donde ni siquiera hay una estación de metro o de ferrocarril que permita a los jóvenes evadirse un poco. Hay quienes interiorizan el destierro y hay quienes lo exteriorizan.

Mientras que la mayoría de los habitantes de los suburbios se acomoda mal que bien a su marginación, quienes están en edad de tener todos los deseos y todas las esperanzas se sienten escandalosamente alienados y lo hacen saber por medio de las llamas. El mismo miembro del grupo Psych'4 de la Rime, a la vuelta de una gira por los suburbios parisinos, confesaba: «Luego queda muy raro oír a Eric Raoult decir: "Amad vuestros suburbios". ¿Allí qué es lo que hay que amar, aparte del hormigón? Comprendemos que en la ciudad dormitorio de las 4 000 se les crucen los cables».

Un joven de los suburbios de Toulouse se explicaba así:

¿Que por qué destrozo los coches de mis vecinos? Porque Sarkozy no viene aquí a aparcar el suyo. Es una gilipollez, ya lo sé. Pero lo hacemos para hacernos oír. Podríamos atacar la alcaldía o los monumentos del centro de la ciudad. Pero a mí en la alcaldía no se me ha perdido nada: es aquí donde quiero que pasen cosas, para que se hable del barrio. Si en el Mirail hubiese monumentos, no quemaríamos los carros de los padres.

Habría, sin embargo, cosas que hacer en los alrededores de la barriada, pues cada época edifica sus propios monumentos, y la nuestra tiene los que se merece: esos espantosos hangares que prolongan hasta el infinito la lepra neo-urbana y en los que se destilan las baratijas destinadas a los pobres. Algunos, más inspirados, han incendiado grandes superficies o concesionarios de automóviles, situados con frecuencia en zonas francas creadas a instancias de la política municipal («No pagan impuestos porque el barrio tiene mala reputación. Sacan pasta a nuestra costa pero se niegan a darnos curro»,

declaraba un joven de los suburbios delante de los humeantes escombros de una tienda-almacén).

Por otra parte, se han atacado autobuses con cócteles molotov, y los pasajeros, habitantes de los suburbios pobres que regresaban del curro, no siempre han tenido el tiempo o la oportunidad de escapar, caso de la minusválida que sufrió quemaduras graves tras el ataque contra un bus en Sevran (Seine Saint-Denis) el día 2 de noviembre... A veces la diferencia entre revoltosos y energúmenos es difusa, y depende sencillamente de la capacidad de identificar a los propios enemigos y no equivocarse de objetivo: ésa es la diferencia entre la cólera y el furor.

4 La *banlieu*, lieu du ban

LOS *CAILLERA* NO REPRESENTAN sino a una fracción de la juventud de los suburbios pobres, pero expresan la frustración general de ésta de la forma más extrema y también más ciega. Agresividad sistemática, machismo exacerbado y hasta racismo revanchista: sobre el lecho de la miseria social germinan conductas asociales. En el límite, ésta engendra monstruos, capaces de quemar viva a una chica que rechaza sus proposiciones o de patear hasta matarlo a un padre de familia que estaba haciéndole una foto a una farola.^[13] En el imaginario teledirigido de los franceses, los *racailleux* están, pues, hechos a medida para desempeñar el papel de bárbaros de turno. Sin embargo, en esta mala película en la que los malos son ellos, ¿quiénes hacen de buenos? ¿Esos franceses de clase media atrincherados en sus casas, algunos de los cuales no dudan en proclamar a viva voz que freír a tiros a un crío que ronda en torno a su coche les parece normal, y que, por lo demás, confían la educación de los suyos a M6,^[14] a Internet y a la Playstation? ¿Los mismos que han hecho de Francia —sin duda para aletargar al monstruo que late en su interior— el mayor consumidor de somníferos y ansiolíticos del mundo?

Los *caillera* no son sino un reflejo de la anomia general. Eso sí que se les podría echar en cara, ¡pero en tal caso no deberían ser los únicos destinatarios de tal reproche! He aquí un lugar común repetido hasta la saciedad a propósito de estos jóvenes y que no data precisamente de ayer: «Tomados de uno en uno, son unos chavales estupendos, pero desde que están en pandilla ya no se les puede controlar». ¿Será que han comprendido que estar aislado es estar vencido, y que el orden social que los aplasta se basa en el aislamiento? Así pues, se hacen temer: al fin y al cabo, a veces el respeto comienza por el temor... «Aquí es un insulto que te traten de víctima», se oye decir en ciertas barriadas HLM de los suburbios.

Existe, no obstante, un hecho fundamental, ignorado por quienes jamás han conocido un día de revuelta en toda su vida: una revuelta colectiva, sea cual sea, transforma a quienes la hacen. Cada uno de los que participa en tales acontecimientos descubre otra dimensión de sí mismo y de los demás. Se miden con el mundo, en lugar de con el sujeto amedrentado al que se dan el malicioso placer de hacer flipar de miedo por los pasillos del metro. Sin embargo, eso supone también que su revuelta entre en comunicación con la de otros. Las bandas de *blousons noirs* ^[15] de los años sesenta

13 Alusión a un sórdido suceso sin relación directa con los motines de otoño del 2005, pero que tuvo lugar al mismo tiempo que éstos: un individuo que tomaba fotos de las farolas (trabajaba para una sociedad de asesores en mobiliario urbano), recibió una paliza a manos de unos jóvenes del barrio de Epinay-sur-Seine (Seine Saint-Denis), que posiblemente lo confundieran con un confidente de la policía, y murió a consecuencia de la misma. (N. del t.)

14 Cadena de televisión francesa especializada en la difusión de culebrones y series norteamericanas. (N. del t.)

15 Equivalente francés de los *rockers* y *teddy-boys* ingleses de los años sesenta. (N. del t.)

fueron el coco de turno de toda Francia, y destilaban una violencia al lado de la cual muchos *racailleux* actuales pasarían por ser muchachitos un poco alborotadores. Sin embargo, los *blousons noirs* aún vivían en la ciudad, no en unos suburbios que en aquel entonces estaban aún en proceso de urbanización. Y respetaban implícitamente ciertas reglas elementales de la vida en sociedad, por ejemplo, aquella que dicta que uno deja en paz a los habitantes de su barrio, reservando su agresividad para la poli y las bandas rivales. Aquellos retoños turbulentos del mundo obrero aún no habían sido expulsados de las ciudades hacia los suburbios y condenados a vivir en la periferia. En 1968, a partir de los primeros enfrentamientos serios con la policía, estuvieron al lado de los estudiantes y de los obreros. En París, procedían de los barrios obreros intramuros, o acudían desde las barriadas HLM de la periferia e incluso del cinturón rojo, próximo al terreno de los enfrentamientos. La mayoría de ellos sabía que acabaría o en la fábrica o en la cárcel. En la actualidad apenas quedan fábricas, pero nunca hubo tantas plazas de prisión...

Treinta años después, la cuestión ya no es saber lo que la sociedad francesa tiene que ofrecer a la «juventud de los barrios con problemas» —la respuesta ya la conocemos— sino saber a qué forma de oposición colectiva y organizada podría sumarse o, más bien, cómo podrían incorporar algo de método a su furia. En 1968 y los años subsiguientes, las bandas de jóvenes delincuentes pudieron tomar parte en un movimiento de rechazo general que recorría distintos sectores de la sociedad. Podían encontrarse con otra gente y conocer otras experiencias que les abrían camino. Se encontraban codo con codo con otros en los enfrentamientos callejeros con la policía, en tanto que las bandas de jóvenes de 2005 están totalmente aisladas y han acabado por desarrollar una cultura del aislamiento.

Estos jóvenes han nacido en *Suburbia*,^[16] lejos de una ciudad de la que, a lo largo de treinta años, se ha expulsado masivamente a los pobres (proceso que, con la excepción de Marsella, se ha repetido en todas las grandes ciudades del país). ¿Puede haber algo más indicativo de la segregación urbana que el pavor que se apoderó de las autoridades y los turoperadores durante esas tres semanas de incendios, ante la idea de que la *racaille* pudiera llegar al centro de París y mandar la temporada turística a tomar viento?!

Así pues, parece que el cinturón de la periferia funciona como una fortificación de nuevo tipo que separa de forma radical la ciudad-museo del suburbio-dormitorio.

TODO ENCAJA. Al desarraigar a la gente, tanto de las ciudades como del campo, para aparcarla en *Suburbia*, se crea una población sin tradición, sin memoria, sin lazos de ayuda mutua, en resumidas cuentas, sin cohesión interna, y, en consecuencia, tanto más atraída por el repliegue doméstico. El resultado es que la República ha logrado quebrar las solidaridades a la perfección: entre una generación y la siguiente, entre un barrio y otro y, por último, entre los franceses y los inmigrantes. Lo único que mantiene exteriormente unidos los fragmentos dispersos de una sociedad desintegrada es la coacción que ejerce el sistema disciplinario, encarnado del modo más visible en la omnipresencia policial.

Dicho sistema disciplinario siempre ha generado energúmenos, individuos cuya revuelta instintiva encallaba en la hostilidad de quienes habían interiorizado la coacción, lo que, literalmente, puede hacer enloquecer. Del tratamiento de esa clase de locura se ocupaban los correccionales y los batallones disciplinarios. Nuestra época ha producido medios sofisticados para anestesiar con delicadeza la capacidad de revuelta de la gran

16 Este término anglosajón, empleado aquí por el autor para referirse al universo del extrarradio, designa en su lengua de origen el universo de los barrios residenciales de clase media-alta. (N. del t.)

mayoría, pero parecen inoperantes en el caso de estos adolescentes a los que nada contiene: ni estudios que cursar, ni créditos que pagar, ni responsabilidades familiares. Constituyen un factor de perturbación permanente, una juventud que empezó a ser calificada de «gamberra» con Jean-Pierre Chevènement y ha acabado en la «chusma» de Nicolas Sarkozy. Para ellos contempla la clase política volver a abrir los correccionales, restablecer el servicio militar, incluso, y construir nuevas prisiones.

Nada nuevo bajo la monotonía hexagonal,^[17] en resumidas cuentas. En efecto, Francia se constituyó mediante múltiples formas de coacción y represión, y es un auténtico sistema disciplinario el que, desde el Gran Encierro ^[18] hasta la IIIª República, le ha ido proporcionando poco a poco su armazón.

La revuelta de 1968 fue, para la juventud del país, la ocasión de ajustar cuentas con este sistema disciplinario en el que habían sido adiestradas las generaciones precedentes, y que el régimen gaullista se esforzó por perfeccionar. Fue entonces cuando irrumpió un verdadero odio a la juventud, identificada con la indisciplina, la conducta licenciosa y el desenfreno, que habían dejado de ser atributos exclusivos de los *blousons noirs*. La temática de la inseguridad se puso en marcha en estrecha ligazón con la de la «delincuencia juvenil». La expresión «racismo anti-juvenil», empleada por algunos grupos contestatarios, apareció en 1970, tras el asesinato de un joven rostro pálido por el gerente de un café del barrio de las 4 000, en La Courneuve (Seine Saint-Denis) al que importunó armando una pelotera delante de su bar. Existía, por lo demás, un racismo a secas, que podía llegar a adquirir tintes homicidas contra los trabajadores norteafricanos inmigrados. Dado que como consecuencia del reagrupamiento familiar estos últimos habían tenido hijos —con frecuencia vivarachos—, el racismo anti-juvenil terminó por confundirse con el racismo a secas.

Esta coincidencia adquiere todo su sentido en lugares como Clichy-sous-Bois, en los que la mitad de la población tiene menos de veinticinco años y donde un tercio largo de los habitantes no es de nacionalidad francesa. La ruptura entre las generaciones es una realidad que se da en todos los países de Europa occidental, pero en Francia parece particularmente profunda. Una de las razones es ésta: la destrucción de las culturas populares y dialectales, de toda esa parte de la experiencia humana que se transmite de forma oral y, en gran medida, en familia. En la Francia laica y republicana, empeñada en destruir todas las culturas orales, la escuela debía convertirse en el espacio exclusivo de transmisión del saber, en este caso, de la cultura escrita, la de las élites. En otras palabras, era el Estado quien decidía lo que debía transmitirse a las nuevas generaciones, lo que repercutió en el seno de las familias (por ejemplo, la erradicación de los supuestos «dialectos» abrió una enorme fosa cultural entre una generación y la siguiente: los padres hablaban una lengua desvalorizada y menospreciada, y los hijos otra, encomiada como lengua de la cultura y de la civilización). En lo tocante a su progenitura, el papel de los adultos debía ceñirse a educarla de acuerdo con las exigencias del sistema disciplinario: la familia patriarcal cumplía así su papel, al igual que el profesor de la escuela laica y obligatoria y el sargento instructor del servicio militar. Y tenía que cumplirlo en el momento preciso en que dejaba poco a poco de funcionar como espacio autónomo de comunicación y de transmisión cultural.

En las familias de inmigrantes, la ruptura entre el universo cultural de unos padres

17 El «hexágono» es una metáfora de Francia análoga a la «piel de toro» como sinónimo de España. (N. del t.)

18 Se trata del período, a grandes rasgos contemporáneo al reinado de Luis XIV, en que el Estado puso en pie todo un sistema de reclusión (cárceles, instituciones de beneficencia, Hospitales Generales y conventos de arrepentidas) que apuntaban a eliminar de la sociedad a todo elemento potencialmente perturbador (vagabundos, gitanos, pequeños ladrones, prostitutas, hugonotes, etc.).

nacidos en otro país y unos hijos nacidos aquí estuvo acompañada por un debilitamiento del sistema patriarcal. También en este caso, parece que las instituciones exijan una ruptura cultural de idéntica naturaleza a la vivida por las familias no inmigrantes: así, un informe preliminar de la comisión de prevención de la delincuencia del grupo parlamentario sobre la seguridad interior (¡nada menos!) remitido al primer ministro Dominique Gallareau de Villepin en febrero de 2005, y que amalgama sistemáticamente delincuencia y familia inmigrante, evoca como una de las causas de la delincuencia juvenil las «dificultades de idioma» debidas al hecho de que los padres insisten en «hablar el dialecto del país en casa». Quien hable árabe o berebere con sus padres acabará, pues, atracando bancos pistola en mano... aquí reaparece, infligido a los inmigrantes, el mismo desprecio republicano por toda lengua que no sea la del Estado: después de las interiores, las exteriores también quedan rebajadas al rango de «dialectos» y confundidas en el mismo desprecio republicano y universal.^[19]

Las instituciones de la República sólo esperaban de esas familias de inmigrantes una cosa: que disciplinasen a sus retoños, y ello cuando las condiciones de vida de esas mismas familias hacían hipotética hasta la autoridad patriarcal tradicional. «La familia no es sólo un medio para cobrar subsidios, también es un espacio en el que ejercer una autoridad», declaraba Sarkozy en el momento álgido de los incendios, amenazando con cortar las prestaciones de la CAF a las familias cuyos retoños hubiesen destacado. La llamada al restablecimiento de la autoridad paterna, si bien hallará eco entre los franceses de clase media, apegados a la figura del Padre (Napoleón, Pétain, y de Gaulle basaron en ello su poder), tiene pocas posibilidades de prosperar entre unas familias inmigradas en las que la imagen del padre, tradicionalmente fuerte en los países de origen, se halla bastante maltrecha. Confinado a los curros más duros y más repelentes, con frecuencia humillado en su dignidad elemental por el racismo y, por último y cada vez más a menudo, incapaz de alimentar a su familia con otros medios que el subsidio de paro o el RMI —los cuales, a su vez, están sujetos a la buena voluntad de la administración— al padre no le corresponde necesariamente el mejor papel. Y tanto menos cuando no hay nada que recuerde a sus hijos que la primera generación supo, en condiciones difíciles, conquistar su dignidad a través de la lucha. La ruptura entre generaciones también se sitúa allí.

En las familias de inmigrantes sucede algo que los polis comprueban cada vez que efectúan un registro domiciliario: los padres, y en particular las madres, prefieren defender a sus hijos frente a la ley. «No queremos someternos a una autoridad que no nos escucha. A la de los padres nos sometemos porque si nos dicen algo, es por nuestro bien; existe una contrapartida, hay amor. Sé que no es ése el caso cuando un poli me dice "cierra el pico y vacíate los bolsillos", y no por eso voy a hacerlo; ya, tenemos un problema con todos los tipos de autoridad sin contrapartidas», declaraba el joven de Clichy-sous-Bois antes citado. De hecho, lo que espera Sarkozy de los padres de familia inmigrantes es que ejerzan esa clase de autoridad sin contrapartidas que es el resorte del sistema disciplinario, lo que también supondría renunciar a la solidaridad familiar instintiva frente al exterior. Ahora bien, en las familias de inmigrantes, muy a menudo es esta última (encarnada por la madre), la que prevalece sobre la primera (encarnada por el padre).

SI BIEN la revuelta de 1968 puso en tela de juicio el modelo disciplinario, no pudo

19 La verdad es que no se trata de algo nuevo: hasta bien entrada la década de 1960, los maestros, que seguían combatiendo el uso del occitano, del corso o del bretón, aconsejaban a las familias italianas o españolas inmigradas que no hablasen en su lengua de origen con sus hijos, pues el conocimiento de ésta era forzosamente incompatible con una buena práctica del francés y, por tanto, con una integración exitosa... este monolitismo lingüístico obsesivo ofrece la prueba abrumadora de hasta qué punto ser ciudadano de la República es algo fundamentalmente exclusivo (y por tanto, excluyente).

restablecer el hilo conductor de la transmisión entre generaciones. En el transcurso de las décadas siguientes, y sobre todo en los años ochenta, el culto a la juventud se impuso como anverso de esa ruptura intergeneracional. A partir de entonces, a la juventud, reconocida y explotada como un segmento de clientela extraordinario por todo un sector de la producción mercantil (indumentarias a la moda, chismes tecnológicos, productos culturales, locales de moda, etc.) se le concedió una pseudo-libertad. La imagen del joven, rebelde y despreocupado, que tanto irritaba a las generaciones precedentes, educadas de modo disciplinario, se convertía así en un argumento publicitario: la *marcha* se impuso como el espíritu de una época sin espíritu.

Al mismo tiempo, surgieron fenómenos recurrentes, como el iletrismo entre la juventud escolar, que los docentes vienen constatando de forma cada vez más frecuente desde hace veinte años: la cultura escrita se veía suplantada cotidianamente por la pseudo-oralidad de las pantallas (TV, Internet, videojuegos). Saturados de imágenes, los jóvenes se encontraban tanto más inclinados a dar la espalda a un universo de lo escrito que, además, seguía siendo en gran parte el mundo de la cultura dominante, la de las élites. No obstante, está claro que la destrucción de las culturas orales llevada a cabo por la República había desbrozado el terreno: debido a ese vacío los individuos desculturizados eran más receptivos al bombardeo mediático. De modo simultáneo, la institución escolar comenzaba a perder lo que durante décadas había sido la fuente de su credibilidad. Con la extensión de la precariedad, los estudios ya no garantizaban la promoción social y, evidentemente, los jóvenes de origen inmigrante iban a ser los primeros en enterarse.

El culto a la juventud reproducía fielmente los criterios dominantes de una sociedad en la que, a partir de los años ochenta, el dinero y el éxito se convirtieron de forma descarada en lo único respetable y respetado. Los valores de la sociedad disciplinaria — el trabajo, el ahorro, la abnegación, la obediencia mecánica— pasaron a un segundo plano ante el dinero fácil de los especuladores y los traficantes. Desde finales de los años ochenta, el héroe positivo de los jóvenes de los suburbios pobres en Francia era un personaje cinematográfico: el Tony Montana de *Scarface*, tan brillantemente interpretado por Al Pacino. De una forma distinta, la tiranía de las marcas supuso que entre los adolescentes la iniciación al mundo, de la que antes se encargaban el padre o el hermano mayor, corría en lo sucesivo a cuenta de la mercancía. Los valores de la sociedad mercantil se impusieron como único código cultural, y para quienes se encontraban en lo más bajo de la jerarquía social, la arrogancia, la falta de respeto y la chulería se convirtieron en norma: cierta corriente del *rap*, calcada sobre el *gangsta rap* americano, se hizo eco de ello entre nosotros. Los *gangsta rappers* no hacían más que reproducir la arrogancia de los *yuppies*, adaptada, sin duda, a un universo más rudo, pero igualmente basado en la competencia despiadada: el del gueto. No obstante, ese discurso, transmitido a unos jóvenes ya desfavorecidos, omitía decirles lo esencial: incluso en el universo de los traficantes, son muchos los llamados y pocos los elegidos.

Para quienes crecen en el ambiente eternamente marchoso de los paraísos juveniles, siempre resulta doloroso recuperar el contacto con las realidades sociales, pues no cabe duda de que tras la máscara de la diversión se oculta el sistema disciplinario, y ante todo en su versión pura, la represión policial y penitenciaria. La maquinaria capitalista conlleva siempre la disciplina de los cuerpos y de las almas, que en la actualidad tienen permiso para desahogarse, pero de ningún modo para expandirse sin trabas. Y esta estimulación permanente que no desemboca en satisfacción real alguna acarrea, entre los más jóvenes, un estado de frustración que se ha convertido en una especie de segunda naturaleza. Al mismo tiempo, la rebelión y despreocupación real de la juventud se castigan con mucha más severidad que antes, incluso con la pena de muerte, declarada y

ejecutada *in situ* por polis nerviosos o vecinos irascibles.

Esa es la razón de que Francia, dejando a un lado la pachanga de la propaganda espectacular-mercantil, ya no quiera tanto a los jóvenes como hace treinta años. Tanto menos cuanto que la tendencia al encierro doméstico (que llegó al colmo con la proliferación del hábitat residencial, donde a menudo acaban viviendo antiguos habitantes de las barriadas HLM) se palpa en todas las ciudades del país. Incluso en el Midi, por las tardes las calles se vacían. Salvo para los retoños de familias numerosas —y aparte de los inmigrantes casi nadie las tiene— la calle es el único espacio abierto. Sin embargo y con mucha frecuencia, éstos viven en lugares donde ya ni siquiera hay calles, y una ley reciente permite emprender acciones legales contra ellos en caso de que se reúnan ante los accesos a las viviendas...

En los últimos tiempos la definición de la delincuencia juvenil ha evolucionado hasta abarcar comportamientos que —al menos hasta ahora— no eran de la incumbencia del código penal, agrupados bajo la rúbrica de «conductas incívicas». Sin embargo, es evidente que los datos están trucados: hablar de «incivildades cotidianas» a propósito de esos jóvenes que arrastran su aburrimiento supone contraponerlos a las víctimas en tanto civilizados, dato que está por demostrar.

En un país en el que denunciar a los propios vecinos a la policía se considera una muestra de civismo, definir el significado de las palabras civil, cívico o ciudadano suscita muchos interrogantes. Y es precisamente un poli (en este caso el comisario Lucienne Bui-Trong, al que se le encargó en 1991 la Dirección General de los servicios de información sobre la delincuencia juvenil en Francia) quien expone el concepto dominante de lo cívico y, por tanto, de lo incívico, al evocar:

una escalada a largo plazo, como si se comenzase por ocupar el espacio público ingenuamente, sin darse cuenta de que se molesta y, poco a poco, ante las actitudes de repliegue de un vecindario intimidado o los reproches de algunas víctimas irascibles, se considerase que se tiene el derecho de luchar para imponer la propia presencia, invadir los territorios comunes aparentemente abandonados, y luego los territorios privados, antes de ingresar realmente en la delincuencia y, a medida que se experimentan ciertas formas de impunidad a cuenta de la minoría de edad penal y la inercia del entorno, declarar una guerra abierta a las instituciones. [20]

Así pues, frente a esa juventud que tiene la «ingenuidad» de ocupar el espacio público creyendo que se trata de un espacio abierto, el comisario restablece el orden: aunque pertenezca supuestamente a todos, en realidad el espacio público no pertenece a nadie, por lo que nadie puede tener la pretensión de ocuparlo. La única instancia que tiene potestad sobre el mismo es la policía. El espacio público es el territorio del Estado.

Resulta extremadamente instructivo ver expresarse esta concepción del espacio público, en el fondo muy republicana, bajo la pluma de alguien que ocupa un cargo importante en el aparato represivo. En una palabra, el espacio público es el espacio neutralizado, el puro espacio de tránsito: la entrada de un inmueble o el desvío de una autopista. ¡Circulen! Al entretenerse, los jóvenes molestan y así se les hace saber (al principio por medio de las recriminaciones del vecindario, y luego mediante un incesante hostigamiento policial).

Que los jóvenes que ocupan esos «territorios comunes aparentemente

20 «Que sait la police?» *L'adolescence à risque*, bajo la dirección de David le Breton, París, ed. Autrement, 2003.

abandonados» son los de los medios más desfavorecidos, que no disponen de los recursos para gozar de los placeres del encierro doméstico (a mayor abundamiento cuando los susodichos territorios, sótanos, vestíbulos de entrada, etc., les permiten eludir un medio familiar en ocasiones asfixiante), es algo que cae por su propio peso. Que esos jóvenes tengan que recurrir a la fuerza de la banda para poder ocupar tales lugares simplemente muestra el grado de intolerancia al que hemos llegado. En cualquier país donde aún quede algún vestigio de civilización, se considera normal que los adolescentes se reúnan ante los portales de los inmuebles en los que viven. En Francia —y es un comisario quien lo dice— ese simple hecho, en apariencia anodino, conduce directamente a declarar la guerra a las instituciones. Dejando al margen el hecho de que ese discurso llama a la aplicación estricta de una tolerancia cero (puesto que aquel que empieza pegando la hebra con los colegas a la entrada del edificio acabará disparando tarde o temprano contra la poli), cabe preguntarse en qué manicomio vivimos cuando algo tan legítimo y evidente para unos jóvenes como reunirse donde puedan se considera criminógeno. Llegados a este punto, las categorías psiquiátricas tantas veces utilizadas contra los rebeldes y los inadaptados sociales pueden ser vueltas fácilmente contra los defensores del orden republicano. ^[21]

No se puede esperar que un pueblo cuya pasión dominante es el encierro sea abierto; si los franceses ya no se soportan entre sí, ¿cómo van a soportar a los que son distintos? Un pueblo que ha conseguido volverse tan extranjero a sí mismo no corre excesivo riesgo de comprender a los extranjeros.

LA CUESTIÓN de la vecindad es, a todas luces, fundamental. El vecino es, de forma inmediata, el Otro. Y si las condiciones de convivencia en los suburbios no facilitan la vecindad, es porque este tipo de hábitat ha sido expresamente concebido para impedirla. Cuando se examina de cerca la historia de la política de vivienda social en Francia, se constata desde un principio esa voluntad de imposibilitar cualquier forma de congregación, de solidaridad y de proximidad entre los habitantes.

Podría decirse que la política de la vivienda nace con la ley Siegfried, en 1895, destinada a facilitar el acceso de los obreros al domicilio particular y suprimir cualquier forma de promiscuidad. El objetivo de dicha ley se estableció con claridad: «Un obrero propietario, ahorrador, previsor, definitivamente curado de las utopías socialistas y revolucionarias, y arrancado de manos del cabaret». A la espera de que surgiese esa nueva categoría de pequeños propietarios, hubo que conformarse con viviendas de alquiler, como las que iban a ser edificadas en el emplazamiento de las antiguas fortificaciones de París. «¿Queremos aumentar las garantías de orden, de moralidad y de moderación política? ¡Creemos barrios obreros!» Georges Picot, que junto con Jules Siegfried fundó la *Société Française des Habitations Bon Marché* (precursora de las HLM) fue de una claridad meridiana en lo referente a impedir las relaciones de vecindad en aquellos barrios obreros:

Pasillos y corredores serán proscritos con la idea de evitar todo encuentro entre los inquilinos. Los rellanos y las escaleras, plenamente iluminados, deberán considerarse como una prolongación de la vía pública

Vemos, pues, que las consideraciones del comisario Bui-Trong acerca del espacio público están firmemente arraigadas en una vieja filosofía que, desde un principio, abordó

21 Y no nos consuela lo más mínimo ver cómo esto se extiende a toda Europa. Así, en España se intenta imponer un toque de queda a la juventud por medio de esas reglamentaciones contra la práctica del botellón, aplicadas por ejemplo en Madrid, donde los fines de semana, grupos de policías se encargan de dispersar a los jóvenes reunidos en las aceras y las plazas: quienes no disponen de medios para consumir en el interior de los bares ya no tienen derecho a ocupar el sacrosanto espacio público.

el alojamiento de los pobres desde una perspectiva manifiestamente coercitiva.

Todo ello quedó ejemplificado por la barriada de La Muette (!), [22] en Drancy (Seine Saint-Denis). Este HBM, construido en 1934 por Eugène Beaudoin, [23] anticipaba a la perfección las futuras HLM: tres bloques de hormigón de cuatro plantas unidas en forma de U. A partir de 1939, sus inquilinos fueron desalojados para transformarla en prisión para militantes comunistas antes de convertirse en un campo de concentración por el que, entre 1941 y 1944, pasaron cerca de cien mil judíos en tránsito hacia los campos de la muerte. Hasta 1943 fue administrada por la policía francesa, que destacó por la extrema brutalidad de su comportamiento... En 1950, estos inmuebles se convirtieron en HLM, y desde entonces las 467 viviendas han estado ocupadas por inquilinos particularmente indigentes (un 25% de parados en el 2005). Que este HBM haya podido hacer las veces de cárcel y después volver a transformarse en vivienda social sin tener que modificar siquiera la infraestructura de los edificios lo dice todo acerca de la concepción carcelaria del habitat social...

Más de un siglo después, la mayoría de los inquilinos de viviendas sociales ha asimilado dicha filosofía a la perfección, y la televisión se encarga de que se queden en casa. Y puesto que nada debe perturbar la tranquilidad del «dulce hogar», el nivel de tolerancia a los ruidos procedentes del exterior ha ido aproximándose inexorablemente a cero, con el resultado de innumerables disparos de escopeta efectuados desde las ventanas contra los jóvenes. El colmo de la intolerancia se alcanzó en el verano de 1983, cuando un inspector de la RATP que vivía en la barriada de las 4 000, en La Courneuve, mató a un crío de diez años que se entretenía lanzando petardos ante la puerta de su casa el 14 de julio...

Evidentemente, ni siquiera los planificadores de la vivienda social logran impedir las congregaciones de habitantes o, para ser más exactos, las de cierta categoría de éstos: los hijos de familias numerosas. No obstante, si bien estos últimos hacen chirriar los engranajes de la maquinaria de la marginación, algunos de ellos también contribuyen a hacer aún más siniestro el universo de los suburbios. No es fortuito que sea en los suburbios parisinos —y no sólo en Seine Saint-Denis— donde la agresividad de los *racailleux* se manifiesta más ciegamente: en un entorno semejante, donde todo remite al anonimato, es donde más nos aproximamos a la «guerra de todos contra todos».

La capital, que ha crecido hasta alcanzar las dimensiones de l'Ile de France, funciona como un aspirador que absorbe y apretuja a millones de individuos desubicados, como una gigantesca máquina de desarraigar. En esta *Suburbia* —la mayor de Europa— la movilidad de los residentes es extrema, y ésta los encierra cada vez más en sus trayectorias individuales, apartándoles de cualquier lazo comunitario. Los *franciliens* apenas echan raíces. En el límite, los únicos que lo hacen —suponiendo que las raíces puedan arraigar en el hormigón— son los hijos de los emigrantes, nacidos allí de padres también desarraigados. No es de extrañar que acaben considerando ese pedacito de territorio (el vestíbulo de la entrada, el sótano, el césped tiñoso que rodea a su edificio) como suyo: saben muy bien que los demás siempre podrán irse a vivir a otra parte, edificar o endeudarse durante el resto de su vida para poder disponer de un microterritorio privado alrededor de su casa... Y que ellos continuarán oxidándose in situ, como máquinas inservibles.

Lo esencial del estropicio se llevó a cabo hace ya mucho tiempo y fue obra del

22 Literalmente, «la muda». (N. del t.)

23 El mismo que más tarde planificaría, a petición del régimen de Vichy, la destrucción de los barrios del puerto viejo de Marsella, llevada a cabo por los alemanes en 1943...

Estado. De hecho, la política de vivienda social permaneció congelada durante mucho tiempo, incluso antes de que los HBM, dependientes de donaciones privadas, fueran transformados en Oficina pública en 1912. Cambiaron de denominación justo después de la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en los HLM (*Habitations a Loyer Modéré*) en el momento en que el Estado decidió intervenir masivamente para contribuir al desarrollo de la vivienda obrera. Sin embargo, esta intervención tuvo lugar en el marco de una planificación burocrática del espacio urbano. En efecto, el urbanismo efectuó una ruptura radical en la compleja malla que constituía las ciudades, y delimitó arbitrariamente el espacio edificable en zonas monofuncionales. La urbanización de los suburbios se llevó a cabo siguiendo esta pauta: separación neta entre las zonas residenciales y las zonas empresariales, constituyendo así otras tantas ciudades-dormitorio (las cuales, por otra parte, no son necesariamente HLM: muchos suburbios están regidos por un sistema de comunidades de propietarios, las zonas residenciales con mayor motivo). En cualquier caso, la vivienda social se desarrollaría de acuerdo con esta lógica de la zonificación, que erigía la segregación y el aislamiento en principio. La ciudad, con sus barrios, iba a verse reemplazada por los suburbios, con sus zonas.

La Vª República, que fue contemporánea de una nueva afluencia de desarraigados procedentes del campo francés y de los países pobres (sobre todo de las ex colonias) llevó a cabo una ambiciosa política de edificación de urbanizaciones HLM que llegó a su punto culminante entre 1960 y 1975. Ahora bien, éstas fueron concebidas para alojar a trabajadores provistos de automóvil y que por las noches prefiriesen los honorables placeres de la televisión a los de la taberna (o el «cabaret», como decían los filántropos burgueses de antaño), que tenían la reputación de ser peligrosos. Por lo demás, en aquellas ciudades dormitorio no había tabernas, y si había alguna, cerraba pronto.

Los individuos engullidos por la espiral del salariado podían adaptarse muy bien a aquella marginación lejos de la ciudad. Sin embargo, cuando a partir de los años setenta el sistema fordista de pleno empleo empezó a dar las últimas bocanadas y numerosos jóvenes nacidos en su seno se encontraron «oxidándose» (como decían los jóvenes de las Minguettes) delante de los portales de los inmuebles, se impuso una evidencia suplementaria: aquellas ciudades-dormitorio no habían sido diseñadas para otra cosa que el reposo del asalariado. Cualquier otra forma de vida —en contraste con el tejido complejo y variopinto que había caracterizado a la ciudad— era allí rigurosamente imposible. Los Dr. Strangelove ^[24] del urbanismo funcionalista, que planificaron la zonificación del espacio y, por tanto, la desintegración de la ciudad, no dudaron de que todo el mundo, una vez traspasado el umbral de la cabaña que le había sido asignada por el plan, tendría la docilidad de permanecer en ella. A partir de mediados de los años 70, las bandas de «delincuentes juveniles» ridiculizarían tan totalitaria pretensión.

Es preciso apuntar algo más en el haber de la juventud rebelde de los suburbios pobres: fue ella la que denunció en actos, no sólo las urbanizaciones sino el urbanismo en cuanto tal. La expresión «el malestar en los suburbios» es muy floja, pues de lo que se trata, en realidad, es de la infinita frustración de los jóvenes marginados: la banalización de esta expresión permitía disolver la revuelta en el agua sucia de los falsos debates mediáticos. De hecho, los proyectos y los textos legales no dejaron de sucederse inútilmente. Así, el motín de Vaulx-en-Velin tuvo como consecuencia, en julio de 1991, la votación de la ley de Orientación sobre la ciudad. Sin embargo, la ZUP de Mas-du-Tareau había sido citada como ejemplo la víspera del motín: cinco años de rehabilitación, que habrían de afectar a dos mil viviendas, con reacondicionamiento de espacios verdes, un muro de escalada instalado sobre una fachada ciega, habitat residencial incrustado en el centro de los bloques de edificios; en pocas palabras, una chapuza a gran escala... Más

24 Supervillano interpretado por Peter Sellers en el largo-metraje *Teléfono rojo: volamos hacia Moscú*. (N. del t.)

recientemente, en octubre de 2002, el ministro de la Vivienda, Jean-Louis Borloo, ponía fin a una gira por todo el país declarando indignas doscientas mil viviendas. Lo que pasa es que la indignidad de las mismas va mucho más allá de una simple cuestión de mantenimiento de las áreas comunes o de renovación de los pisos. También va mucho más allá de una simple cuestión de instalaciones socioculturales, como imperturbablemente querrían creer los izquierdosos.

De lo que se trata entre otras cosas —si lo que se pretende es hacer justicia a esta revuelta de los marginados— es de una crítica del urbanismo, comprendido ante todo como técnica de marginación y de aislamiento, como organización jerárquica y autoritaria del habitat humano. Y está claro que en lo tocante a los poderes llamados públicos nada va a cambiar: se dinamitará alguna que otra mole por aquí y unos bloques por allá, pero la desintegración del tejido urbano continuará, y con ella, la marginación inexorable de los más débiles.

Al contrario, no será posible redefinir la geografía urbana sino a partir del momento en que las cosas se contemplen de forma horizontal y no vertical. Y podemos contar con los cargos electos de la República para impedirlo por todos los medios. El arquitecto belga Lucien Kroll evoca así, en *Le Soir* del 7 de noviembre de 2005, el fracaso de un proyecto de recalificación de dimensiones, sin embargo, modestas:

Hace unos años, el ministro de la vivienda francés me invitó a reflexionar en torno a la idea de un plan global de demolición de 150.000 HLM, escalonado a lo largo de un período de cinco a diez años. Se trataba de reemplazar los bloques de apartamentos por «chalets urbanos». Le respondí que para los arquitectos sería un negocio excelente pero que supondría reemplazar un modelo por otro, y dejar de lado lo esencial. Para que una construcción sea aceptada, hace falta tener en cuenta la forma en que la gente quiere vivir en ella y escucharla. En Clichy-sous-Bois, por ejemplo, intenté comprender, a partir de encuestas a pie de calle, cómo veían su barriada los vecinos, para volver a encontrar en éste una dimensión humana. A base de testimonios y de discusiones, se elaboró un plan de demolición parcial de la galería comercial de «Chêne Pointu», con vistas a habilitar una feria. (...) Se produjo un rechazo de tipo estalinista por parte del municipio. La maqueta fue arrojada a la basura y los habitantes con ella.

La segregación urbana continuará, ya que la circulación automovilística, que es el principio organizador del espacio suburbano, así permite hacerlo, difiriendo hasta el infinito, en un movimiento casi exponencial, *le lieu du ban*. El automóvil se ha impuesto como el producto-piloto de la sociedad industrial, y en los países ricos es lógico que los amotinados quemen coches desde que éstos obstruyen las calles y sobre todo desde que las calles han sido suprimidas, reemplazadas por cinturones adaptados a la circulación de dichos artefactos. Los planificadores no habrían podido concebir la extensión de los suburbios de ciudades-dormitorio de no haber contado con que los habitantes de esta *Suburbia* acabarían todos —o casi— por dotarse de esta prótesis convertida en indispensable. Cuando se vive en *Suburbia*, no tener automóvil es estar condenado a la marginación absoluta, sin escapatoria posible.

Al quemar los coches, los jóvenes la emprenden con unos objetos que de inocentes no tienen nada. En su concepción misma, el automóvil encarna el encierro. Este habitáculo prolonga el domicilio privado —cuyo estatuto legal posee, por lo demás, ya que la policía no puede (es un decir) penetrar en él sin una orden de registro. El automovilista —encerrado en su lata de sardinas con la radio o los CD, el portátil, la calefacción y la climatización— resume a la perfección la condición inhumana del habitante de los

suburbios: separado radicalmente de los demás, pero con un mínimo de confort personal. No es de sorprender que la agresividad sea la norma de conducta de los automovilistas: el tráfico rodado es una metáfora de la sociedad en la que vivimos, en la que al Otro no se le tolera más que a distancia. Pero por encima de todo, el coche, con la movilidad a la que incita, encarna el encierro cada vez mayor de los neourbanitas en trayectorias solitarias: ofrece libertad de movimiento a cambio de aislamiento creciente, lo que vuelve ilusoria esa libertad. Mientras tanto, los coches arden: veinte mil en toda Francia en 2004, y veintiocho mil durante los nueve primeros meses de 2005; todo eso sin contar el otoño caliente.

5 La guerra de todos contra todos y la neurosis securitaria

THOMAS HOBBS FUE, EN el siglo XVII, uno de los teóricos-fundadores del Estado moderno. El fundamento de la filosofía hobbesiana, expuesta en su obra *Leviatán*, es el siguiente: el derecho natural de cada individuo contradice el del prójimo y viceversa. Esta lógica infernal da lugar a un «estado de guerra de todos contra todos» en el que «este derecho de todos los hombres a todas las cosas no es, de hecho, mucho mejor que si nadie tuviese derecho a nada». El filósofo consideraba, pues, que es imposible garantizar el respeto por el prójimo si no es a través de la ley civil erigida en arbitro imparcial. Y la ley civil supone un poder soberano que la haga efectiva, al obligar a todos los individuos a obedecerle: «La obligación de obedecer la ley civil se fundamenta en el derecho de vida y muerte del soberano sobre los ciudadanos, en su derecho a castigar a todo aquel que infringe la ley.» Disponer de la fuerza armada y declarar la guerra a un Estado vecino, recaudar impuestos y controlar las doctrinas que se enseñen en la República: tales son los «derechos que constituyen la esencia de la soberanía».

El soberano se convierte, pues, en depositario del derecho natural que cada cual tiene sobre cada cosa, derecho que está en el origen de la guerra de todos contra todos. Y para que impere la paz y pueda hacerse justicia, este poder ha de otorgarse al soberano de forma incondicional.

La descripción que Hobbes hacía de este «estado de naturaleza» era una pura construcción ideológica. El punto de partida de su razonamiento era el individuo aislado; ahora bien, ese individuo constituye una pura abstracción. El individuo es ante todo un ser social, y su relación con el prójimo sólo se establece a través de mediaciones. Hobbes establecía una base totalmente arbitraria partiendo de un individuo atomizado cuya relación con el prójimo tuviera este carácter inmediato. En ningún lugar del mundo real existe algo semejante.

El individuo jamás ha existido salvo como miembro de una comunidad, y toda la historia de los Estados modernos y soberanos ha consistido en desintegrar esas comunidades para llegar a la constitución efectiva de ese individuo aislado que, bajo la pluma de Hobbes, aparece como anticipación filosófica a la vez que como genial intuición histórica. La guerra de todos contra todos constituía para el pensador inglés el postulado que había de legitimar la exigencia de un soberano omnipotente, ese Leviatán que prefigura a los Estados modernos. Para fundamentar la legitimidad del soberano, era preciso postular que, por sí sola, la sociedad sólo podía producir y reproducir el conflicto permanente e ilimitado. Sólo el soberano, al trascender las divisiones internas de la sociedad, podía instaurar la paz, lo que equivalía a negarle a la sociedad toda inmanencia política.

Lo más significativo es que para Hobbes era indiferente que el soberano fuera un monarca o una asamblea, que fuera hereditario o electo. Tanto un caso como el otro convienen por igual a su exigencia de soberanía, y la historia de los Estados modernos ha demostrado que, en efecto, es indiferente. En Francia, el paso de la monarquía absoluta a la República —vía la mediación de los regímenes napoleónicos—ha reforzado la soberanía hasta tal extremo que al margen del Estado sólo existe el individuo aislado.

La paradoja reside en que tres siglos más tarde, la realidad cotidiana de las sociedades occidentales, en las que en principio impera la paz civil, tiende a confirmar efectivamente el postulado hobbesiano: la desintegración de todos los vínculos comunitarios, de todas las relaciones entre individuos salvo las utilitarias, el reino de la atomización televisada, el estallido del tejido tanto urbano como rural en beneficio de una gigantesca y anónima *Suburbia* y el desencadenamiento del interés privado. Todo ello engendra un clamor objetivo a favor de un poder omnipotente, único que está en condiciones de proteger al individuo aislado e indefenso. La «sociedad civil burguesa» no es civilizada: basada en la competencia y la exclusión, sólo mantiene su cohesión gracias al Estado policiaco. Y para garantizar la protección de ese individuo aislado (para el cual, por ejemplo, las bandas de jóvenes representan una amenaza temible) haría falta que este Leviatán se dotase del don de la ubicuidad absoluta, que su mirada severa escrutase de forma permanente hasta los menores recovecos de la sociedad con el apoyo de la videovigilancia y de la identificación biométrica. Lo que se ha verificado, por tanto, es el movimiento inverso al de la demostración hobbesiana: el Leviatán estatal ha terminado por dejar subsistir únicamente —al margen y frente a él— al individuo aislado, cuya relación con el prójimo es en principio negativa y no puede hacerse positiva sino a través de la mediación del poder soberano.

El individuo aislado postulado por Hobbes como base de su razonamiento constituiría, poco más de un siglo después, la piedra angular del edificio filosófico-político construido por la revolución francesa. En la sociedad burguesa se reconoce al individuo en tanto individualidad abstracta, entidad jurídica, política (la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano es explícita al respecto: lo que ese texto fundador ensalza ante todo es al individuo en tanto propietario privado). La constitución de la República suponía la del individuo aislado y la de un ser social de nuevo cuño que tuviese una relación con el prójimo exclusivamente negativa, ya que éste delimita su espacio privado: La fórmula que mejor resume esta ideología de pequeños propietarios, «Mi libertad acaba donde comienza la de los demás», ¡es la misma que en la actualidad se ha encarnado en el habitat residencial! ^[25]

Dos siglos de hegemonía política y cultural de la burguesía han desembocado en la desaparición de toda forma de comunidad que pudiera cimentar una identidad ajena a la esfera estatal, la cual, en consecuencia, ha acabado por abarcarlo todo: ser francés se presenta como una identificación fantástica que sigue pautas idénticas a las de la religión, ya que en lo sucesivo la relación de cada individuo con los demás pasa exclusivamente por la mediación del Estado. La trascendencia metafísica de la religión se ha limitado a dar paso a la trascendencia política del Estado republicano. La República consagra la libertad del individuo, que está condenada a seguir siendo formal, pues se basa en la separación con respecto al prójimo, de manera que, frente al poder soberano del Estado, ese átomo individual no tiene la menor consistencia. A la universalidad abstracta de la República corresponde la individualidad abstracta del ciudadano.

Desde 1981 no se ha dejado de hablar del «problema de la integración» con

25 El pensador ruso Mijáil Bakunin, al considerar que el individuo no existe al margen de la comunidad, decía por el contrario: «La libertad de los demás es la condición de mi propia libertad».

respecto a los hijos de los inmigrantes nacidos en Francia. Ahora la cuestión de la integración ya no se plantea, por la sencilla razón de que vivimos la desintegración acelerada de todo vínculo social. En estas condiciones, aquello que se denomina «integración» se reduce al simple hecho de hacerse transparente e inofensivo.

Allá donde aún existen sentimientos de filiación (con un lugar, con un cuerpo profesional, con una etnia) el Estado topa con resistencias. La lógica del poder soberano al que apelaba Hobbes consiste, por el contrario, en disolver cualquier vínculo directo entre individuos para no dejar subsistir más que al individuo aislado, y el Estado logra este objetivo a fuerza de desplazar, desarraigar y deportar a las personas, convirtiéndolas, por ejemplo, en habitantes de la *Suburbia* parisina. Sólo atomizando a los individuos puede el Estado imponerse entre ellos como mediador universal. Cuando la capacidad de construir mediaciones acaba en manos ajenas a las de los individuos, sus relaciones adoptan un carácter inmediato que desemboca efectivamente en un estado de guerra de todos contra todos: es la sociedad civil burguesa, que no deja subsistir otra mediación entre los hombres que el dinero, más aún, que erige el interés privado en norma. Ahora bien, esta sociedad que se autodestruye en permanencia requiere la intervención reguladora del Estado.

Una vez consumado este proceso, quedan las instituciones, el edificio del Estado, las fronteras políticas, cuya finalidad primera y última es el control de las masas solitarias, la capacidad de constreñir al individuo atomizado por medio del sistema disciplinario. Constreñimiento tanto mejor aceptado por cuanto, a cambio, el soberano garantiza la protección, o al menos, se compromete a ello. E incluso la revuelta del otoño de 2005, por su carácter desesperado y furioso, refuerza al cuerpo defensor de éste, el discurso totalitario del Leviatán policial, pues este último halla su realización en el estado de excepción: allí el concepto del Estado confirma su esencia.

NO PODEMOS olvidar que, históricamente, el parto de la República se efectuó por medio del estado de excepción, que presupone la existencia de un sistema disciplinario cuyas capacidades coercitivas pueda movilizar. El Estado se funda a través de la guerra, y ésta —bajo la forma moderna de las movilizaciones masivas— ha sido siempre una formidable máquina de disciplinar (de lo cual da cuenta perfectamente el *leitmotiv* de todos los viejos gilipollas: «a esta juventud lo que le hace falta es una buena guerra»). Cuando los cuerpos y las almas están lo suficientemente disciplinados, el enemigo procede del interior: es la inseguridad, identificada primero con la juventud y luego con los inmigrantes y su descendencia.

La demagogia sarkoziana no hace, a ese respecto, sino ir marcando la pauta del proceso de cierre del dispositivo securitario. Esta táctica viene siendo una constante desde hace tres decenios: cada ministro del Interior tiene la obligación de cargar las tintas un poco más. Comenzó a mediados de la década de los setenta, cuando el ministro del Interior Michel Poniatowsky respondió al alboroto mediático acerca de la expansión de la delincuencia juvenil lanzando sus famosas «operaciones puñetazo», vastos despliegues policiales que afectaron tanto a las estaciones de metro como a los peajes de las autopistas, con controles de identidad y registros a fondo.

Los tres decenios transcurridos desde entonces han sido testigos de la banalización del estado de excepción, a medida que la temática de la inseguridad proporcionó, a fuerza de machacarla, el trasfondo emocional indispensable. Y la curva de crecimiento de los efectivos y los recursos policiales parece lisa y llanamente ilimitada.

La deriva hacia el estado de excepción permanente está contenida en el concepto

mismo de la soberanía estatal, y esta tendencia engloba desde hace mucho tiempo y en grados diversos a todas las naciones de Europa occidental. En el caso francés, el recurso a unidades especiales «antiterroristas» que en ocasiones dependen del ministerio de Defensa tiende a banalizarse. En mayo de 2005, fuimos testigos de la intervención del GIPN, a solicitud del prefecto, contra los huelguistas del centro de clasificación postal de Bégles (Gironde), que habían secuestrado a sus directivos durante unas horas. A comienzos de octubre de 2005, vimos a los *robocops*, asistidos por buques de la Marina, intervenir en alta mar contra los huelguistas de la SNCM ^[26] —a bordo del navio Pascal Paoli, secuestrado y desviado de su ruta— y también contra una manifestación de marinos en el puerto viejo de Marsella. Un ejército que interviene en el marco de un conflicto laboral, ¿supone o no el estado de excepción instaurado como norma?

Recordemos que la declaración del estado de emergencia, que se extiende hasta el final de febrero de 2006, autorizaba, entre otras cosas, los registros nocturnos, la prohibición de entrada al país y la de las «reuniones tendentes por naturaleza a provocar o suscitar el desorden», además de otorgar competencias para juzgar delitos civiles a las jurisdicciones militares. Recordemos también que el estado de emergencia, según la ley de abril de 1955, se aplica «en caso de peligro inminente derivado de atentados graves contra el orden público». Declarado en vigor en 1955 y después en 1958 y 1961, fue en el marco del estado de emergencia cuando, el 17 de octubre de 1961, la policía parisina pudo entregarse a un crimen hasta entonces no superado, a saber: la represión de una marcha pacífica de inmigrantes argelinos a lo largo de los Grands Boulevards, que se saldó con varios cientos de muertos, muchos de los cuales fueron pura y simplemente ejecutados en los patios de las comisarías. El prefecto de policía Maurice Papon, que organizó dicha operación, jamás se vio importunado por dichos sucesos. ^[27]

6 Recuperación y represión son las dos ubres de la República

LA REVUELTA DE LOS suburbios pobres ya tiene su historia, que aclara en contrapicado la historia francesa de los últimos treinta años. La revuelta de 2005 ha sido, sin duda, la más desesperada y la más furiosa de todas. Los jóvenes que, sobre todo en los suburbios de Lyon, celebraron un festival de coches carbonizados en 1981, no quemaban los de sus vecinos. Por lo general, iban a robarlos al centro de la ciudad (procurando, a ser posible, que fueran grandes cilindradas) para regresar al suburbio y divertirse con ellos. Cuando incendiaban los coches del vecindario lo hacían de forma selectiva, quemando sólo los de delatores o racistas notorios. En aquellos suburbios pobres era fácil conocer entonces a jóvenes que tenían una visión bastante clara de la situación: de Nanterre a Vitry, desde los barrios del norte de Marsella pasando por Venis-sieux y Vaulx-en-Velin, sabían a quién debían su suerte e iban al encuentro de los demás (de lo que dio fe, por ejemplo, la serie de conciertos *Rock Against Police*, organizados en distintos suburbios del país en 1980/81, en cada ocasión de forma autónoma).

Sin embargo, las energías de la revuelta del verano de 1981 fueron dispersadas rápidamente, con la ayuda de la heroína y de la cárcel. La experiencia simultánea de la

26 Société de Navigation Corsé-Méditerranée, compañía marítima pública que asegura el transporte de pasajeros a Córcega, Argelia y Túnez. (N. del t.)

27 En 1984/85 también se declaró el estado de emergencia en Nueva Caledonia, y fue en el marco del mismo que los robocops del GIGN (Gendarmería) asesinaron a sangre fría al líder canaco radical Eloi Machoro, lo que dejó la dirección del FLNKS en manos de independentistas moderados, más cómodos para el gobierno socialista de la época. Así pues, el régimen Mitterand no vaciló en mantener el orden colonial por medio del asesinato político, sin que eso, al parecer, escandalizara demasiado en la metrópoli.

marginación urbana y del racismo pesó mucho. Y la camisa de fuerza química que anesthesiaba poco a poco a la mayoría de la población francesa adoptó una forma mucho más aguda entre los jóvenes parados-de-por-vida de los suburbios: las drogas duras acabaron consumiendo muy pronto las energías más desbordantes. Al mismo tiempo, y amparándose en aquella descomposición controlada, la presión policial era incesante.

Tras los enfrentamientos de marzo de 1983 en la ZUP de las Minguettes, en Venissieux (Rhône), un grupo de jóvenes de origen norteafricano, en su mayoría de los suburbios de Lyon, organizó la *Marcha por la igualdad y los derechos civiles*. Animados por un cura, el padre Delorme, con aquella manifestación no-violenta pretendían hallar la salida a una situación bloqueada, entre la represión y la autodestrucción. Salieron de Marsella el 15 de octubre de 1983 y llegaron a París el 3 de diciembre, donde fueron recibidos por cien mil personas. Los caminantes se habían situado en un terreno en el que la clase política podía reconocerles una eventual legitimidad: el del Derecho. Que este último opera como una abstracción en una sociedad basada concretamente en la explotación y la exclusión, quedó confirmado de forma muy rápida y dolorosa por los acontecimientos de Talbot, situados en el terreno de la lucha social.

En enero de 1984 estallaba un conflicto sin precedentes en la fábrica de automóviles de Talbot-Pois-sy (Val d'Oise). Ante el anuncio de un plan de despidos de OS, los obreros especializados, casi todos ellos norteafricanos, se pusieron en huelga y ocuparon la fábrica. Tras varios días de bloqueo de la producción, los obreros cualificados — franceses, afiliados al sindicato de la empresa CSL y hostiles al movimiento— acabaron por agredir a los huelguistas. Quienquiera que la haya presenciado jamás olvidará la escena: los huelguistas, tras una resistencia admirable, acabaron por aceptar el desalojo de la fábrica, separados por un cordón de CRS de los *frankaoui* que les insultaban mientras cantaban *La marseillesa*...

Desde luego, Talbot constituía un caso límite: en las demás empresas del sector francés del automóvil nunca se ha visto a la separación étnica abarcar con tanta exactitud las diferencias profesionales, ni a un sindicato patronal como la CSL encuadrar tan estrechamente a la mano de obra cualificada. El fracaso de la huelga de Talbot enterró definitivamente la voz de aquella «primera generación», de esos trabajadores inmigrados que, al contrario de lo que con demasiada frecuencia cree la «segunda», no fueron unos tío Tom ^[28] (algunos de ellos habían *sido fellagas*). ^[29] La huelga de los OS de Renault en 1971, en la que los inmigrantes desempeñaron un papel protagonista, las huelgas de hambre de 1972 contra la circular Marcellin-Fontanet, que desembocaron en la regularización de treinta y cinco mil sin papeles, el movimiento de las residencias SONACOTRA, en el que millares de residentes coordinados organizaron de forma autónoma la huelga nacional de alquileres de 1976: aquella primera generación supo batirse. También en este caso la memoria ha sido borrada: los sindicatos, que no lograron controlar nunca a aquellos obreros insumisos, no hablan de ellos jamás, y los profesionales del anti-racismo menos todavía.

En cualquier caso, la manifestación de los huelguistas de Talbot en París, sólo unos días después de las violentas trifulcas de Poissy, no reunió a una gran multitud tras la banderola «Todos somos inmigrantes de Talbot» (si bien algunos de los caminantes del otoño se habían desplazado desde Lyon), lo cual demostró que la llegada de la *Marcha* a

28 Tío Tom: el protagonista de la novela *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, era un afroamericano ansioso por gozar de la aprobación de los blancos. Por extensión, lameculos. (N. del t.)

29 *Fellaga*: Denominación dada a los miembros de la resistencia argelina durante la guerra de independencia contra los franceses; en la época en que estos últimos la adoptaron, había adquirido la significación de «bandolero». (N. del t.)

París, que funcionaba ya según la lógica del acontecimiento sensacional y en torno a una consigna ecuménica (¿quién, aparte de los partidarios del FN, no estaría de acuerdo con la igualdad de derechos y en contra del racismo?) movilizaba más que la lucha real. Comulgar en torno a los grandes principios, sí, pero solidarizarse con la lucha no: una vez más, la ideología republicana eclipsaba la conciencia social.

Aquel año 1984 marcó una derrota: la de la confluencia imposible entre la primera y la segunda generación de inmigrantes aparcados en los suburbios, el encuentro abortado entre los OS de Talbot y las «Ratas» de Vénissieux. Éste, mucho más que el ascenso electoral del FN a partir de aquel año, es el fracaso histórico que nos toca pagar.

SOBRE LA base de este fracaso pudo hacer su entrada en escena SOS-Racismo; los jóvenes salidos de las filas de la inmigración desaparecieron detrás de los saltimbanquis profesionales y fueron desposeídos de su voz. La revuelta de los suburbios pobres quedó circunscrita a la cuestión exclusiva del racismo, cuando éste, por muy real e intolerable que fuese, no era sino un aspecto de la exclusión social. La clase política pudo darse así, de forma unánime, el lujo de votar una ley contra el racismo sin que, evidentemente, cambiara nada en la vida cotidiana de la juventud marginada de los suburbios. Entretanto, SOS-Racismo acaparaba la palabra y cortocircuitaba la protesta.

Esta operación permitió ahogar la revuelta de una generación entera de jóvenes de los suburbios, que no esperaba nada ni de la izquierda francesa ni del Islam. Y dos generaciones de arribistas, de Julien Dray a Malek Boutih, se encaramaron al vértice del aparato socialista a partir de su mandato autoproclamado de antirracistas de servicio en el seno de SOS-Racismo. [30] Los jóvenes de las Minguettes, que se habían enfrentado a la policía delante de sus viviendas, que luego atravesaron el país a pie y fueron acogidos triunfalmente en París, desaparecieron, sumidos en el anonimato y el olvido...

Por vez primera, unos productores creaban un movimiento de opinión de cabo a rabo. En efecto, en el lanzamiento de sos-Racismo se aplicaron todas las reglas del *show business*, y la gracia de la celebridad mediática le aseguró la perennidad. El producto era casi perfecto.

Mas he aquí que en la actualidad los franceses tienen un ministro del Interior que lleva a cabo una auténtica campaña preelectoral para las presidenciales de 2007, según las reglas probadas del marketing político a la americana, de la forma más agresiva posible y multiplicando los golpes de efecto mediáticos. [31] La demagogia a la que lleva entregándose Sarkozy desde principios de noviembre parece haber tenido éxito: de acuerdo con un sondeo realizado a mediados de noviembre de 2005, el 63% de los encuestados confiaba en él. Sin embargo, nadie puede negar que ha contribuido ampliamente a envenenar las cosas, tanto con su visita provocadora a Argenteuil como por sus declaraciones después del drama de Clichy-sur-Bois. La verdad es que el muy

30 Quien piense que exageramos no tiene más que leer el edificante *Voyage à l'intérieur de sos-Racisme*, escrito en 1990 por un tal Serge Malik, que formó parte de la organización en sus comienzos. La verdad es que sos-Racismo se benefició de la artillería pesada de los medios, de complicidades en las altas esferas, caso de industriales izquierdosos como Riboud, que aflojaban la pasta, y de una hábil estrategia de marketing frente a la cual la sinceridad de los jóvenes inmigrantes de la Marcha o un diario como *Sans Frontières* no pesaban mucho...

31 El siguiente detalle de la biografía de Sarkozy dice mucho sobre su experiencia en la manipulación mediática. En 1987, presidía la comisión encargada de la lucha contra los riesgos químicos y radiológicos en el seno del ministerio del Interior. A ese título, fue de facto el consejero en «comunicación» del Gobierno con respecto a las consecuencias de la catástrofe de Chernobyl. Ya no hay demasiada gente —aparte de las víctimas del cáncer de tiroides— que recuerde la enormidad de las mentiras oficiales en aquella ocasión: la nube radioactiva se detuvo en la frontera, no había absolutamente nada que temer, etc. Indiscutiblemente Francia fue el país de Europa donde más se tomó por gilipollas a la gente, porque por encima de todo era preciso que la verdad no proyectase sombras sobre el programa nuclear...

cabrón jugó allí una baza de póquer político. Apostó por la neurosis securitaria, a partir de ahora sólidamente instalada en el país, provocando una crisis de gran magnitud que le permitiera presentarse como el hombre providencial que rehúsa toda contemporización con la «chusma». De todas formas, los incendios no podían desembocar en ningún otro resultado: en Francia se admite cualquier cosa menos que se toque el coche. La reacción había de ser tanto más enérgica cuanto que finalmente fueron precisamente los coches del ciudadano de a pie los que ardieron, incluidos los de los inmigrantes de los suburbios...

La primera reacción de los socialistas fue no protestar contra el estado de emergencia decretado el 8 de noviembre. Claro está que fueron ellos quienes lo declararon en 1955, cuando el ministro del Interior de la época —un tal François Mitterrand, el mismo que ese año ordenó disparar contra los obreros de Nantes— se pronunció de esta guisa ante la insurrección argelina: «Argelia es Francia». El alcalde socialista de Noisy-le-Grand, Michel Pajon, que llegó a exigir la intervención del ejército contra los incendiarios de los suburbios, no podía desentonar en semejante concierto.

En cuanto al Partido Radical, propuso ni más ni menos que restablecer el servicio militar para inculcar a la juventud los valores republicanos, propuesta que poco después recogería Segolène Royal (PS). En el preciso momento en que la mentira republicana comienza a resquebrajarse por todos lados, la proclamación del estado de emergencia resuena como un doblar de campanas por el entierro definitivo de la izquierda francesa.

Tanto la izquierda como la derecha invocan la República y sus valores exactamente del mismo modo en que el clero invocaba antaño a la Iglesia: para conjurar la realidad de los conflictos. El colmo se alcanzó —hasta el punto de que en un principio habría podido creerse que se trataba de una broma— cuando el gobierno anunció, al cabo de una semana de incendios, que de ahora en adelante se reservarían en las escuelas de formación de altos cargos varias decenas de plazas para los «jóvenes de los barrios con dificultades»... La «igualdad de oportunidades», viejo latiguillo de la ideología republicana machacada hasta la náusea, llega así a su fin... sin duda, a los jóvenes parados-de-por-vida de los suburbios les reconfortará saber que quizá haya entre ellos dos o tres futuros jefes diplomados de las Escuelas Nacionales de Administración...^[32] La igualdad de oportunidades consiste en que todo el mundo pueda subir al ascensor que lleva de lo más bajo de la jerarquía social hasta la cima: además de que eso ni siquiera es cierto, de todas formas siempre habrá quien se quede abajo, barriendo la entrada y vaciando los cubos de basura.

TAMBIÉN SE ha invocado la labor de las asociaciones, y toda la izquierda deplora que el gobierno cerrase el grifo de las subvenciones, lo cual explicaría la explosión del otoño de 2005. ¡Coño! ¿Dónde si no iban a encontrar los cargos electos una mano de obra benévola, dispuesta a dar lo mejor de sí misma para paliar las consecuencias de una política a la que todos ellos contribuyen en el marco de sus mandatos de alcaldes, de consejeros generales, de diputados e incluso de ministros? Las asociaciones sólo reciben subvenciones en la medida en que permiten salvar las apariencias y distraer a la juventud. Sin pretender negar por ello que algunas de ellas hayan permitido a los habitantes de los suburbios sacar la cabeza del agua (como ese restaurante asociativo situado en un barrio del Norte de Marsella, creado y animado desde hace años por mujeres de diversos orígenes) no está a su alcance, en cualquier caso, ofrecer a los jóvenes excluidos de los suburbios una perspectiva vital distinta.

32 El sueño americano consiste en que en los USA todo el mundo tiene la oportunidad de llegar a ser banquero un día. El sueño republicano consiste en que en Francia todo el mundo tiene un día la oportunidad de llegar a ser ministro...

En el mejor de los casos, las asociaciones son la parte de lazo social que le toca al pobre, en un espacio, a saber, el del suburbio, fundamentalmente antisocial. Algunos jóvenes comprometidos en ese tipo de actividades apenas se hacen ilusiones: «Arriba se creen que porque pongan una asociación, no nos vamos a rebelar». Tanto más por cuanto, en las municipalidades de los suburbios, sólo las asociaciones situadas directamente bajo el control de la alcaldía son susceptibles de recibir una ayuda cualquiera (locales, subsidios) en detrimento de las raras asociaciones realmente independientes: así se conjugan el clientelismo y el uso del presunto espacio asociativo para banales fines de mantenimiento del orden. «Se cuenta mucho con las asociaciones, con la gente que está al pie del cañón. Vamos a activar el conjunto de nuestra red para que los jóvenes entren en razón. Si en lugar de doscientos, sólo una treintena se muestra especialmente recalcitrante, la policía podrá identificarlos», declaraba el adjunto de la seguridad de Aulnay-sous-Bois al día siguiente de una noche de violencias: apenas podría definirse mejor el papel que le corresponde al asociacionismo sumiso... así pues, en el momento álgido de la crisis, el 7 de noviembre, Villepin anunció que su gobierno iba a aumentar la contribución a las asociaciones.

Evidentemente, lo esencial se ventila por otro lado. El proyecto de Sarkozy consiste en combinar la ideología republicana, ya bastante represiva de por sí, con ese pragmatismo yanqui que hace de las prisiones un sector empresarial de pleno derecho, al mismo título que el transporte aéreo o la informática. Este hijo de un refugiado húngaro se presenta como el importador del modelo americano en Francia, empezando por el liberalismo neo-reaganiano, que su hermano Guillaume, presidente de la Federación de las industrias textiles francesas, defiende en el seno del MEDEF. Así pues, a la tolerancia cero corresponde el comunitarismo: de estos jóvenes abandonados a sí mismos, mejor que se ocupen los imanes.

El proyecto sarkoziano consistiría, pues —ya que no se les ha podido integrar en la sociedad francesa— en convertir a los jóvenes de origen norteafricano en una comunidad. Y en tal caso se trataría de una comunidad religiosa, ya que esa es la única forma de comunidad que reconoce la sociedad existente, tanto en Francia como en los EE.UU. Y no es casual que en el marco del *Conseil Français du Culte Musulman* que ha puesto en marcha, Sarkozy privilegie a los representantes con reputación de «duros». Sus declaraciones en favor de la financiación pública de la construcción de mezquitas, del voto de los inmigrantes en las municipales y de la modificación de la doble pena ^[33] apuntan, pues, a ganarse a un electorado musulmán.

La novedad es que un ministro de la República contemple como estrategia a largo plazo apelar a una forma de comunidad que, oficialmente, la República no puede reconocer. En todos los casos, frente a las pretensiones de la propaganda mediática, siempre tentada de presentarnos la mano oculta de los barbudos integristas tras la menor agitación de los jóvenes inmigrantes, la única intervención de los miembros del *Tabligh* durante los acontecimientos consistió en intentar calmar a la juventud, lo que demuestra que el cálculo sarkoziano cuadra perfectamente...

7 Para acabar con el juicio de Dios

EN ESTAS TRES SEMANAS hemos visto de todo: por ejemplo, al gobierno iraní inquietarse,

33 La expulsión de los extranjeros —una vez cumplidas las penas de prisión a las que hayan sido condenados— del territorio nacional. La supresión de la doble pena fue una de las reivindicaciones de los motines de la prisión de Fleury-Merogis en 1985. (N. del t.)

junto a su alter ego francés, por las amenazas contra los derechos del hombre... ¡*Porco Dio!* Pero la palma de la infamia se la lleva la flor y nata de la *inintelligentsia* francesa, de Phillipe Val a Alain Finkielkraut: hay gente que, como ellos, no sorprende jamás: ¡nunca faltan a la cita! Son los mismos que se quedaron empalmados con la victoria del equipo francés durante el Mundial de Fútbol de 1998. ¡Por fin la integración republicana había demostrado su valor! ¡Qué lejos parece quedar en la actualidad, —como esos recuerdos brumosos que se nos vienen a la cabeza al día siguiente de una mala borrachera— esa comunión espectacular *bleu-blanc-rouge* reconvertida en *black-blanc-beur!* [³⁴] El famoso «mestizaje» encubría una realidad mucho más prosaica: no basta con importar el cacao y los cacahuetes de los países pobres, también hay que llevarse a sus deportistas de élite. La lógica colonial va más lejos, ya que si Europa importa jugadores de África, también exporta a sus entrenadores: se importan trabajadores y se exportan capataces... Sin embargo, desde la euforia televisiva de 1998, hemos podido escuchar a jóvenes «salidos de las filas de la inmigración» acoger *La marselesa* con silbidos en el transcurso del partido Francia-Argelia... [³⁵]

Si hasta ahora la República había logrado uniformizar a todos los que vivían en su territorio y convertirlos en franceses, en la actualidad se encuentra frente a unas gentes nacidas y criadas aquí que no se reconocen en Francia. Y es que los inmigrantes norteafricanos o del África negra, a diferencia de los inmigrantes europeos que les precedieron, son antiguos colonizados.

El colonialismo y el imperialismo no han sido una mancha en la túnica inmaculada de la República, sino su fundamento mismo. Y así fue desde 1793, fecha en la que los jacobinos transformaron la guerra llamada revolucionaria en guerra de conquista territorial en nombre de los ideales universales de la revolución francesa, con las consecuencias que todos conocemos... El universalismo francés fue a la vez imperial y colonial. Lo esencial de la empresa colonizadora fue obra de la IIIª República. La personalidad de su máximo instigador esclarece perfectamente la lógica que presidió la construcción del edificio republicano. Ministro del gobierno versallés que reprimió la Comuna de 1871, luego ministro de Instrucción Pública (que, en el desempeño de esta función, organizó la erradicación de los «dialectos» en todo el país), artífice después de la colonización, Jules Ferry la justificó en nombre de los valores superiores de la República francesa.

También en este caso, la ruptura entre la juventud precarizada y en paro de origen inmigrante y los trabajadores franceses tiene raíces históricas. La adhesión de estos últimos a los valores nacionales (a través de los partidos de izquierda) se efectuó, sin duda, en detrimento de la solidaridad con los oprimidos de las colonias. La ideología jacobina descansaba sobre el culto al Estado-Nación, línea de la que la izquierda francesa jamás se ha desviado, el PCF incluido, que logró combinar su fidelidad al *Comintern* con el nacionalismo francés. Tras la Segunda Guerra Mundial, el Partido, reforzado por su papel en la resistencia y obsesionado por la teoría de los bloques, consideró que frente a la hegemonía americana había que defender la Nación al precio que fuera. Por dicho motivo, el PCF no apoyó jamás la independencia argelina, llegando al extremo de votar plenos poderes para el gobierno de Guy Mollet en 1956 (lo que implicaba, entre otras cosas, otorgar poderes policiales al general Massu). Con el pretexto de combatir el imperialismo norteamericano, el PCF *avalaba* el imperialismo francés. Por lo demás, la Argelia colonizada correspondía a tres departamentos franceses, y la República, como todo el mundo sabe, «es una e indivisible».

34 *Bleu-blanc-rouge* (azul, blanco y rojo) son los colores de la bandera francesa; *black-blanc-beur* (negro, blanco, árabe) serían las de las tres componentes raciales fundamentales de la actual nación francesa. (N. del t.)

35 ¡Y Finkielkraut, que vio en los sucesos del otoño una «revuelta de carácter étnico-religioso», se lamenta ahora, siguiendo los pasos de Le Pen, de que Francia tenga un equipo *black-black-black!*

Así pues, cuando el imperio colonial francés entró en la etapa de su crisis final, el «partido de la clase obrera» pasó olímpicamente de la lucha de los colonizados y mantuvo sobre la cuestión argelina posiciones más próximas a la burguesía francesa que a las de los argelinos. Si bien eso no impidió que Argelia se independizara, en el transcurso de las décadas siguientes no dejó de tener graves consecuencias en el interior del país.

Esa misma izquierda, depositaria del universalismo republicano, que salió a la calle como un solo hombre tras los nueve muertos del metro de Charonne en enero de 1962,^[36] no movió un dedo por los centenares de víctimas de las brutalidades policiales de octubre de 1961. Y participó en la conspiración de silencio que enterró a aquellos pobres desgraciados bajo la capa de plomo de una *omertà* de lo más republicana durante una veintena de años.

A finales de los años setenta, la juventud de origen inmigrante de los suburbios — que con frecuencia vivía en municipalidades gestionadas por el PCF y desconocía esa historia tan cuidadosamente ocultada — no se equivocó, sin embargo, al considerar a este último como su enemigo.

¿Quién fue el primero en hablar de expulsar a las familias de emigrantes cuyos hijos protagonizasen la crónica judicial? El alcalde del PCF de Vénissieux, en 1980. ¿Quién calumnió groseramente la huelga de los OS inmigrantes de Talbot de 1984 pretendiendo ver en ella la mano de imanes integristas? El primer ministro socialista Pierre Mauroy. Que su sucesora en la alcaldía de Lille, Martine Aubry, haga en la actualidad llamamientos a la firmeza contra los jóvenes alborotadores de los suburbios pobres sólo debería recordar a todo aquel que confíe en un cambio real en este cochino país que, el día en que la cosa vaya en serio, habrá que mostrarse muy firmes con estos lacayos de la socialdemocracia. Hay que hacer una mención especial a Malek Boutih que, al día siguiente de las elecciones presidenciales de 2002, denunció a la «chusma» y llamó a reprimirla, pues le imputaba la derrota de Lionel Jospin. Así pues, los *racailleux* no sólo son el chivo expiatorio de la Francia de clase media sarkozista, sino también el de la izquierda. Así, el diputado de l'Essonne Julien Dray (¡menuda carrera, desde SOS-Racismo!...) no ha dudado en trenzarle laureles a Nicolas Sarkozy apoyando la Ley de Seguridad Interior que este último presentó en enero de 2003, y que daba los toques definitivos a la Ley de Seguridad Cotidiana del socialista Daniel Vaillant.

LA IZQUIERDA, tanto en Francia como en toda Europa, no es más que la heredera de un siglo de cobardías, mentiras y traiciones. La izquierda destruyó las esperanzas del 68, al hacer regresar a la melancolía cotidiana a diez millones de huelguistas salvajes y aniquilar la perspectiva de un cambio radical en este país de mierda. La izquierda no es la solución al problema, sino parte de él, porque además de no haber sido nunca revolucionaria, ni siquiera tiene ya medios para ser reformista y se conforma con agitar espantajos para movilizar a sus tropas. Durante los brillantes años del mitterrandismo, cerrar el paso al FN se convirtió, pues, en su argumento supremo. Una vez elegidos los candidatos izquierdosos, criticarlos habría hecho el juego a la derecha, incluso a la extrema derecha... Al reproducir de forma indefinida ese pequeño chantaje, cualquier veleidad de protesta quedaba paralizada en seco en nombre del «peligro fascista».

El colmo se alcanzó con el psicodrama electoral de la primavera de 2002. Entre ambas vueltas de la elección presidencial quedó prohibido abrir la boca para otra cosa

36 El 8 de febrero de 1962 el PCF convocó una manifestación bajo el eslogan «Paz en Argelia y no a la O. A. S.». En la estación de metro de Charonne, la policía, siguiendo órdenes de Maurice Papon, mató a porrazos a nueve manifestantes. Unos días más tarde se producía una huelga general en la que tomaron parte cientos de miles de personas. El escándalo desatado, sin embargo, sirvió para sumir en un olvido más absoluto si cabe a las víctimas de octubre de 1961. (N. del t.)

que no fuera llamar a votar a Jacques Chirac a fin de cerrarle el paso a Jean-Marie Le Pen. Cualquier veleidad de debate (y en particular meterles las narices en su propia mierda a los popes de la izquierda) tropezaba invariablemente con aquella consigna única, repetida hasta la náusea, y todo aquel que intentase abrir un verdadero debate era acusado de complicidad objetiva con el fascismo. Dicho de otra forma: no hizo ninguna falta que Le Pen saliera elegido para que la libertad de expresión desapareciera: era ya cosa hecha, bajo los auspicios de la buena conciencia republicana y en nombre de una especie de estado de emergencia electoral.

En realidad, en Francia la extrema derecha jamás ha tenido vocación de tomar el poder. Cada vez que ha tenido ocasión de hacerlo, se ha echado atrás. Ese fue el caso del general Boulanger en 1889, cuando renunció en el último momento a marchar sobre la Asamblea Nacional en el momento en que sus partidarios dominaban la calle. También fue ése el caso en febrero de 1934, cuando el líder de los Croix-de-Feu, el coronel La Rocque, se negó a sitiar a la Asamblea y los líderes de Action Française brillaron por su ausencia en unas calles que sus militantes, sin embargo, habían ocupado. Y lo mismo pasó en 1961, cuando el golpe de Estado de Argel fracasó porque el grueso del ejército se negó a comprometerse en él, manteniéndose fiel a la figura titular del general de Gaulle.

El motivo por el que la extrema derecha nunca ha podido llegar al poder en Francia es sencillo: en toda Europa, los regímenes autoritarios han llegado al poder cuando el Estado-Nación tenía problemas para afirmarse. Se trataba de reactivar violentamente el proceso de constitución del Estado-Nación, interrumpido o ralentizado (en Alemania, por la derrota de 1918 y la crisis de los años veinte; en Italia, por la reacción contra el *bienio rosso*, el movimiento de las ocupaciones de fábricas (en el Norte) y campos (en el Sur) de 1919-1920; y en España por la agitación social y las autonomías vasca y catalana). Ahora bien, en Francia la tradición ininterrumpida de centralización política y el peso de la ideología nacional, especialmente intensificada por el colonialismo, ha permitido constituir un aparato de Estado poderoso, apoyado en el seno de la sociedad civil por un sistema disciplinario omnipresente. La única vez que ese dispositivo ha vacilado y la extrema derecha ha podido acceder al poder fue bajo la forma fantasmal del régimen de Vichy, por la gracia de la invasión alemana que provocó el hundimiento de la IIIª República, no como resultado de una estrategia de conquista del poder meditada y madurada. El mariscal Pétain se conformó con asumir un poder que una Asamblea Nacional acorralada intentaba quitarse de encima al precio que fuera... Todo lo cual equivale a decir que el FN ha desempeñado un papel muy simple: cuando el dedo indica la luna, el idiota mira al dedo. Y la idiotez política es la cosa que mejor está repartida en Francia. [37]

En otras palabras, si Francia ha evitado el fascismo no es porque sea el país de la libertad, sino porque es el país de la autoridad.

DESPUÉS DEL FN, la República ha descubierto otro peligro en casa: ¡el integrismo musulmán! Siguiendo la probada táctica del señuelo, la cuestión planteada por la revuelta endémica de los jóvenes inmigrantes se desplaza hacia la de la laicidad amenazada. Así se constituye una unanimidad de los franceses, tanto católicos como laicos, espectacularmente amenazados por el proselitismo islámico: señalando ostensiblemente

37 La prueba es que en la actualidad Sarkozy ha reemplazado a Le Pen en la afectividad de izquierdas, cuando se trata de dos discursos y de dos prácticas diferentes. Le Pen representa al racismo franchute nostálgico de la época colonial, Sarkozy al liberalismo a la americana, que conjuga la tolerancia cero con el comunitarismo. Así, los de Act-Up, más acertados en otras ocasiones, se engañan muy mucho al publicar un cartel que representa al ministro del Interior con un pie en el que se lee Votez Le Pen. Al asimilar el uno al otro, uno se mantiene en un registro afectivo y tranquilizador. La demagogia de izquierdas no vale más que la de derechas, y apuesta de forma idéntica por la estupidez de las masas.

con el dedo a unas cuantas decenas de chicas con velo sin mostrar a las miles de otras que, cabellos al viento, no esperan de la escuela tanto un futuro profesional —sobre el que apenas se hacen ilusiones— como una puerta de salida de un medio familiar un poco asfixiante. Es evidente que excluyendo a las chicas con velo del colegio no se las incitará a renunciar al *tchador*. Lo más grave es que tales campañas mediáticas amalgaman insidiosamente a la juventud de origen norteafricano nacida aquí y el integrismo musulmán, y a la inversa, inducen a muchos jóvenes a identificarse con un Islam estigmatizado. Cualquiera, salvo los curas laicos de la República, se lo podría haber figurado...

Ninguna persona de buena fe puede dudar de que los integristas musulmanes no han tenido nada que ver con la revuelta del otoño de 2005, y sobre este particular los informes de la policía política desmienten a su ministro. Los musulmanes moderados tampoco, como atestigua la *fatwa* lanzada contra los amotinados por la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia: «*Les hemos dicho: “Si sois violentos, ya no sois musulmanes. El Islam os dará la espalda”*». En general, cuando oyen eso, se sienten aislados y eso les calma», cuenta un *tabligh* de Clichy-sous-Bois, donde hace una quincena de años que esta secta está presente. ^[38] Diríase que estos sermones no han ejercido gran influencia sobre los jóvenes de Clichy-sous-Bois... Sin embargo, está claro que los predicadores del *Tabligh* piensan redoblar su proselitismo, y que a falta de acceder a los productos mágicos de la abundancia occidental, algunos jóvenes de los suburbios pobres siempre podrán hallar una respuesta ilusoria en el puritanismo religioso.

El retorno de la religión es un hecho insoslayable desde hace una veintena de años, y está muy lejos de limitarse a los hijos de los emigrantes. De no ser así, ¿cómo ha podido convertirse de repente el budismo en la tercera religión de Francia? Este vigoroso retorno es la prueba de que la República no ha superado la miseria que se encuentra en la raíz de la aspiración religiosa.

Religión, del latín *religio*, designa el acto de relacionar: a la tierra con el cielo, y a los hombres entre sí. Los republicanos laicos, que no ven en la religión más que superstición y oscurantismo, ignoran su fundamento real y son, por tanto, incapaces de llevar a cabo una verdadera crítica de la misma. La religión es un modo de comunicación alienado. En el seno de la comunidad religiosa, es una autoridad exterior e indiscutible la que funda la relación entre los individuos. Señalemos de paso que, en Europa, la religión monoteísta preparó el terreno al Estado moderno (un Dios único fundamenta la legitimidad de un soberano único que dispone la obediencia a una ley indiscutible).

El Estado laico y republicano ha emancipado a la política de toda creencia particular en la medida en que se ha convertido en heredero directo de la alienación religiosa transferida a la esfera política. De la religión monoteísta e histórica, el Estado laico y republicano conserva la aspiración a la universalidad: pretende, pues, realizar las promesas de las que aquella era portadora: la igualdad y la fraternidad. No las realiza, evidentemente, más que en el ideal, en la esfera del discurso político. El Estado reproduce, por tanto, la esencia de la mentira religiosa, a saber, la escisión entre el ideal y la realidad, pues tiene como fundamento a la sociedad civil burguesa, que no es más que la simple suma de los intereses privados, es decir, lo más opuesto a la igualdad y la fraternidad. La comunidad religiosa se ha esfumado ante la comunidad política, pero esta

38 Movimiento pietista fundado en la India a finales de los años veinte, el *Tabligh* predica una estricta adhesión al Islam en lo que se refiere a la sociedad civil y la vida política. Envía de forma preferente a sus misioneros a los confines geográficos del Islam: el África negra, Asia central y Europa. No es un movimiento yihadista, como los Hermanos Musulmanes por ejemplo, aunque por sus filas hayan pasado jóvenes que luego fueron absorbidos por el islamismo político.

última funciona de acuerdo con pautas idénticas. El cielo de la política se ha revestido *con* los oropeles de la tierra. El Estado laico y republicano aparece, pues, como heredero de la Iglesia, cuyas funciones caritativas y morales ha asumido. Por lo demás, el papel de la izquierda es recordarle al Estado esas funciones, no criticar la sociedad civil burguesa.

La izquierda pretendió, sin embargo, que el Estado regulara la sociedad civil, que su poder soberano impidiera que el interés privado y la competencia que engendra desembocasen en la guerra de todos contra todos. El Estado se convertía en una especie de intendente general de la sociedad civil burguesa, institucionalizando toda forma de protesta cuando, en realidad, el principio fundamental de esta sociedad seguía desatado. Lo único que ha llegado a regular el Estado es la reproducción social de los trabajadores y no, como creen las plañideras de *Le Monde Diplomatique* y de ATTAC, la competencia y el interés privado, que siempre han sido libres.

Esa libertad ha llegado a su expresión última en la actualidad, cuando el desencadenamiento mundial de la competencia y el interés privado, elemento motor del capitalismo, se burla de las fronteras y relega al Estado soberano a meras tareas de policía que, en realidad, constituyen su esencia. Que en este contexto la reproducción social se convierta a su vez en una mercancía no es sino la consecuencia lógica de la libertad de comercio generalizada. A falta de atacar esta última, la izquierda se ve reducida a invocar al Estado republicano exactamente de la misma forma en que los cristianos invocaban a la Iglesia en las épocas de grandes perturbaciones. Más pragmática, la derecha liberal proyecta aplicar las recetas norteamericanas a la sociedad francesa...

A los defensores del Estado republicano les resulta cómodo agitar el espantajo del integrismo islamista. Los musulmanes integristas son partidarios de la aplicación de la *charia*, en otras palabras, de un Estado teocrático, que se comporte de manera política con respecto a la religión y de manera religiosa con respecto a la política. Sin embargo, la *charia*, aplicable en una sociedad fundada sobre la renta —territorial o petrolera— evidentemente no lo es en una sociedad civil burguesa fundada sobre la explotación capitalista y que presupone la libertad formal del individuo. ^[39] Los musulmanes moderados pretenden ser más pragmáticos: aspiran a combinar el culto religioso y el culto republicano.

De lo que se trata, frente a los falsos debates sobre la integración del Islam en la República, es de criticar a ambos por igual. Y entonces la exigencia de renunciar a las ilusiones religiosas y políticas sobre la condición de cada cual se presentará como la exigencia de renunciar a una condición que requiere ilusiones. La crítica del cielo se transformará así en crítica de la tierra, y la crítica de la religión en crítica del derecho, así como la crítica de la teología en crítica de la política. ^[40] Lo demás no es más que bla bla bla, identitario o ciudadanista.

A COMIENZOS de 2005 se constituyó el colectivo «los Indígenas de la República», que el 8 de mayo se manifestó para conmemorar las masacres de Sétif y Constantino. La declaración pública de este colectivo cuestionaba a la sacrosanta República, que sigue ocultando la realidad de su pasado colonial (¿quién sabe lo que pasó el 8 de mayo de

39 Es precisamente el carácter inaplicable de la *charia* en las sociedades occidentales lo que seduce a determinados jóvenes de los suburbios, que ven ahí una postura radical cuando lo que hay no es más que una huida ante la realidad. El integrismo musulmán, como forma de anticapitalismo, ofrece la ventaja de proyectar ese rechazo del capitalismo no sobre la realidad social, sino en el cielo de la comunidad religiosa.

40 Cf. *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, K. Marx, México, Grijalbo, 1977. Incluido también en *La comunidad*, Raoul Bremond, Eds. Etcétera. Cf. también «Le jugement de Dieu est commencé», *Revue de Préhistoire Contemporaine* n° 1, París, 1982. (N. del t.)

1945 en Argelia?). A diferencia de los colectivos-marketing tipo «Ni putas ni sumisas» (salvo ante los politicastros del PS, claro...) esta declaración de los «Indígenas» abre perspectivas. Sin embargo, este colectivo abarca a asociaciones confesionales y a teólogos, lo cual alimenta una gran confusión. Si bien los «Indígenas» recuerdan oportunamente el fundamento colonial de la República, siempre presente a través de las discriminaciones que padecen los hijos de los inmigrantes del continente africano, la cuestión es saber a dónde quieren llegar. ¿Al reconocimiento de una comunidad árabe-musulmana en Francia?

Cabría pensar que las campañas de los islamó-fobos han logrado su meta: constituir a la fuerza a los inmigrantes norteafricanos de Francia y a sus descendientes en comunidad religiosa. Desde luego, el llamamiento de los «Indígenas» está lejos de limitarse a la cuestión exclusiva del reconocimiento del Islam. Pero ha sido firmado por notorios ateos, junto a teólogos como Tariq Ramadan, con el argumento siguiente: la República mantiene con respecto al Islam una actitud post-colonial. Podría replicárseles que criticar a la República en nombre de una comunidad religiosa es criticar una forma de opresión en nombre de otra.

Pero si se plantea la cuestión desde un punto de vista distinto al de la integración de los inmigrantes en la República, y desde un punto de vista distinto al de la *'Umma* (la comunidad de los fieles musulmanes), el debate es posible. No se trata ya, en ese caso, de dialogar entre «comunidades», sino de construir un futuro común más allá de la República y de las confesiones particulares, a partir de un diálogo que nos proyecte a todos más allá de los bloqueos actuales, más allá de las identidades monolíticas y excluyentes. ^[41]

La cuestión es emanciparse de las identidades definidas desde arriba: la identidad árabe-musulmana es una de ellas, al igual que la identidad francesa. ^[42] No es tolerancia recíproca lo que hace falta, sino un diálogo que nos permita superar las identidades monolíticas en las que se nos pretende encerrar. No podremos aclararnos en nuestra propia casa y criticar la República si entre la juventud de origen norteafricano del país no se alzan al mismo tiempo voces que critiquen el peso de la ideología árabe-musulmana. Ahora bien, la declaración de los «Indígenas» no deja lugar a dudas, lo cual, visto el papel que en ella han desempeñado los creyentes, tampoco es de sorprender: toda religión destierra la duda.

Al instaurar una forma fantástica e ilusoria de comunicación, la religión se opone concretamente a la comunicación real entre los individuos, empezando por la comunicación entre hombre y mujer. «No llevamos el velo porque estamos sometidas a nuestros maridos sino porque estamos sometidas a Dios», declaraba una chica con velo excluida de su instituto. ¿Cuál es la diferencia? ¿Acaso la figura tutelar de Dios no está concebida a imagen del patriarcado (por algo dicen los cristianos «Dios padre», etc.) y no se transmite, además, la autoridad del padre al marido? No seremos nosotros quienes les

41 Como ejemplo de lo contrario tenemos ese discurso «francés y musulmán a la vez» (que dio lugar a una manifestación —encuadrada por barbudos— de muchachas con velo que portaban banderas tricolores en la Canebière de Marsella). En este caso se llega al colmo de la alienación: política y religiosa.

42 Dado que corresponden a visiones monolíticas del mundo, estas identidades son incapaces de dar cuenta de la complejidad de las filiaciones (vividas o simplemente reivindicadas) de los individuos reales, incapacidad a la que nos enfrentamos en el mismo lenguaje de este escrito. En efecto, ¿cómo identificar a tal o cual joven? ¿Árabe (cuando buena parte de los jóvenes de origen argelino y marroquí son amazigh), franceses de origen norteafricano, musulmanes (cuando muchos de ellos son ateos)? ¿Y los negros, no todos los cuales proceden de países musulmanes? ¿Hay que definirlos por su nacionalidad de origen o por la etnia? ¿Sigue siendo uno wolof o malinké cuando ha nacido en Saint-Denis? ¿Y la «tercera generación»? ¿Y nosotros mismos, frankaouis procedentes de minorías culturales —occitanos, bretones, corsos, etcétera— no reconocidas por la República y además, con frecuencia oriundos de inmigraciones anteriores? ¿Cómo definirnos?

arrojemos la primera piedra, pero preferimos apoyar a las mujeres que, en *todo* el mundo se baten *contra* las discriminaciones de las que son víctimas en tanto mujeres antes que a las que reivindican gozosamente su sumisión a un orden simbólico de lo más masculino. Lo cual, desde luego, no apunta sólo al Islam: todas las religiones del Libro relegan a la mujer a un plano inferior.

Por lo demás, el modo en que ciertos jóvenes de los suburbios reivindican su adhesión al Islam es significativo. Relegados a su vez en la sociedad, y con su predominio masculino atacado por sistema, ven en el discurso islámico el medio de restablecer sus prerrogativas frente a las chicas que aprovechan las pocas posibilidades de emancipación individual ofrecidas por la desintegración de la familia y de la escuela. Son los mismos que envenenan la existencia de sus supuestos correligionarios con sus *fatwa* de barrio. A la inversa, para ciertas chicas que viven en ese ambiente de frustración, llevar el velo es una forma de que las dejen en paz, a veces el único medio de evitar el acoso cotidiano. Entrevistada en el momento de los incendios, una joven árabe pronunciaba estas terribles palabras: «En la barriada, nosotras vivimos bajo el toque de queda permanente». De hecho, entre toda la gente detenida en otoño, no ha habido una sola chica (aunque las chicas de los suburbios estaban de todo corazón con sus hermanos que atacaban a la policía). No obstante, los jóvenes varones también se ven perjudicados por esta situación. «Antes, al menos podíamos bromear un poco con las chicas; ahora, con los rollos éstos de los velos y de la religión, ni siquiera podemos dirigirles la palabra», se quejaban con razón algunos jóvenes de los suburbios.

Ya es hora de abrir un diálogo acerca de todas estas cuestiones con los integrantes de los «Indígenas de la República» que lo deseen. Si semejante debate no llega a construirse, más allá de las identidades monolíticas entregadas llave en mano, la única apertura posible fracasará. De acuerdo con el sociólogo Saïd Bouamama (cosignatario del llamamiento de los «Indígenas»), «en nuestra opinión, el comunitarismo del que tanto se habla tiene mucho más de construcción ideológica efectuada desde arriba que de expresión espontánea de las mutaciones de la sociedad civil». ^[43] Ya nos gustaría creerlo, pero el roce cotidiano, incluso en una ciudad como Marsella, indica que cada vez más jóvenes salidos de la inmigración norteafricana se identifican por medio de la adscripción religiosa frente a los demás, a los que se identifica como judíos y cristianos. Y se ve a bandas de adolescentes haciendo de policías durante el *ramadam*, llegando incluso a acosar de forma violenta a algún que otro norteafricano por no observarlo... Y los barbudos presionan a los dueños de bares árabes o cabilas para obligarles a dejar de vender alcohol... ¿Hay que considerar que es cosa «de ellos» y no inmiscuirse o tener el coraje de recordar que aquí mismo hubo generaciones enteras que se batieron para acabar con el juicio de Dios?

Durante esas tres semanas de incendios, en tres o cuatro lugares se arrojaron cócteles molotov contra iglesias y mezquitas. Con la excepción de la ZUP de Nîmes (Gard) donde, a todas luces, fueron unos jóvenes de origen norteafricano los que atacaron la mezquita para hacer pagar a los imanes locales su colaboración con la policía, en los demás casos la cosa huele a montaje. Si a ello le añadimos unos cuantos incendios de sinagogas en el transcurso de los últimos años, no hay que subestimar el riesgo de que las cosas se emponzoñen, ya que las identidades monolíticas no saben confrontarse sino por medio de la exclusión recíproca, de forma ponzoñosa.

TAMBIÉN HAY que disipar la confusión entre lo religioso y lo étnico: la religión es un modo de comunicación ilusorio; la etnia, un modo de comunicación práctico. En el caso de los inmigrantes norteafricanos, esta confusión tiene sus raíces en la sociedad de origen,

43 *La construction des «petits blancs» et les chemins de la politique*, Contretemps, mayo 2005.

cuya cultura está muy impregnada de religiosidad. Sin embargo, a diferencia que sus padres, los jóvenes de origen norteafricano nacidos en Saint-Denis no son inmigrantes.^[44] Están condenados a vivir en un exilio eterno.

Esa voluntad de encerrar a los jóvenes de origen norteafricano en una filiación étnico-religiosa, que se observa tanto entre los sociólogos como entre los animadores socioculturales, resulta un tanto sospechosa. Sobre todo, porque les retrotrae a una realidad que sus padres han dejado atrás y en la que no necesariamente desean verse encerrados.

A nosotros nos parece que la cuestión fundamental es más bien ésta: ¿qué vínculos es posible construir, a partir de elementos dispersos, más allá de las identidades monolíticas (la República, el Islam) en las que, por las buenas o por las malas, pretende encasillarse a esta juventud? ¿Qué etnias de geometría variable pueden nacer en el seno del desarraigo y de la desubicación generalizadas? Precisamente por eso, razonar en términos de identidad corta de raíz una construcción que se presenta como movimiento, pues es en la contradicción entre la identidad de origen y la adoptiva, entre los usos y costumbres de allá y los de aquí, donde se encuentra la fuerza viviente que genera filiaciones múltiples. (A condición de no escuchar ni a los integristas de la República ni a los del Islam, que nos incitan a reducir la contradicción a una oposición).

Para la gente de izquierdas, formateada en el molde del universalismo abstracto, la cuestión de la raigambre es tabú, motivo por el cual la extrema derecha ha ocupado el hueco y aportado su respuesta. La única identidad reconocida en Francia es la política, vivida a su vez de acuerdo con las pautas de la relación individuo/Estado. En realidad, detrás de la definición oficialmente neutra, a-cultural y a-étnica de la República, se ocultaba un imperialismo cultural y lingüístico que, partiendo de la capital, se propuso destruir la diversidad cultural existente en todo el territorio.

Resulta divertido constatar cómo, en la actualidad, los individuos que Francia ha descerebrado con tanta paciencia, privándoles de sus vínculos locales y de sus hablas, vuelven a encontrarse, en la *Suburbia*, parisina a la que les ha conducido la centralización, con aquellos a los que colonizó en ultramar y después obligó a emigrar. Tanto los unos como los otros están totalmente desplazados y el no-lugar al cual han sido transplantados no puede proporcionarles un zócalo común.

Confrontado con su propia desubicación, al individuo sólo le queda jugar con las filiaciones, apañarse una identidad con los pocos medios que tenga a mano. Filiación multiétnica, no en el sentido de que cohabitarían varias etnias, sino en el de que la multiplicidad de las trayectorias individuales conduce a cada cual a encabalar varios orígenes étnicos en una tensión dinámica.

Por el contrario, allí donde la angustiosa cuestión de la dimensión comunitaria se resuelve para el individuo de forma abstracta (Francia para unos, el Islam para otros) ya no es cuestión de improvisar; en ese caso la identidad se entrega llave en mano. ¡Nada de apaños! Eso es lo que sucede cuando el individuo se encuentra arrojado al vacío, pues esas periferias infinitas donde se margina tanto a los franceses de clase media como a los inmigrantes son el paisaje mismo de la ausencia. Habitantes de áreas residenciales o de viviendas sociales que en lo sucesivo llevan una existencia al margen y desarraigada. El sentimiento de desarraigo que se experimenta cuando se vive en los suburbios lleva a los individuos a *crearse una* identidad también sin raíces.

44 Las cosas, por lo demás, son mucho más complejas, puesto que los integrantes de la «primera generación», que nacieron en la Argelia francesa, no tenían el estatuto de extranjeros cuando llegaron a la metrópoli.

Si el Islam se ofrece a muchos como salida es precisamente porque define una identidad monolítica: algo reconfortante, estable, en tanto que la filiación multiétnica proyecta al individuo en el movimiento. ^[45] Aunque no fuera más que como referencia vaga, ni siquiera como práctica religiosa efectiva, el Islam delimita una comunidad entre estos desarraigados. Y ésta no tiene nada de étnica (la prueba es que hay jóvenes *frankaoui* que se convierten). Al mismo tiempo, por su propio proselitismo, el universalismo de la religión es excluyente.

En su libro *Sur la piste des Marranes*, en cambio, Claude Corman ve en la figura histórica del marrano un ejemplo de identidad fluida y puesta en tela de juicio sin cesar: aquel judío converso vivía sumergido en el compromiso y la improvisación identitaria, lo que le permitía desenvolverse en un mundo cristiano y desplegar una gran aptitud para el cambio y el viaje. «En el caso del marrano, la atenuación de semejante contrariedad no se encuentra ni en la vía comunitaria ni en un nomadismo convulso, confuso y desarraigado, sino en la tensión permanente entre ambos, en la orilla, el punto peligroso pero prometedor en el que se siente bascular la identidad sobre la alteridad...». La versatilidad del marrano le permitió, por medio de la fricción y el juego entre los vínculos y las filiaciones, desprenderse de una relación exclusiva con su identidad. «Sin versatilidad, sin disolución parcial de la propia identidad en la del otro, sin una correcta evaluación de la riqueza y las obras de los demás, el mundo dejaría de ser habitable» (y en efecto, a partir de la hegemonía de las religiones monoteístas y posteriormente la del Estado-nación, ha dejado de serlo). «El mundo de los puros y de las fes intransigentes es un mundo de sables, horcas y hogueras». ^[46]⁴⁶

Si LA religión tiende a ocupar un lugar cada vez más importante en esas áreas de marginación que son las barriadas de los suburbios, lo hace en competencia con otro medio de evasión espiritual, a saber, la droga (las drogas). Si la jornada del creyente está marcada por el ritmo de las oraciones, la del consumidor de drogas lo está por la frecuencia de las dosis. En ambos casos, se trata para el individuo de llenar el vacío de una existencia en la que se ve privado de todo medio de vivir. La diferencia es que la religión propone al individuo aislado integrarse en una comunidad, y la droga enclaustrarse en su aislamiento. Si la religión cultiva la humildad y el fatalismo, la droga cultiva el narcisismo y la soledad. Lo cual viene a ser como decir que la toxicomanía es, en muchos aspectos, más acorde con la esencia de la sociedad civil burguesa. Tanto más cuanto que, como dirían los economistas, ¡crea empleo!

La grosera calumnia lanzada contra los amotinados del otoño, presentados como traficantes organizados que defendían su territorio, resultaba poco creíble pero era eficaz de cara al telespectador-votante medio. Desdeñaba la diferencia entre las redes organizadas, que controlan las entradas y salidas de toda una barriada y recurren a la división del trabajo, y el pequeño traficante ocasional que vende por su cuenta a unos cuantos conocidos, y que se da tanto entre los hijos de inmigrantes como entre los retoños de la clase media *frankaoui*. Los primeros necesitan tranquilidad y no tienen el menor deseo de que escuadrones de CRS les espanten a la clientela; para los segundos, el trapicheo no es más que un curro precario entre otros muchos...

La calumnia sarkoziana era tanto más abyecta por cuanto, desde la veintena larga de años que el tráfico de drogas lleva instalado —en diversos grados— en las barriadas de los suburbios, cabe decirse que el Estado lleva a cabo en ellos una auténtica «política

45 Esto resulta particularmente evidente entre ciertos jóvenes amazigh que viven en Francia y que, frente al racismo, reaccionan definiéndose por medio de una identidad monolítica impuesta y reduccionista, esto es, como árabe-musulmanes.

46 Claude Corman, *Sur la piste des Marranes*, Editions du passant, Bégles, 2000, p. 74, p. 82.

de contención». [47] La prohibición tiene por objetivo legitimar el aumento de la presencia policial, pues el simple hecho de criminalizar el consumo de cannabis permite mantener la presión sobre toda una fracción de la juventud, en tanto que muchos traficantes, por la parte que les toca, son hostiles a la despenalización, que les privaría de su negocio. Lo cierto es que el mercado de las drogas, tanto naturales como químicas, es un sector de importancia estratégica.

Por ejemplo, ese producto de consumo cotidiano en el que lleva convertido desde hace mucho tiempo el cannabis genera efectos anestésicos a escala de toda una juventud: «*Un nuage de fumée me contient/ Dans un simple joint ma rage je contient*», canta el rapero Ideal J. Circula una hipótesis según la cual una escasez de cannabis, ligada a la política del gobierno marroquí y a una sucesión de grandes incautaciones en las aduanas, llevaba haciendo estragos desde el verano de 2005 y contribuyó a crear un clima tenso en los suburbios franceses. «Durante los últimos meses, tanteando el terreno, los jóvenes mostraban los colmillos. Muchos no tenían nada que fumar y la tensión era palpable. Cuando el pastel es cada vez más pequeño, las relaciones se vuelven tensas», declara un consumidor-trafficante. El drama de Clichy-sur-Bois y las provocaciones de Sarkozy se habrían sumado, pues, a esta situación. [48] «Esta escasez ha podido constituir un factor contextual no desdeñable» declara Nacer Lalam, especialista en «economías informales», quien precisa:

Es cierto que el cannabis permite ocupar a los jóvenes en una época en la que dominan el aburrimiento y el paro, creando una cierta paz local. Sin embargo, el carácter anestésico de la resina del cannabis refuerza el encierro social y geográfico.

Si se examina la prohibición a la luz de estos hechos, resulta que ésta no tiene por objeto impedir el consumo de unos productos declarados ilegales (lo que sería de todos modos imposible, como reconocen los propios estupas) sino ejercer un control sobre su consumo y el tipo de productos consumidos.

«Si en Francia existe hoy en día una relativa paz social, es gracias al cannabis», declaraba un poli anónimo: «Sin él, los suburbios habrían explotado mucho antes y con mayor violencia aún. Además, han sido los grandes traficantes y los religiosos quienes han restablecido la calma.» [49] Con todo, los suburbios explotaron, y la escasez de cannabis no dejará de acelerar la tendencia actual al crack y a la cocaína, reemplazando un producto natural que inhibe la voluntad por productos químicos que agudizan los sentimientos de insatisfacción y frustración. La furia demencial de ciertas bandas de *racailleux* podría hallar allí uno de sus acicates... Una escalada en la descomposición social policialmente controlada: he ahí algo que recuerda el papel que desempeñó la heroína en la liquidación de toda una juventud, desde mediados de los años setenta hasta el final de los ochenta. [50]

47 Esta fue experimentada a gran escala por primera vez en Los Ángeles. Desde los años cincuenta, el jefe de la LAPD, el legendario Parker, puso a punto su famosa política de contención respecto de la población negra de LA. Por una parte, la policía disuadía sistemáticamente, mediante controles enérgicos, a los jóvenes blancos de frecuentar los locales nocturnos del sector negro, donde en aquella época los músicos negros y blancos de jazz cool actuaban juntos; por otra —lo cual constituyó el eje central de la política de Parker— se admitió, y de forma explícita, que el sector negro de la ciudad sería entregado a los traficantes de drogas duras, a los cuales, por el contrario, se les impediría rigurosamente la entrada en los barrios blancos. Parker consideraba que la heroína (el crack aún no se había inventado) se encargaría de calmar a «the niggers»...

48 Esta hipótesis ha sido desarrollada sobre todo por Nicolas Santolaria, «J'ai plus de shit!», *Technikart*, febrero, 2006, de donde proceden las citas de este párrafo.

49 Id. *op. cit.*

50 A comienzos de los años noventa el consumo de heroína había disminuido sensiblemente, pues la experiencia de los «hermanos mayores» destruidos y el discurso de ciertos grupos de rap y ragamuffin, hostiles a las drogas duras,

Al mismo tiempo, resulta significativo que muchos jóvenes de los suburbios hayan salido de la toxicomanía haciéndose musulmanes practicantes. Estos últimos dicen haber hallado en la práctica religiosa una serenidad que sin duda habían buscado, pero que evidentemente no hallaron, en el consumo de drogas químicas duras. Se verifica así, desde una perspectiva imprevista, una célebre fórmula sobre las relaciones entre opio y religión...

8 Inmigrantes y globalizados

EN EL TRANSCURSO DE los años ochenta, en los que la desdicha tomó cuerpo para varias décadas, de la sociedad francesa surgieron dos personajes originales: el *racailleux* y el sin techo. El primero ha de suscitar resentimiento, el segundo compasión. El uno es objeto de declaraciones belicosas, el otro de lamentos lacrimógenos. En aquello que pasa por opinión pública, el *racailleux* está destinado a la BAC y a la cárcel, mientras que el sin techo está invitado al *Restau du coeur* ^[51] y al *Samu social* ^[52]. Sin embargo, ambos son producto de la misma sociedad y las reacciones que inspiran proceden del mismo registro emocional.

En un país tan reglamentado, la desintegración de los vínculos familiares y de vecindad, (de cualquier forma de ayuda mutua directa) en beneficio de la asistencia impersonal de la administración, así como la práctica imposibilidad de buscarse la vida a través de pequeños oficios independientes, hace que el asalariado que pierda su curro pierda también, por lo general, las pocas relaciones sociales que tenía: basta con que la pérdida de su empleo coincida con problemas personales para que la vida del ex trabajador dé un vuelco total. Y en un país como Francia, a pesar de todos los mecanismos de ayuda a los parados del tipo subsidio a la vivienda —mecanismos que por lo demás, se cuestionan cada vez más para ponerles las cosas aún más crudas a esos cabrones de los pobres— uno puede encontrarse sin techo enseguida. Es aquí donde el término «recursos humanos», que define un departamento especial de la explotación encargado de deshumanizar por completo al asalariado y reducirlo a un dato estadístico, recobra su auténtico sentido.

En efecto, el primer y último recurso de un ser humano —como sabe cualquier indígena de las sociedades llamadas primitivas— es cultivar una red de relaciones de intercambio recíproco. Ahora bien, el trabajador occidental que dispone de un empleo estable es perfectamente autosuficiente. Y lo más habitual es que el universo suburbano en el que vive esté hecho para impedir que pueda recurrir a esas relaciones de ayuda mutua que caracterizaban a los barrios obreros de antaño. Por si fuera poco, la histeria del trabajo es tal que para mucha gente el universo se limita a su espacio profesional, en el que la organización del trabajo está completamente basada en la movilidad y la promoción individuales. Cuando la empresa ya no les necesita, descubren lo monstruosamente solos que están.

invirtió la tendencia.

51 Literalmente, «restaurante del corazón». Red de restaurantes asociados y gratuitos creados a mediados de la década de 1980 por el humorista Coluche, y donde los sin techo y los parados podían comer, mal pero de forma gratuita. Financiados mediante donativos privados y subvenciones públicas, se trata de empresas de caridad, si bien no confesionales. (N. del t.)

52 El SAMU equivale al SAMUR español, siendo el SAMU Social un servicio del SAMU que se ocupa —en las noches de invierno más frías— de recoger a los sin techo y alojarlos por una noche en un dormitorio común. (N. del t.)

No nos engañemos: las cuestiones de filiación, de identidad cultural, etc., son cuestiones sociales. La cuestión social por excelencia es la de la relación con el mundo. El aislamiento, la separación entre el individuo y la comunidad, son la condición misma del funcionamiento de la maquinaria capitalista. Para el capital es imperativo destruir, ya sea mediante la violencia directa o por medio de infames constreñimientos, cualquier forma de arraigo local, a imagen de los campesinos ingleses del siglo XVIII a los que obligó, a través de las *enclosures* (cercados), a abandonar el campo para engrosar las filas del ejército de reserva del salariado industrial. Desarraigados, privados del punto de apoyo de la comunidad rural, a los fabricantes textiles de Manchester y de Birmingham les servían igual para un roto que para un descosido. Ahora nos encontramos en una etapa en que ese proceso se ha globalizado bajo diversas formas, lo que significa que los incendios de los suburbios no plantean una cuestión de derechos, sino las cuestiones de la lucha social real, porque los jóvenes parados-de-por-vida y precarios que nacen y crecen en estas áreas de marginación no son el resultado de una injusticia particular, sino la condición de funcionamiento de un país capitalista avanzado. Sin la existencia de estos marginados, los servicios, que constituyen en la actualidad el principal sector de actividad capitalista, no podrían funcionar.

Los *RACAILLEUX* se encuentran en el otro extremo del espectro. Veinte años después de la derrota de la primera oleada de protestas de los suburbios pobres, la dislocación social se ha profundizado, la exclusión se ha vuelto más radical y la miseria cultural y política no tiene límites. Los *caillera* son el engorroso producto de esta dislocación. En el espacio sin raíces en el que crecen, algunos tienden a construirse una identidad al nivel más elemental posible: el de la banda, el de la manada. Nacidos en un mundo hostil, se muestran hostiles a todo el mundo.

Pese a todo, hay un dato de lo más significativo: la ausencia de la juventud de los suburbios en movimientos como los de los parados o los sin papeles. Hasta cierto punto, los parados o los sin papeles reivindican derechos: los unos el derecho al ingreso estable y los otros el derecho a un trabajo declarado; tanto las luchas de los parados como de los sin papeles, siguen siendo, al fin y al cabo, tributarias de una ilusión fundamental sobre la justicia. Lo importante en estos movimientos de parados o de sin papeles no es tanto lo que logren obtener, pese a que para gentes con el agua al cuello, las concesiones, pagas extras navideñas o tarjetas de residentes no tengan nada de despreciable. Siempre habrá parados con el agua al cuello e inmigrantes sin papeles, y cada vez habrá más, porque lo que el capitalismo precisa son trabajadores móviles y desmovilizables a voluntad. Frente a semejante apisonadora, lo que importa en estos movimientos es la experiencia de práctica colectiva que toda esta gente, antes atomizada, haya podido adquirir. Esta experiencia, junto con los lazos duraderos que pueda generar, más allá de que hayan podido obtenerse o no determinados objetivos, constituye su auténtica conquista, que sólo los profesionales de la representación política podrían arrebatársela.

Los adolescentes de los suburbios —la mayoría de los cuales poseen papeles que los acreditan como franceses— suelen ser parados. Sin embargo, los más jóvenes ni siquiera poseen esa existencia social: su único estatuto es el de «jóvenes de barrios con dificultades». En última instancia, lo que genera el comportamiento que determinadas bandas de *caillera* desplegaron en París en el transcurso de las manifestaciones estudiantiles de la primavera de 2005 contra la ley Fillon, y luego durante el movimiento de marzo de 2006 contra el contrato de primer empleo (CPE) es eso. Del tradicional saqueo de las tiendas, han pasado a las agresiones directas contra los estudiantes.

Al irrumpir de forma brutal en esas manis, los *racailleux* desmentían la unanimidad facticia que siempre ha caracterizado a los movimientos estudiantiles, con la calderilla

añadida, en estos últimos años, del lenitivo bla bla bla ciudadanista. Restablecían así, de forma brutal, la realidad de la sociedad civil en el seno de la protesta política: la guerra de todos contra todos. [53] Una vez que han abandonado definitivamente los estudios, donde lo único que han conocido son escuelas-vertedero, no tienen ningún motivo evidente para identificarse con un movimiento cuyos líderes autoproclamados, además, rivalizan en respetabilidad ante los medios y la clase política («somos estudiantes, no maleantes», etc.). No obstante, y al mismo tiempo, es innegable que los institutos de los suburbios pobres fueron a la huelga de forma masiva y tomaron parte en las manifestaciones contra el CPE. También resulta revelador comprobar la diferencia de comportamiento de los *caillera* dependiendo del espacio en el que se desarrollaran durante el movimiento de la primavera de 2005. En los suburbios, y sobre todo en Seine Saint-Denis, se expresaron más bien hostigando a la policía en las inmediaciones de los institutos ocupados, codo a codo con algunos de los huelguistas: al fin y al cabo, escolarizados o no, estos jóvenes son de las mismas barriadas. En París se trataba ante todo de abalanzarse sobre una ciudad que les excluye para dárselas de «guerreros de los suburbios», pese a que emprenderla en grupos de diez o veinte contra un transeúnte o un manifestante aislado no tenga mucho que ver con la ética de los samurai... lo peor de estas agresiones dignas de *La naranja mecánica* es que sin duda pueden contribuir a que los estudiantes se arrojen en brazos del servicio de orden cegetista y a ahogar esa espontaneidad que es sin duda el aspecto más simpático de estas manifestaciones.

No por ello es menos cierto que la oleada de incendios del otoño de 2005 ha constituido la primera gran revuelta de los precarios, porque aunque sólo tuvieran catorce años, los incendiarios sabían perfectamente lo que les esperaba, y los más mayores conocen ya la mecánica bien rodada que lleva de los currillos sin calificación y sin protección al Instituto Nacional de Empleo, y de ahí a las prácticas-basura. Cuando se crece en el seno de una familia en la que se come gracias al RMI del padre y al tráfico de hachís del hermano mayor, no se tienen demasiadas ilusiones sobre el futuro. Para quienes pudieran haberlas albergado, el paquete de medidas anunciadas por Villepin a comienzos de noviembre de 2005 se encargó de disiparlas; entre otras cosas, en los suburbios se preveía un aumento del número de zonas francas en las que, bajo la tapadera de pequeñas empresas (en realidad filiales o subcontratas), las multinacionales se beneficiarían de una rebaja de impuestos del 50% sobre el total de las inversiones realizadas y, sobre todo, de una desregulación de la legislación laboral.

Igualmente, ninguna manifestación de parados organizada al estilo sindical ha podido impedir que las condiciones de indemnización sean cada vez más implacables, que los medios alaben ostensiblemente los méritos del sistema inglés, con sus *working poor* que las autoridades de los departamentos manden a tomar viento a toda velocidad a los perceptores de RMI, o que esa masa de trabajadores precarios atomizados, que van y vienen de los curros a tiempo parcial a los cursillos-parking, apenas tenga capacidad de movilización colectiva en tanto colectivo de trabajadores. En cualquier caso, los incendios del otoño de 2005 parecen haber creado escuela: cuando el 1 de enero entraban en vigor nuevas disposiciones anti-parados, al menos seis ANPE y una ASSEDIC fueron incendiadas en diferentes puntos del país.

Además de que a los jóvenes que no tienen nada que perder les cueste reconocerse en las manifestaciones de quienes aún tienen algo que defender, están aislados de sus

53 Algunos de esos jóvenes dan a veces muestras de un humor involuntario. Así, en Marsella, en el transcurso de este movimiento estudiantil, una banda del barrio de la Castellane, en los barrios del Norte, conocida bajo las siglas CNT («Castellane Nique Tout») tuvo la sorpresa de cruzarse con un grupo de militantes de la CNT —¡profesores, encima!— a los que confiscaron inmediatamente las banderas rojas y negras tocadas con las siglas CNT, que en estos momentos deben estar decorando las paredes de algún sótano del subsuelo de la Castellane...

mayores. En las manifestaciones de parados de diciembre del 98 en Marsella, sólo se vio a la generación de los padres, ¡la famosa «primera generación»! Compárese esto con Gran Bretaña. Los motines de los parados-de-por-vida ingleses de los años ochenta movilizaban a jóvenes y menos jóvenes, mientras que en Francia la juventud incendiaria del otoño de 2005 actuó sola. Ciertamente que Brixton era un barrio a la antigua, con calles y pubs en los que se desarrollaba una vida cultural propia —jamaicana en buena medida— y también que hasta un sitio con tantas carencias como Toxteth recordaba a un barrio. En cambio, el urbanismo de los suburbios franceses torna hipotéticas todas las relaciones de vecindad. Las barriadas HLM de los suburbios ya no tienen nada que pueda compararse con aquellos barrios que, en la época del movimiento obrero, sirvieron de «retaguardia» a una comunidad obrera que hallaba allí a la vez un punto de referencia sólido y un tejido de relaciones y de solidaridades autónomo.

Pero eso no es todo. En Gran Bretaña, la condición social se imponía por encima de cualquier otra consideración. Por encima de todo, se era *working class* por oposición a *middle class* (o incluso *upper middle class*). Incluso en un barrio como Brixton, donde el acoso policial lindaba con el racismo de Estado, muchos blancos se sumaron a los negros en el transcurso del motín. En Toxteth, donde la población de origen irlandés —que constituía una gran parte de la *working class* local— consideraba que se encontraba en la misma situación que los negros y proporcionó al motín más de la mitad de sus efectivos, el carácter proletario de la revuelta se reivindicó de forma aún más abierta. Hasta cierto punto, la fuerza de este vínculo ha contribuido a atenuar el racismo latente de la *working class* blanca británica (al igual que entre todas las clases obreras de las ex potencias coloniales). En cualquier caso, en Inglaterra el National Front sigue siendo un mero grupúsculo, como el FN en Francia durante los años setenta.

En Francia, la ideología republicana ha tenido como función quebrar las solidaridades locales y sociales. Mientras que al otro lado del canal de la Mancha la pertenencia a la *working class* es un valor fundamental, en Francia la República ha privilegiado de forma sistemática las trayectorias individuales mediante el famoso juego de «la igualdad de oportunidades», disolviendo así el sentimiento de pertenencia. Así, la instrucción pública en el entorno obrero —al igual que en el entorno rural— iba unida a la idea de que había que abandonar el medio de origen (y más aún si se tiene en cuenta que durante mucho tiempo el funcionariado se impuso como la salida profesional ideal para hijos de obreros y campesinos). Por lo demás, la diferencia era aún más marcada entre los trabajadores estables y los precarios, ya que por lo general los primeros eran franceses y los segundos inmigrantes (a diferencia de Gran Bretaña, por ejemplo, donde —en la época en que aún existían— se integró con mayor facilidad a los inmigrantes o a sus hijos en los servicios públicos).

El proletariado obrero, por lo demás, jamás ha exhibido la faz radiante de una comunidad en la que todos los corazones vibran al unísono. Entre el obrero cualificado francés y la mano de obra inmigrada que valía para todo sólo podía constituirse una comunidad en tanto comunidad de lucha, en el transcurso del movimiento. Esa comunidad no tuvo nada de inmediata y se presentó como proyecto a partir de situaciones muy diferentes dentro del mecanismo global de explotación. El problema es que el proyecto fue definido por los partidos de izquierda como integración en la ideología nacional: ése fue el caso entre los socialistas pequeñoburgueses desde principios de siglo, y muy pronto lo fue también, en los años veinte, entre los cuadros del flamante Partido Comunista Francés. Y a ese título, sólo podía funcionar como proyecto reductor, no como proyecto emancipador. Dio resultado con los inmigrantes polacos e italianos en una época en la que la escuela podía ofrecer como salida una relativa promoción profesional, y en la que la adhesión a los valores nacionales parecía garantizar la protección del Estado. En

efecto, a partir de los años treinta el PCF forjó una mitología obrerista que exaltaba a un obrero cualificado, varón y francés, que debía servir también como modelo a los hijos de los inmigrantes.

Bajo el capitalismo pre-fordista el principio organizador de la explotación de la mano de obra era la presión salarial: se trataba de mantener la retribución del trabajo al nivel más bajo posible. La inmigración permitía organizar la competencia entre trabajadores. A grandes rasgos, esto coincidió con el período de la IIIª República, salpicado de incidentes entre obreros franceses e inmigrantes (italianos, polacos, belgas y después cabilas).

El capitalismo fordista, basado en negociaciones contractuales y una división del trabajo muy intensa, organizó la explotación de la mano de obra según la lógica de las tareas especializadas. La inmigración permitía organizar una jerarquía en el seno de los trabajadores, que en el interior de la fábrica fordista venía a coincidir más o menos con la distinción entre OS y OP: los primeros se reclutaban en el medio rural, en Francia y en el extranjero; los segundos correspondían a grandes rasgos a la antigua aristocracia de obreros cualificados de la pequeña industria clásica, absorbida por el universo de la fábrica fordista. En última instancia, eso aislaba a los trabajadores franceses y a los inmigrantes en compartimentos estancos. En Francia, esta división coincidió de forma casi perfecta con el estatuto infravalorado de ex colonizados de los nuevos inmigrantes (los norteafricanos que en el transcurso de los años sesenta fueron reemplazando a los europeos meridionales). Pese a la aparente homogeneidad de los obreros de fábrica, la tendencia a una división cada vez mayor en el seno de la mano de obra obrera fue, pues, una constante del sistema fordista. El eslogan izquierdista «Trabajadores franceses e inmigrantes, una misma lucha», no coincidía muy a menudo con la realidad de las luchas.

Más tarde, a mediados de los años setenta, comenzó un proceso de flexibilización y precarización de la mano de obra que apuntaba en primera instancia contra los trabajadores inmigrantes, los que ocupaban una posición más frágil en el mercado de trabajo. «En ese sentido», como constataría tres décadas después uno de los cantantes de La Rumeur, hijo de un inmigrante argelino, «la inmigración ha constituido un terreno experimental en la demolición social». Fue entonces, además, cuando apareció un discurso negativo sobre la inmigración: si desde la Liberación ésta había sido alentada calurosamente desde las esferas dirigentes, a partir del verano de 1974 el Estado puso en marcha dispositivos como la famosa ayuda al regreso de diez mil francos (que, de hecho, benefició sobre todo a los inmigrantes de la península ibérica).

Cuando después quedó claro que, en su mayor parte, los hijos de inmigrantes nacidos en Francia tendrían que conformarse —en el mejor de los casos— con los currillos precarios y mal pagados que iban a multiplicarse con la extensión indefinida de los servicios, el mito de la integración, que —junto con otros— había podido funcionar en una época de pleno empleo, se vino abajo. Y a la vez que la institucionalización del movimiento obrero desembocaba en la constitución de una clase de trabajadores estables, poco a poco en los suburbios iba creciendo un ejército de reserva de la precariedad. No obstante, esa tendencia a la precarización del salariado iba a acabar contagiándose fatalmente a los sectores estables y recortar sus conquistas sociales. Sin embargo, la confluencia entre unos y otros no parece estar aún a la orden del día.

A ESE respecto, el conflicto que se produjo en la Empresa de Transportes de Marsella en otoño de 2005 resulta significativo. Se trata de trabajadores de un servicio público que suelen estar en primera línea frente a la *racaille*: en ciertos barrios de Marsella el apedreamiento de autobuses es algo habitual. Ahora bien, una parte importante de los incidentes está ligada al hecho de que el autobús hay que pagarlo. Está claro que con un

sistema de transporte colectivo gratuito, verdaderamente público, los incidentes disminuirían. No obstante, los sindicatos de la RTM jamás han planteado semejante cuestión, ni siquiera cuando se han visto enfrentados a las acciones de usuarios que reivindicaban la gratuidad de los transportes. Lo único que les preocupa es la concesión de servicio público que permitirá a Jean-Claude Gaudin confiar la explotación del futuro tranvía a una compañía privada, cosa que atentaría contra su estatus. Se comprende su inquietud, pero cuando se reside en una zona alejada de las barriadas del Norte, esa comprensión exige un esfuerzo que los empleados del transporte público, por su parte, no están dispuestos a hacer en el caso de los jóvenes de esos suburbios que, a lo largo de todo el año, pretenden subir al autobús sin billete. La huelga de la RTM era el perfecto ejemplo de la fractura existente entre trabajadores estables y juventud precarizada.

Poco después del motín de Vaulx-en-Velin, el sociólogo Alain Touraine nos ofrecía la siguiente perla: «El problema actual no es la explotación sino la exclusión». Como si la exclusión no fuera la condición misma de la explotación, ya que es la existencia de un ejército de reserva lo que permite a los patrones hacer presión a la baja sobre los salarios. Si bien el período fordista de la posguerra, caracterizado por el pleno empleo, no tuvo necesidad de acudir a ese resorte esencial del capitalismo, el período actual nos ha llevado de nuevo a él, y las personas dispuestas a desempeñar el papel de reservistas del trabajo son, evidentemente, las más débiles. En este caso el racismo latente de muchos empresarios coincide perfectamente con las necesidades del capitalismo posfordista. Los jóvenes de los suburbios pobres son la nueva figura de este neoproletariado flexible y precarizado, y muchos de ellos serán ni más ni menos que parados-de-por-vida, nueva figura de la proletarización: los proletarios a los que el capital ya ni siquiera necesita. En efecto, entre el aumento de la productividad industrial por una parte, que reduce la necesidad de mano de obra, y la competencia de los nuevos inmigrantes por otra (los de Europa del Este, que aceptan currar por quinientos euros al mes, y frente a los cuales la juventud de los suburbios jamás podrá ser competitiva), está claro que habrá mucha gente que sobrevivirá exclusivamente gracias a las ayudas sociales y a chanchullos de todo tipo. Si el mundo genera excluidos es precisamente porque está regido por la lógica de la explotación. Y es esa condición la que hace sospechosos a los jóvenes del extrarradio, pues el mero hecho de vivir en determinados suburbios se convierte por sí solo en un impedimento. ^[54]

La exclusión no se limita al ámbito del empleo; también se extiende al ámbito sindical. La lógica del sindicalismo institucional, exclusivamente centrada en la defensa de las conquistas adquiridas, no es incompatible con una mentalidad de repliegue y de exclusión que desemboca en el racismo y la xenofobia. Basta con ver el comportamiento de los empleados de las grandes empresas industriales, que evitan dirigirles la palabra a los empleados de las subcontratas incluso cuando están afiliados al mismo sindicato (y con más motivo todavía a los temporales, siempre sospechosos de venir a quitarles el pan de la boca) para darse cuenta de hasta qué punto la organización sindical por empresas ha generado una lógica del encierro y del repliegue. Ya no digamos si los temporales son extranjeros... en esas condiciones, cabe imaginar que la revuelta endémica de los jóvenes de los suburbios sea vivida como una agresión por la mayor parte de los trabajadores estables.

Pudimos ver una muestra de esto cuando se votó la Ley de Seguridad Cotidiana: algunos ferroviarios marseleses de SUD-Rail, que participaban a título personal en las

54 Por ejemplo, los jóvenes de Aulnay-sous-Bois se quejan de que les es imposible obtener el pase indispensable para trabajar en el aeropuerto de Roissy-Charles de Gaulle, la mayor empresa del sector. La policía de fronteras, única habilitada para distribuir dichos pases, se da el gustazo de descartar sistemáticamente a los jóvenes de origen extranjero que viven en los municipios vecinos.

protestas en contra de la ley, intentaron movilizar en vano a sus colegas: la mayor parte de éstos —en SUD-Rail también— eran favorables a la ley que, creían ellos, les protegería de las agresiones de los *racailleux* (el impago del billete que, según las disposiciones de la ley en cuestión, debería dar lugar a diligencias judiciales al cabo de diez infracciones, quedaba englobado bajo la rúbrica «violencia y actos incívicos»).

Más recientemente, tras el alboroto mediático desatado en torno a los incidentes del 1 de enero en el tren Niza-Lyon, ^[55] el sindicato ferroviario de la CGT aprovechó el paso de Sarkozy por la estación Saint-Charles, en Marsella, el 16 de enero, para celebrar una pequeña manifestación que recogía palabra por palabra la consigna sarkoziana: «Seguridad en los trenes». Y a pesar de que la aventura salvaje del 1 de enero quedara reducida después a unas proporciones modestas (tres denuncias en total, ¡dos por robo de portátil y otra por insultos!). Esos mismos cegetistas no se movilizaron cuando, algunos meses antes, un ferroviario marsellés de apellido árabe (y delegado de SUD-Rail) fue trincado, esposado, conducido a rastras ante la justicia y sometido a un procedimiento disciplinario interno por el simple hecho de haber expresado en voz alta sus dudas sobre la pertinencia de una operación de control antiterrorista dentro del recinto de la estación...

LA ÚNICA posibilidad que tienen los rebeldes de los suburbios de salir de su marginación reside en que, con la extensión y la generalización del salariado flexible y precario, aparezcan formas de lucha inéditas que escapen a la lógica contractual de los aparatos sindicales. Sin duda aún falta mucho tiempo para que éstas tomen forma, pero parecen perfilarse dos direcciones.

La primera es la de la lucha contra el encierro carcelario, que no deja de extenderse y de hacerse cada vez más insoportable. Desde hace veinte años no se ha dejado de construir cárceles destinadas a esa juventud. El ministro de Justicia acaba de anunciar un programa de construcción de trece mil doscientas plazas suplementarias. El internamiento de menores, si bien ha existido siempre, se está haciendo más sistemático, pues la ley Perben II ha reducido la edad de encarcelamiento a los diez años (y, en efecto, en noviembre de 2005, un crío de diez años, sospechoso de haber participado en un motín, fue encarcelado). ^[56] Es probable, por tanto, que de aquí a poco veamos estallar una hueva oleada de motines. Y tendremos que ser capaces de apoyar un movimiento semejante desde fuera con algo más que banderolas en las que se lea «¡Viva la revuelta!» (manifestación de apoyo a los detenidos en la noche del 31 de diciembre de 2005 delante de la prisión de la Santé en París).

La segunda es la que conduce a la constitución de redes de trabajadores precarios y de parados capaces de actuar y de reaccionar ante los dictados del capital. Se presenta

55 Dichos incidentes fueron protagonizados por una banda de jóvenes marselleses que se aprovecharon de que aquel día coger el tren salía prácticamente gratis (1 euro para ir a donde fuera) para viajar a Niza, donde provocaron algunas trifulcas y cometieron algunos pequeños hurtos. En consecuencia, la policía les expulsó de la ciudad, obligándoles a coger el primer tren con destino a Marsella (en este caso, un Niza-Lyon). Durante el trayecto jugaron a «Salvaje», en plan Marlon Brando, aterrizando a algunos pasajeros; en Marsella el tren fue rodeado por los CRS, y los jóvenes escaparon de la estación Saint-Charles a la carrera. Fue un filón para la prensa y los telediciarios, que presentaron lo sucedido como prueba de la inseguridad en los trenes, y Sarkozy no dejó pasar la ocasión de explotar el asunto. En realidad no pasó nada del otro mundo, pero los medios de comunicación hablaron de «violaciones en grupo» en el tren. Amigos del autor empleados en la estación de Saint-Charles dicen saber de buena tinta que en realidad no se produjo violación alguna. (N. del t.)

56 Quizá sea este el momento oportuno de dar algunas cifras relativas a la revuelta del otoño de 2005: 3.200 personas fueron detenidas en flagrante delito y 1.540 más lo fueron en el marco de investigaciones judiciales en torno a los actos cometidos durante la revuelta; 422 mayores de edad fueron condenados a penas de prisión en firme (a menudo sobre la base de testimonios dudosos), y 577 menores tuvieron que comparecer ante los tribunales de menores, que ordenaron encarcelar a 118 de ellos. En Toulouse, unos inculcados juzgados en comparecencia directa fueron condenados a tres meses de cárcel por el simple hecho de haberles enseñado las nalgas a los CRS (por ejemplo...).

una oportunidad histórica, a saber, que la generalización del salariado precario abra un espacio de lucha sobre el que las burocracias sindicales no tengan ningún control; en ruptura con la organización vertical y nacional que caracteriza a estas últimas, se está gestando una organización horizontal de los precarios europeos. El Euro May Day, que en diferentes ciudades de Europa coordina las iniciativas de parados y de precarios organizados de forma autónoma, al margen de la procesión sindical del 1º de mayo, representa un esbozo de la misma.

La aparición de redes de precarios y parados no podrá llevarse a cabo, de todos modos, sino a escala transnacional, la única pertinente hoy en día, cuando la precarización y el desarraigo caminan a la par y en un momento en el que el papel del Estado consiste esencialmente en ejercer el control policial sobre las poblaciones castigadas por este proceso.

Pues aunque el capital se burle de las fronteras, el individuo desplazado sigue siendo más tributario de ellas que nunca. La frontera es el medio de precarizar a los pobres procedentes del exterior. Y, a la inversa, no protege a los del interior: los jóvenes marginados de los suburbios pobres se dan cuenta de que tener la nacionalidad francesa no les protege de las brutalidades policiales, de la precariedad y de la marginación. Ellos son la expresión más aguda de un proceso de desposesión mundial, tanto como las víctimas del éxodo rural que afluyen hacia las megápolis de África, condenadas a vivir a perpetuidad en barrios de chabolas. Sin embargo, a diferencia de estos últimos, ellos se encuentran en la periferia inmediata de la metrópoli capitalista, a una hora en metro...

9 Sensacionalismo a la francesa

LA REPÚBLICA FUNCIONA DE acuerdo con los mismos cánones que la ilusión religiosa: del mismo modo que todos los cristianos eran iguales ante Dios, todos los ciudadanos son iguales ante la ley. Dicha igualdad se encarna en las jornadas electorales, en la cabina de voto, denominada *isoloir* en francés: en la República el aislamiento del individuo es lo que convierte a éste en un ciudadano. La mera suma de todos esos individuos aislados con ocasión de las elecciones es lo que constituye la República: en otras palabras, la desintegración de toda comunidad concreta entre los individuos funda la comunidad abstracta de la política.

Así pues, ni siquiera conseguimos librarnos de un nuevo refrito del discurso ciudadanista, pues al cabo de dos semanas de incendios, el humorista Djamel Debouze incitaba a los jóvenes a inscribirse en el registro electoral (llamamiento que, de creer a los medios de comunicación, tuvo eco). En Francia todo —literalmente— termina en elecciones. Por ejemplo, una consulta electoral puso fin a la revuelta de la primavera de 1968... ¿Acaso no sería un extraño resultado de la revuelta de los suburbios poder optar en 2007 entre Laurent Fabius y Noel Maniere, entre Ségolène Royal y Marie-George Buffet? De momento hay que cerrar el paso a... Pero, ¿qué consulta electoral pondrá fin a la desintegración urbana y rural, a la miseria psicológica y cultural, a la manipulación mediática de las masas solitarias, a la explotación cada vez más brutal de la mano de obra, al éxodo y al desarraigo mundial de los individuos, a la falsificación industrial del aire que respiramos, del agua que bebemos y de los alimentos que ingerimos?

Los Debouze y otras malas hierbas, que han triunfado en el seno de la sociedad

francesa, se sitúan en la perspectiva de la promoción de una *upper middle class* mestiza y negra, de una *beurgeoisie* ^[57] «Hay que ir más allá de las palabras, hay que pasar a los actos», declaraba Joey Starr mientras blandía su tarjeta electoral recién estrenada con ocasión de la concentración ciudadanista del 20 de diciembre en Clichy-sous-Bois. Diez años antes, ese mismo Joey Starr, en el transcurso de un concierto que ha quedado para el recuerdo, incitó a los jóvenes a atacar a la poli. Por eso ahora, cuando éstos han pasado concretamente a los actos, no tiene otra cosa que proponerles que pasar al interior del *isoloir*. Menuda inversión de la realidad: los actos ya han tenido lugar en la calle. Son las palabras las que faltan o trabajan en contra de la revuelta. Además, votar no es un acto, es una delegación de poder, del mismo modo que reducir la energía de una revuelta a la mera participación en los escrutinios electorales es cortocircuitarla.

La comedia ciudadanista desarticula la energía de la revuelta, dispersa la voz colectiva de los jóvenes excluidos de los suburbios en papeletas de voto, y renuncia a su única fuerza —la comunicación directa entre ellos— a cambio de una delegación individual de poder en unos profesionales de la palabra. ^[58] Se trata, más allá de la necesidad de «cerrar el paso» a Sarkozy en las presidenciales venideras, de devolver a los perturbadores al redil.

En el extremo opuesto a las grandes misas mediáticas, como la del 12 de diciembre en Clichy-sous-Bois, cabe citar como ejemplo lo que pasó en Toulouse a partir de discusiones informales producidas en el transcurso de las noches de revuelta en el Mirail, y que desembocó en manifestaciones que agruparon a centenares de personas en la place du Capitole durante las noches de los días 8, 9 y 12 de noviembre: es cierto que parecen haber sido sobre todo cosa de la militancia libertaria local, pero los jóvenes del Mirail participaron en ellas atraídos por su carácter autónomo y no institucional, y se entabló un diálogo que tarde o temprano dará sus frutos. La misma gente que se reunió en la place du Capitole, habitantes del centro o de los suburbios, dejó tirada a los politicastros que el día 12 intentaron celebrar una manifestación con el Mirail como punto de partida, metiéndoles las narices en su propia mierda a los carroñeros de sos-Racismo, del Partido Socialista y del PC.

En 1981 un sinvergüenza arribista consiguió hacerse elegir por medio del eslogan sesentayochista «cambiar la vida». ¿Cabe sorprenderse todavía, después de haber visto las proezas de dicho candidato, elegido y reelegido, de la «despolitización» de la juventud en Francia? Quizá ésta haya comprendido que la vida no se cambia a golpe de decisiones gubernamentales, sino concretamente, día a día, mediante actos autónomos y colectivos. En esencia, el voto, acto individual originado en la cabina electoral, en el *isoloir*, que delega el poder de obrar en otros, no compromete a nada.

En cambio, la revuelta compromete a todo...

Aléssi DELI'UMBRIA *Marsella, noviembre 2005 // marzo 2006*

57 Juego de palabras entre *beur*, que significa árabe en verían, y *bourgeoisie*, (burguesía). (N. del t.)

58 La ideología republicana también ha logrado imponerse en determinados institutos, en los que, durante el movimiento anti-CPE, se prefirió el voto con papeleta secreta al voto a mano alzada, arma fundamental de las asambleas en lucha.

10 Postfacio a la reedición castellana de *Si c'est de la racaille...*^[59]

EN EL MOMENTO MÁS intenso de la revuelta de diciembre de 2008 en Grecia, una declaración insurreccional de una «asociación de los inmigrantes albaneses» afirmaba: «Para nosotros, inmigrantes organizados políticamente, se trata de un segundo noviembre de 2005 francés»... de una metrópoli a otra se había establecido una complicidad invisible y horizontal.

En Francia, el otoño de 2005 está siempre presente en la memoria. Una cultura de la rebelión ha arraigado en los suburbios de la República, y las técnicas de recuperación que dieron resultado durante la década de 1980 están agotadas. De las cenizas de los incendios no ha surgido ningún *racket* político o sindical, ningún líder se ha autoproclamado ni ha sido designado por los *media* como representante de los jóvenes sublevados, y ningún SOS-Racismo ha logrado sacar partido de la situación. Y además los «planes para los suburbios» parecen más irrisorios que nunca.

Ninguna reforma conseguirá restablecer la calma, porque los elementos que engendran la revuelta ya no son reformables: los gobernantes tendrían que deshacer todo un nudo de determinaciones que han ido tejiendo pacientemente durante varios decenios. Haría falta, en una palabra, acabar con Francia.

La revuelta de la juventud de los suburbios pobres es antes que nada una eterna juventud de la revuelta, pues se renueva con cada generación. Y mientras todo el mundo celebra década tras década el aniversario del entierro de 1968, a esta juventud no se la podrá hacer desaparecer: encendió el fuego en 1981, lo volvió a hacer en 1990 y de nuevo en 2005; tres generaciones motivadas por el mismo odio.

La mentira republicana ya no engaña. Escuchemos a «los combatientes de la rebelión del 93»: «Es demasiado tarde para que los mandamases adopten nuevas medidas para establecer condiciones de vida soportables en nuestros barrios, que de todos modos siempre fueron inhabitables y siempre lo serán. Ya no queremos dialogar con el gobierno; a nuestros padres y nuestras familias ya los engañaron de sobra con discursos. El diálogo se ha roto definitivamente: no creáis que nos vais a adormecer.»^[60]

Continúa librándose una guerra de baja intensidad, y desde 2005 al estado de excepción policial le ha sido añadido un estado de excepción judicial. La misma gente que apela al restablecimiento del Estado de Derecho en los suburbios no cesa de aprobar medidas, administrativas o legislativas, que constituyen otras tantas suspensiones de las garantías jurídicas elementales: el contrato implícito que servía de fundamento al ejercicio del derecho burgués y republicano se ha roto. Y el Estado de Derecho, hasta tal punto desnudo, aparece como lo que en esencia ya era: el simple derecho del Estado.

Los sucesos de Tarterêts fueron una primera confirmación. Una tarde de otoño, dos CRS extraviados en el sector considerado «conflictivo» de Corbeil-Essonnes, en la lejana periferia parisina, fueron literalmente linchados por una veintena de jóvenes (¡es lo que pasa cuando una patrulla se pierde en territorio enemigo!). Varias personas fueron detenidas y encarceladas después a raíz de una denuncia.

El epílogo judicial, que se produjo en la primavera de 2007, fue una primicia, pues por primera vez los acusados fueron condenados sobre la base exclusiva de un testimonio anónimo (es decir, que el «testigo» conserva el anonimato en el transcurso del

59 Título completo del original francés: *C'est de la racaille? Eh bien, j'en suis!* (N. del t.)

60 Texto publicado en Internet en noviembre de 2005 (y reproducido en este libro).

proceso y no comparece ante la audiencia). Eximido así de la más elemental publicidad del debate (al menos en lo que respecta a los testigos patentados), que fue siempre uno de los fundamentos de la justicia republicana, el tribunal dictó penas muy duras, que llegaron hasta los ocho años de prisión por un simple asunto de lesiones.

A finales de noviembre de 2007, tras la revuelta de Villiers-le-Bel (Seine Saint-Denis), en la que fueron heridos ciento veinte policías, la mayor parte de ellos por disparos de perdigón, el ministerio del Interior hizo circular por el territorio de la susodicha comuna un llamamiento a la delación sin precedentes: ¡quienes aceptasen denunciar a los tiradores no sólo podían testificar de forma anónima, sino que recibirían además una recompensa de varios miles de euros! En la madrugada del 18 de febrero de 2007, una gigantesca operación policial que culminó con la detención de treinta y tres personas sospechosas de haber participado en los enfrentamientos de noviembre de 2007 se abatió sobre Villiers-le-Bel... ante las cámaras de televisión, el comisario que dirigía la operación confirmó que habría una recompensa financiera para los chotas. A fecha de hoy, cinco de los detenidos siguen encarcelados sin otras pruebas en su contra que un testimonio anónimo pagado en metálico.

La revuelta de Villiers-le-Bel supuso un salto cualitativo: además de la gran diversidad de edificios incendiados (colegios, McDonalds, concesionarios de automóviles, ASSEDIC, comisarías de policía, biblioteca —¿podría ser que en sus estantes hubiese un ejemplar de *La racaille...*?—), los sublevados dieron prueba de un gran sentido de la organización (centinelas apostados en los tejados que transmitían los movimientos del enemigo por teléfono móvil, walkie-talkies sintonizados con las frecuencias de la policía, grupos muy móviles que a todas luces actuaban siguiendo una táctica estudiada...). También llevaron la violencia a un nivel inédito, al hacer fuego a discreción contra los CRS con escopetas de caza.

Villiers-le-Bel puso de relieve, no obstante, que llega un momento en que el enfrentamiento se hace difícil de asumir *in situ*, en la barriada. Las declaraciones vengadoras de Sarkozy, prometiéndoles la sala de lo penal a los tiradores enmascarados de Villiers-le-Bel, apenas dejan lugar a dudas en lo tocante al efecto péndulo... El porvenir de la revuelta también podría plasmarse en un desplazamiento de la conflictividad. Por ejemplo, a la Estación del Norte, en pleno centro de París, donde el 27 de marzo de 2007 se unieron contra la policía las bandas del 93 (Seine Saint-Denis) y jóvenes parisinos. Todo empezó cuando los revisores de la SNCF interpellaron a un joven de los suburbios que viajaba sin billete; una banda del extrarradio norte que acostumbra a vagabundear dentro del recinto intervino en su favor y los revisores llamaron a la policía. Las fuerzas antidisturbios sólo lograron tomar el control de la estación (cuyos comercios fueron saqueados) tras ocho horas de enfrentamientos y persecuciones en el interior de la misma.

Los antagonismos violentos que estallaron en la explanada de los Inválidos después del movimiento anti-CPE de marzo de 2006 quedaron superados momentáneamente por el motín de la Estación del Norte, no en el contexto simbólico de una manifestación sino en el contexto banal de la vida cotidiana: durante unas horas, un espacio neutro en el que vagabundean multitud de jóvenes de los suburbios y por el que circulan masas anónimas de trabajadores en tránsito de un no-lugar a otro, se transformó en punto de condensación. Bastó un incidente para que los asiduos de dicho no-lugar cambiasen, los unos su empleo habitual del tiempo, y los otros su empleo habitual del espacio. El resto lo hicieron los teléfonos móviles, que sirvieron para llamar al combate... Así fue cómo llegó a oírse gritar ante los CRS a una masa mixta: «¡Abajo el Estado, la poli y los patronos!». Pero lo más bonito fue la participación de bandas de chicas. Éstas habían brillado por su

ausencia durante los enfrentamientos del otoño de 2005, que quedaron reservados para sus hermanos. Lejos del control que estos últimos ejercen en los suburbios, se desfogaron a sus anchas aprovechándose del anonimato.

LA ELECCIÓN de Nicolas Sarkozy en los comicios presidenciales de la primavera de 2007 y el estilo de gobierno que desplegó después confirman tristemente y con creces lo que se entreveía en *La racaille*... El extrarradio norte de París, donde a partir de diciembre de 2005 se produjo un importante movimiento de inscripción electoral, votó en masa a Royal, lo que equivale a decir que sólo participó en el escrutinio para votar contra Sarkozy. ^[61] Sin embargo, hubo padres de familia árabes que le votaron, ya que para ellos encarnaba lo mismo que para el francés medio: el restablecimiento de la autoridad. Pero todo esto tiene un valor meramente anecdótico, ya que los tres candidatos elegibles se disputaban los mismos temas de campaña: la ideología del crecimiento económico, el culto al trabajo y el discurso securitario. En cuanto el espectáculo de la política llegó de forma visible al grado cero del pensamiento, la diferencia entre productos análogos sólo podía resolverse en función del talento mediático de cada uno de ellos. Y los presuntos electores, espectadores hastiados de un *show* mediático-político, otorgaron fatalmente su papeleta al que más se salía de la pantalla.

En cuanto fue elegido, Sarkozy tuvo la habilidad de nombrar ministras a tres mujeres salidas de las filas de la inmigración. Y Rachida Dati, ministra de Justicia, demostró ser la mujer del momento al conseguir que se aprobara a comienzos de 2007 una ley inspirada en el sistema estadounidense, que preveía la aplicación automática de una pena mínima en caso de reincidencia. Esta disposición, que liquida una de las bases del derecho penal francés, la individualización de las penas, tenía por objetivo manifiesto a la turbulenta juventud de los suburbios, que muy a menudo acumula pequeñas penas condicionales de varios años. Su aplicación ya ha superpoblado las prisiones; por tanto, habrá que construir más... una oportunidad inesperada para un sector del BTP (Batiment et Travaux Publics) en plena crisis. «Encarcelad, encarcelad, vuestras prisiones serán nuestras universidades...»

En un plano más anecdótico, en diciembre de 2007 Michéle Alliot-Marie, la ministra del Interior, anunció el regreso de la famosa «policía de proximidad», tan llorada por la izquierda francesa. Creada por el gobierno socialista de Jospin a finales de la década de 1990, la policía de proximidad había sido suprimida por el ministro Sarkozy, que la acusaba de laxitud ante la delincuencia juvenil. En las actuales condiciones de tolerancia cero, y antes incluso de que las brutalidades policiales den lugar de forma cada vez más sistemática a respuestas apropiadas (como en Villiers-le-Bel) la declaración de MAM no pasaba de ser un reclamo publicitario.

Pero el poder dispone de otros medios para imponer la proximidad de la policía. En la actualidad, un sinfín de emisiones televisivas hacen compartir al espectador la cotidianidad de la poli sin distinción de servicios: en las cadenas de máxima audiencia, la cámara les sigue hasta la academia, en las rondas nocturnas, durante las detenciones y retenciones, en los vestuarios de las comisarías, etc., al menos dos o tres veces por semana. La empatía del espectador por esos polis a los que se filma con esmero para que den su mejor perfil acaba estableciendo una proximidad catódica. Sin embargo, ésta podría acabar convirtiéndose en arma de doble filo en una época en que las cámaras,

61 Tras la revuelta del otoño de 2005, el Consejo General de Seine Saint-Denis (93) aprobó la gratuidad de los transportes para los parados y perceptores del RMI del departamento. Algo es algo... cuando le preguntaron al respecto durante la campaña electoral, la Royal declaró que aquello había sido un error que corría el riesgo de reafirmar a los jóvenes en la idea de que las cosas no tienen precio. No obstante, los jóvenes del 93 conocían perfectamente el precio político de esos transportes gratuitos...

desde la videocámara familiar hasta el teléfono móvil, están por doquier y a veces captan la cara oculta de la escena: en el mismo momento en que la ministra del Interior anunciaba el regreso de la «policía de proximidad», vimos cómo, en el transcurso de una manifestación de enseñanza media en Nantes, un CRS con pasamontañas disparaba un *flash-ball* a bocajarro y dejaba tuerto a un estudiante de instituto (escena grabada por un teléfono móvil y retransmitida por Indymedia). Un año más tarde, millones de espectadores pudieron ver a tres polis aporrear durante largo rato a un joven *black* de Montfermeil mientras éste estaba esposado y tendido en el suelo a la entrada del edificio donde vivía, escena que fue retransmitida por muchas cadenas nacionales a la caza de cuota de pantalla. Para quienes viven en la calle, este género de *snuff movie* siempre será más creíble que los reportajes destinados al gran público... En marzo de 2009, un estudiante de catorce años acabó en coma tras recibir el impacto de una granada disparada directamente contra él por un CRS durante una manifestación en Bastía: la escena, filmada por un teléfono móvil, circuló por toda Córcega e inspiró vigorosas respuestas (dos polis quemados de gravedad en el transcurso de los enfrentamientos registrados unos días después en Bastía).

No obstante, la pequeña pantalla también puede hacer perder la cabeza a los rebeldes. A finales de octubre de 2006, los telespectadores franceses estaban inmersos en un ambiente de expectación mediática: ¿se reanudarían los incendios en el aniversario de la revuelta? ¡Ni que las revueltas estuviesen sujetas a semejantes contingencias! No obstante, una sed de *agon* incontrolada impulsó a ciertos jóvenes, aquí y allá, a entrar en este juego trucado. Así, en los suburbios parisinos ardieron dos o tres autobuses, hasta que en los barrios del norte de Marsella se produjo un error garrafal que ejemplifica tristemente lo que *La racaille*... constataba en la página 15. Después de haber obligado a detenerse a un autobús y de haber ordenado a los pasajeros que bajaran, un grupo de jóvenes lanzó un cóctel molotov dentro del mismo; una joven africana a la que no le dio tiempo de salir sufrió quemaduras graves. Los *media* se empeñaron en darle bombo al suceso durante algún tiempo, hasta que se detuvo a los autores de tan desgraciada operación (fueron condenados a penas de prisión muy duras por la Sala de lo Penal de Aix-en-Provence en 2008).

A finales de 2007 tuve ocasión de encontrarme en España con unos jóvenes obreros de la construcción naval que me dijeron que en otoño de 2005 se sintieron entusiasmados al ver por televisión a los jóvenes del extrarradio hacer lo que a menudo suelen hacer ellos durante las manifestaciones: incendiar contenedores de basura, parar autobuses y pegarles fuego. Yo les hice notar, no obstante, que ellos dan tiempo suficiente a los pasajeros para que bajen...

La televisión es el único medio de que dispone el poder para recobrar el control sobre la juventud de los suburbios. Así pues, frente a los periodistas que realizan reportajes sobre la delincuencia en las barriadas HLM, muchos jóvenes «cargan las tintas» deliberadamente y escenifican una ultraviolencia porque es lo que los reporteros esperan de ellos y también para «dar un toque» a las bandas rivales. Llega un momento en que las bandas se ven atrapadas por su rol, comprometidas en una escalada de violencia que acaba por írseles de las manos. Explotar la sed de *agon* dándole repercusión mediática aparece así como la técnica última de gobierno.

Obedeciendo a la misma lógica, pero buscando dar la imagen opuesta, otros mantienen el perfil bajo y aspiran a obtener una especie de rehabilitación mediática. Todo aquel que entre en esa especie de pseudoágora espectacular, que invita constantemente a justificarse, hablará en ella el lenguaje del consenso (con fórmulas prefabricadas del tipo «no nos dan curro», no, desde luego, asumiendo un rechazo del salariado por lo demás

explícito entre muchos de estos jóvenes...). Es tarea de la sociología construir semejante lenguaje y haríamos mal en subestimar las consecuencias de ese discurso, omnipresente hasta en el extrarradio.

Entretanto, el interés de los *media* por los suburbios ofrece a ciertos oportunistas la ocasión de sacarse un poco de pasta. Desde 2006, hay una sociedad que vende sus servicios a periodistas deseosos de hacer reportajes en los barrios del extrarradio: se ocupan de establecer los contactos previos y les aseguran una escolta mientras dura el reportaje. Lo que no dicen es que en según qué sitios a estos *escort-boys* los reciben a pedradas... Esta sociedad está dirigida, entre otros, por uno de los animadores de la asociación de colaboracionistas *AC le feu!*, que surgió en Clichy-sous-bois durante las noches calientes de octubre de 2005 con el objetivo de calmar a los jóvenes (fue esta asociación la que organizó la gran misa ciudadanista de diciembre de 2005, evocada en las últimas páginas de *La racaille...*)

LA RACAILLE... se redactó en el invierno de 2005. En principio se trataba de un texto destinado a circular por Internet, pero *L'Echapée*, que estaba al tanto, se propuso publicarlo. El texto fue ligeramente reelaborado, pero no lo bastante. Hay que leerlo como una reflexión en voz alta plasmada en papel: los materiales están ahí, desordenados, con los cimientos apenas esbozados; el debate está abierto. Quien pretenda leerlo de otro modo se perderá en el transcurso de la lectura.

La racaille... respondía a una petición del otro lado de los Pirineos, a un texto redactado en caliente y titulado «Los malos tiempos arderán» ^[62] que quiso saludar la revuelta y desmarcarse de los análisis de Jaime Semprún sobre la barbarie y la guerra de todos contra todos (cuya culminación sería el extrarradio francés), que sostenían que la revuelta del otoño de 2005 era «nihilista». Los autores de «Los malos tiempos...» querían que les diese mi opinión sobre su texto, y en lugar de argumentar línea por línea, opté por escribir directamente sobre los sucesos. Eso es lo que explica, por ejemplo, la digresión sobre Hobbes y su teoría de la guerra de todos contra todos, evocada en el texto en cuestión.

La redacción de *La racaille...* también fue una reacción contra la incompreensión que la revuelta suscitó entre mucha gente, incluso entre quienes nacieron y crecieron en los barrios del extrarradio y habían apedreado alguna vez de jóvenes las furgonetas de la policía, que ya no se reconocían en esta nueva generación de la revuelta. Los hermanos mayores, pese a estar curtidos, manifestaban su aprensión ante la violencia furiosa de aquellos adolescentes. Con independencia del hecho de que la revuelta siempre produce ansiedad entre quienes la contemplan (*a fortiori* en tanto telespectadores), muchos de ellos no veían en esta revuelta más que violencia «canalla» exacerbada, opinión alentada por los incidentes del 23 de marzo de 2003 en París.

Tomé partido, pues, consciente de que la revuelta no tenía necesidad alguna de un panegirista. Pretender recrear la intensidad de la situación vivida sin haberla experimentado en primera persona habría sido una impostura, a la que por lo demás nos tiene acostumbrados la literatura «radical». La intensidad pertenece a los que encendieron el fuego y sólo a ellos. Pero quien esto escribe sabe también, por haberla experimentado en otros tiempos y lugares, que esa intensidad existe, cosa que los observadores profesionales, sociólogos o periodistas, desconocen (¿dónde habrán pasado su juventud?). Apenas hace falta añadir que, sin dejar de ser exterior, la mirada

62 Redactado y firmado por el Grupo Surrealista de Madrid, el Colectivo de Trabajadores Culturales de La Felguera (Madrid-Tenerife), Oxígeno (Logroño), Las malas compañías de Durruti (Logroño-Zaragoza) y Fahrenheit 451 (Madrid).

lanzada por *La racaille*... sobre la revuelta del otoño de 2005 procede de una experiencia propia: proximidad y distancia fluctúan a lo largo de todo el texto.

Este breve panfleto, publicado en Francia en la primavera de 2006, fue traducido y publicado de forma casi simultánea en España por *Pepitas de calabaza* bajo un título en mi opinión mejor por más breve: *¿Chusma?* En la primavera de 2009 apareció una versión italiana con el título «Il rogo delle vanità»; por otra parte, en septiembre de 2008 apareció una versión griega de la mano de AEOEI, titulada «Racaille: Av corroí eivca anoBpaauaxa... xoxe eifxca κλ eyca»; resulta agradable saber que algunos de los que hicieron arder Grecia en diciembre de 2008 habían leído *La racaille*...

Quería, además, responder al colectivo «Los indígenas de la República», a dos de cuyos signatarios conocía. Su declaración de intenciones, que había enfurecido a innumerables jacobinos, cuando menos tuvo el mérito de clavar una espina en la pezuña de la República. Pero la revuelta del otoño de 2005 iba mucho más allá de la cuestión planteada por los Indígenas, ceñida a la temática del «racismo postcolonial». Así pues, en el momento de la revuelta sus declaraciones se situaron al margen de ésta: si bien estuvieron entre los pocos en exigir inmediatamente la liberación de los detenidos, tengo la impresión de que los Indígenas veían a los sublevados como víctimas, mientras que estos se veían a sí mismos como combatientes.

Se imponía tomar partido tanto más por cuanto tras la calumnia mediática, ejecutada con contundencia y rapidez, llegó el tiempo de las racionalizaciones. A partir de noviembre de 2005 se abatió sobre el hexágono una lluvia de obras engendradas por colectivos de sociólogos, urbanistas o filósofos. Y la lluvia apagó el fuego. En realidad todas esas obras se hacían una sola pregunta: ¿cómo había llegado a producirse aquello? (y, por consiguiente: ¿cómo evitar que volviera a suceder?). El objetivo de *La racaille*... era a todas luces muy distinto.

La negatividad desatada durante la revuelta —puro goce de la destrucción— traspasó la opacidad de lo cotidiano. Pero no deja de ser completamente cierto que los sublevados actúan como habitantes del extrarradio. La entidad constituida por «la juventud de los suburbios» no es una creación temática de la sociología o de la policía, sino el resultado imprevisto del acondicionamiento del territorio. Y el urbanismo, que tenía por objetivo disolver cualquier forma de filiación territorial, ha hallado su límite en esta juventud, que improvisa espontáneamente nuevas filiaciones. Abordar la revuelta del otoño de 2005 haciendo abstracción de sus determinaciones concretas, por consiguiente, equivale a volverla completamente incomprensible, a ahogar sus líneas de fuerza y de debilidad y a convertirlas en pura retórica.

Sin duda, tres décadas de reflexiones y análisis sobre los «barrios con dificultades», los «problemas de los suburbios» o de los «inmigrantes de segunda generación» han logrado aislar una revuelta cuyo eco condena de forma inapelable a la «sociedad francesa» en su conjunto. Y por lo demás, ¿para qué seguir hablando de «sociedad francesa» en *La racaille*..., cuando la intención del texto era mostrar que en Francia ya no existe nada que constituya una sociedad? Ésta ha sido reemplazada por «lo social». Y lo social, por una paradoja meramente aparente, es algo que le debemos al Estado. Así pues, hoy tenemos seguridad social, asistencia social, vivienda social, centros sociales en medio de las viviendas sociales, etc. Incluso tenemos sociología.

Si bien el objetivo de *La racaille*... era meter el dedo en la llaga, no por ello dejó de filtrar por inercia algunos lugares comunes de la vulgata sociológica. Después de evocar el incendio de edificios comerciales o almacenes, el texto citaba la opinión de un joven

entrevistado por un medio cualquiera ante los escombros de una tienda incendiada: «No pagan impuestos porque el barrio tiene mala reputación. Sacan pasta a nuestra costa pero se niegan a darnos curro» (pág. 28 de la edición castellana). Pero pese a que sea cierto que a esas empresas no les gusta nada emplear a los jóvenes de los conjuntos HLM circundantes, dicha opinión parecía corroborar los lugares comunes acerca del paro como fuente de la revuelta. Como señaló pertinentemente un lector, más bien hay motivos para pensar que en muchos casos esos edificios fueron incendiados por gente que había trabajado en ellos y padeció allí la explotación más sórdida; de hecho, algunos de los incendiarios detenidos en noviembre de 2005 eran antiguos empleados de la empresa cuyas instalaciones habían incendiado... Es posible que en otros casos, jóvenes convencidos de que se les había negado un curro por el color de su piel o su lugar de residencia (o ambas cosas a la vez) aprovecharan las noches agitadas del otoño de 2005 para vengarse: en cualquier caso, no se trataba de una cuestión de paro. Vengar una afrenta a la dignidad humana puede, en efecto, ser motivo suficiente para incendiar un edificio, no así, desde luego, un vago resentimiento contra las empresas que «no dan curro». Lo que está en juego en este caso es la banalización de los lugares comunes sobre el problema del paro, que los jóvenes reproducen por cuenta propia cada vez que tienen que expresarse ante los medios, cuando el problema es más bien el del trabajo. Algo que la mayoría de ellos expresa con claridad desde el momento en que los micros y las cámaras se marchan en busca de otras entrevistas. Por lo demás, si aquel joven aceptó dar tal testimonio a petición de un medio de comunicación y ante unos escombros todavía humeantes, es que a todas luces no había sido él el incendiario...

Esas palabras, machacadas sin cesar, acaban funcionando de forma subliminal. Por ejemplo, en el discurso oficial un término como «exclusión» remite de forma automática a su doble, la integración. A fuerza de oírlos, no se percibe siquiera que entre ambos términos se opera un deslizamiento revelador. Si la exclusión, al menos en lo que respecta a la juventud de la *Suburbia* pobre, se califica de desgracia colectiva, la integración siempre se considera como una gracia individual. Integrarse supone dar la espalda al propio territorio, a los vínculos sociales, por tenues que estos sean: se habla de «excluidos», pero no de «integrados». Pongamos que un golfillo cualquiera monta una tienda de trapos free-style que acaba siendo conocida en el mundo entero, se trata de tú a tú con Nike y Reebok, etc. Se sabrá incluso que es de origen maliense y que vive en Sarcelles, etc. Se ha convertido en un individuo singular. Para un joven suburbano, integrarse significa dejar a su pandilla para acceder a la pura independencia individual, vivir como individuo singular, como ciudadano: «Tomados de uno en uno, son unos chavales estupendos...»

«Dominasteis a nuestros padres. Nosotros somos de la tercera generación y vamos a abrir la boca. Nos tratan como a perros. Estamos en paro, no tenemos dinero y nos consideran extranjeros...» Así, en plural, se expresaban los jóvenes de la urbanización HLM La Monnaie, en Romans (Isère). [63] Pero en cuanto se integra, un joven suburbano ya no se expresa más que en singular.

Basta con comparar la densidad del tejido de relaciones de alguien que se haya criado en un barrio de vivienda social con la de alguien que haya crecido en una zona residencial para comprender lo que está en juego en la problemática exclusión/integración [64]. Siempre se habla de exclusión en relación con los habitantes de las zonas HLM de la

63 En la periferia de esta pequeña ciudad de treinta y dos mil habitantes —¡hasta hace pocos años capital francesa del calzado!— estos jóvenes se enfrentaron a la policía durante todo el fin de semana del 27/28 de septiembre de 2008, tras la muerte de uno de los suyos durante una «contrapersecución» policial (incluso llegaron a disparar contra los CRS).

64 Dicho esto, nada impide tampoco que un ambicioso emprendedor explote esa densidad de relaciones para integrarse,

periferia lejana, nunca en relación con quienes pueblan áreas residenciales igual de periféricas y todavía más letales. En la actualidad, la mitad de la población francesa reside en *Suburbia*. Y lo que queda de la ciudad propiamente dicha apenas es otra cosa que una sucesión de barrios-dormitorio y barrios temáticos. Sin embargo, en esa red impenetrable hay zonas aisladas que son puntos de condensación de una desesperación que en las demás es silenciosa. Los jóvenes de las barriadas HLM comparten una experiencia que poca gente tiene ocasión de vivir en común. Lo que la sociología intenta conjurar mediante el discurso sobre «la juventud de los suburbios, víctima de la exclusión» es esta explosiva comunidad de la experiencia.

La exclusión o la marginación no se dan porque a uno lo manden a vivir a diez o quince kilómetros de la Torre Eiffel, sino porque le asignan residencia en un no-lugar, en un sitio que jamás será *habitado*. Uno se aloja (nos alojan, hablando con propiedad) pero no habita. Sólo las bandas de jóvenes se esfuerzan por habitar allí dónde sólo está permitido alojarse. Mientras que los militantes reclaman viviendas a gritos (y viviendas sociales, encima, guardándose muy bien de hacer el balance de la famosa «política de vivienda social») los jóvenes sublevados quieren algo que no se obtiene mediante negociaciones: quieren *habitar*. No existe una ciudad de la que estarían excluidos, como los judíos de la Venecia medieval, aparcados en su gueto; sólo hay un espacio organizado de tal modo que resulta inhabitable. Y en ese espacio hay determinados lugares donde todavía se experimenta la necesidad de habitar, lo que genera el sentimiento de frustración correspondiente.

La incapacidad del urbanismo para eliminar por completo esos puntos de condensación pone en evidencia el fracaso de los planificadores y les lleva a interrogarse sobre el «malestar en los suburbios» y el «fenómeno de las bandas juveniles».^[65] Hay que invertir este discurso: la banda no es el producto de la marginación, la banda es lo que le pone freno. Sin la banda no hay esperanza alguna de construirse una filiación, de crearse un territorio. Que este último sea efímero no cambia nada en lo que respecta a la verdad de la experiencia común. Por lo demás, la poli, que consigue infiltrarse en los grupos extremistas, reconoce su incapacidad para hacer otro tanto con las bandas. Y es que la pertenencia a éstas no se basa en el discurso, ya sea religioso o ideológico, sino en la realidad exclusiva de la experiencia cotidiana compartida, que no deja espacio a la mentira. Cuando en marzo de 2009, Sarkozy anunció un proyecto de ley que preveía penas de hasta tres años de cárcel por el simple hecho de pertenecer a una de las doscientas veintidós bandas censadas por la policía, sabía lo que hacía. «Formar parte con conocimiento de causa de una agrupación, incluso constituida de forma temporal, con el objetivo de cometer atentados voluntarios contra las personas y los bienes»: el sindicato de la magistratura puede resaltar el carácter impreciso de la noción de banda y denunciar que «a las jurisdicciones les será casi imposible demostrar la presunción de pertenencia a una "banda"». La imprecisión jurídica que rodea a tales nociones es precisamente lo que las dota de eficacia: en un estado de excepción, la precisión en la calificación de los hechos ya no es de rigor. Lo que la policía y la justicia tendrán que perseguir es, ante todo, cierta relación con el mundo.^[66]

caso de tal o cual *racailleux* reconvertido, que monta una empresa de seguridad embaucando a sus antiguos amigos...

65 Hará alrededor de unos veinte años, a un conocido mío le presentaron a un arquitecto, artífice de muchas ciudades nuevas de los alrededores de París, que decía estar desconsolado de constatar que tras haber hecho todo lo posible para ofrecer espacio, aire y luz a los jóvenes de los grandes conjuntos HLM, estos últimos preferían la oscuridad y estrechez de los garitos...

66 Se trata de la misma imprecisión que caracteriza a las leyes antiterroristas, y que permitió, por ejemplo, detener y encarcelar el 11 de noviembre de 2008 a un grupo de disidentes acusados de sabotajes bajo la acusación de terrorismo.

Estar integrado es estar solo, ser independiente, según se dice. Sin embargo, en el espacio espectral de la metrópoli, donde ya sólo viven individuos singulares, se producen concentraciones imprevistas que trasladan la perturbación al centro de lo que en otro tiempo fue la ciudad. En enero de 2008, un centenar de jóvenes conectados por Facebook se citaron en el centro de Rodez y se dedicaron a saquear y cometer pillajes en un gran almacén; en marzo, una cita también concertada a través de Facebook concentró en una plaza de Tours a trescientos jóvenes que incendiaron contenedores de basura y arrojaron proyectiles contra la policía... (el grupo Facebook en cuestión se montó poco tiempo antes con el objetivo explícito de reunir al máximo de gente para celebrar una fiesta «salvaje» en esa plaza, habitualmente tomada por los turistas). La clase media blanca, que había confiado a sus retoños a los ordenadores, descubre de repente que éstos pueden ser utilizados para salir del anonimato, que la lastimosa pobreza del intercambio virtual no llega nunca a borrar del todo la nostalgia de un intercambio real y que una noche de masturbación internáutica no reemplazará jamás a la emoción de una banda que irrumpe en una calle peatonal o un centro comercial...

La banda, pues, es una forma elemental de comunidad que abarca desde el reagrupamiento espontáneo de amigos acostumbrados a callejear juntos hasta formas más electivas y más organizadas. Pero, ¿en qué se convierten la intensidad y la energía invertidas en una forma de vida común cuando ésta sufre la erosión de la cotidianidad (o de la cárcel)? El capital es capaz de reciclar todas las energías, como se constata en esas empresas de seguridad que contratan a jóvenes (a menudo cada vez más jóvenes) que han sobrevivido a situaciones extremas o a la cárcel. Convertidos en agentes de seguridad, a menudo odiosamente diligentes, les envían a expulsar a los okupas o a vigilar los supermercados del extrarradio pobre. (O cómo darle la vuelta al furor y ponerlo al servicio del capital... sin olvidar, no obstante, que el celo profesional de estos *pentiti* [67] podría no ser a toda prueba.)

LA RELACIÓN de la banda con el exterior es negativa, más aún cuando se trata de otro tipo de bandas, más ligadas a una moda (véase, por ejemplo, el odio de los jóvenes del extrarradio, de *look* más bien hip-hop, contra los *heavys* o los góticos, en los que no ven, a menudo con razón, más que niños bien dándose tono). Una palabra más acerca de los incidentes que se produjeron en el transcurso de las manifestaciones de enseñanza media de la primavera de 2006, evocados por *La racaille*... en la página 123: parece ser que en realidad las agresiones de las bandas de los suburbios contra los manifestantes se circunscribieron a París. En otras ciudades, los jóvenes de origen inmigrante procedentes de los suburbios hicieron causa común con los jóvenes *frankaoui* de la ciudad contra la policía. Es el caso de Toulouse, donde los lazos forjados entre unos y otros en noviembre de 2005 tuvieron continuidad en el transcurso de las manifestaciones anti-CPE. Pero no es esto lo más importante.

Los incidentes del 23 de marzo de 2006, sobre todo los de la explanada de los Inválidos, provocaron *la unión sagrada de todos los defensores del orden republicano*. No obstante, y sea cual sea la opinión que nos merezcan esas agresiones, pusieron de relieve lo siguiente: para muchos jóvenes suburbanos, las manifestaciones no tienen en absoluto el carácter ecuménico y aglutinador que se les atribuye (y nos referimos por igual a manís de jóvenes, de estudiantes de secundaria, de universitarios, etc.). Como decía un texto redactado durante la primavera de 2006, «En definitiva, es más bien la categoría de "manifestante" la que habría que poner en entredicho: el ritual de las manifestaciones pacíficas con itinerario pactado, consignas y dispersión obligatoria al final del recorrido,

67 *Pentiti*. («Arrepentidos») Denominación que se da en Italia a los ex miembros de organizaciones subversivas o mañosas que deciden colaborar con la justicia delatando a sus ex compañeros a cambio de beneficios penitenciarios u otra clase de incentivos. (N. del t.)

¿acaso no es un instrumento del poder para impedir el desarrollo espontáneo de las luchas sociales?» Tras denunciar que las manis siempre evitan los suburbios, el texto seguía diciendo: «Así pues, para atraer a la juventud rebelde de los barrios populares, hay que inventar nuevos medios de lucha, empezando por buscar nuevos itinerarios para las manifestaciones. Las asambleas de la coordinadora de estudiantes (que incorporó a sus reivindicaciones la amnistía para los rebeldes de noviembre y la derogación de la Ley para la Igualdad de Oportunidades), propusieron una y otra vez recorridos que atravesaran el extrarradio o los barrios populares de París, pero los sindicatos que negociaban finalmente las autorizaciones con la prefectura hicieron sistemáticamente caso omiso de sus votos para sacrificarlos en el eterno rito de *République-Bastille-Nation* o *Denfert*». [68]

La elección de los itinerarios por parte de los organizadores es muy reveladora. En París (donde una manifestación jamás franquea la periferia), igual que en las demás ciudades, toda manifestación discurre invariablemente por los grandes bulevares. Estos últimos no sólo tenían por función rehuir la opacidad de la ciudad popular, donde el motín se transformaba fácilmente en insurrección, sino también ofrecer un espacio capaz de canalizar el motín (posibilidad siempre presente) transformándolo en cortejo de manifestantes. En la actualidad la mayoría de éstos vive en un espacio suburbano organizado más bien mediante circunvalaciones que por bulevares... En otras palabras, la protesta institucional organiza una especie de esquizofrenia espacial que no afecta a las bandas suburbanas. Antes bien, dan prueba de un sentido muy agudo de los espacios que atraviesan.

En definitiva, el hecho de que las bandas no se integren en las manifestaciones debería considerarse como un signo positivo, pues convendría impugnar el principio mismo de la manifestación, ese paseo simbólico concebido para despojar a la gente de su energía. La manifestación está calcada sobre el modelo del escrutinio electoral: la fuerza del número. Pero ese número, convertido en masa, no tiene importancia estratégica alguna, ya que sólo se trata de mostrarse. Y no de mostrar el peligro potencial de una multitud reunida y capaz de desatar esa fuerza, sino de mostrar su desarme de principio a fin, su acatamiento del itinerario impuesto. [69] «Demostración de fuerza», proclaman los medios al día siguiente de una jornada de manifestaciones sindicales. Hace mucho tiempo que las manifestaciones ya no son otra cosa que demostraciones de debilidad. ¡Tanta gente en la calle para hacer tan pocas cosas! Y pese al carácter vagamente festivo que pretenden atribuirse desde hace un decenio, las manis jamás podrán rivalizar con el fervor de una procesión religiosa o el ambiente delirante de un cortejo de carnaval. Es fácil comprender que la juventud exaltada de los suburbios no se sienta a gusto en unas manifestaciones que además transcurren siempre lejos de su territorio. Y ni siquiera les atrae el enfrentamiento habitual de fin de mani: en septiembre de 1990, los anarcos se quejaron de que a las bandas suburbanas lo único que les interesaba era saquear el barrio de Montparnasse, y que al final de la jornada les dejaron enfrentarse solos a los CRS ante la Asamblea Nacional. Y es que para estos jóvenes, el enfrentamiento con la policía no tiene nada de simbólico: es una guerra larvada, cotidiana, en la barriada, donde hay un territorio que defender.

Visto lo anterior, se comprende que la alusión al Euro May Day que figuraba al final

68 Texto con fecha 26/04/2006, firmado por Janos y Siryne Z., y publicado en el sitio www.indigenes-republique.org

69 Uno de los acontecimientos más notables que se produjo durante el movimiento anti-CPE de la primavera de 2006, fue esa noche de abril en la que varios miles de personas se desplazaron de forma espontánea por París, saqueando al pasar todo lo que merecía serlo: en este caso no se trataba en absoluto de manifestarse sino de deambular, de una especie de deriva política con un itinerario imprevisible e inaprensible. Cabe dudar, no obstante, de que un paseo de estas características pudiera darse en el extrarradio, donde el espacio es a la vez laxo y fragmentado. Habrá que idear otros modos de desplazamiento salvaje...

de *La racaille*... sorprendiese a más de un lector. Tanto más si tenemos en cuenta que quienes animan el Euro May Day en París son ante todo eventuales del espectáculo, es decir, gente más bien ajena a los jóvenes proletarios del extrarradio. ¿Cómo podrían estos últimos —de los que ya dije antes, al hablar de los movimientos de los parados y de los sinpapeles, que no tienen ningún derecho particular que defender dentro de la sociedad— reconocerse en un programa como el del Euro May Day? («Conquista de nuevos derechos para los precarios.») ¿Y cómo podría esperarse que quienes provocaron el estado de emergencia se sumasen al «Desfile de los precarios», que combina el estilo del Orgullo Gay con el cortejo sindical clásico?

También hay que criticar la noción de precariado, corazón del Euro May Day. El trabajo precario no es más que una forma del salariado llamada a recuperar la importancia que tenía antes de la era fordista, e incluso más aún. Ni siquiera define a todos los jóvenes trabajadores procedentes del extrarradio: ¿qué decir de los *working poor* que tienen contratos indefinidos? Pretender constituir a toda costa un sujeto «precario» es razonar, de forma clásicamente sindical, en términos de contrato. Hoy en día el contrato de trabajo ya no garantiza nada, como han podido comprobar esos empleados que llegan una buena mañana a los locales de la empresa donde llevan años currando y descubren que durante la noche las máquinas y las existencias han sido trasladadas a la otra punta del planeta. La precariedad es esencialmente dependencia. Y esta última es universal. Las huelgas en los centros de llamadas, por ejemplo, son un signo de que la mano de obra flexible y desmovilizable ya no se deja imponer el chantaje de la falta de trabajo. Cabe hacer la misma observación a propósito de las luchas de los parados o de los sinpapeles: lo esencial no está en las concesiones que puedan arrancar, siempre relativas, sino en la constitución de una experiencia común, de un saber, de una sensibilidad que les sea propia y les haga fuertes.

HAY UNA pregunta que me plantean una y otra vez cuando me invitan a hablar de la revuelta de 2005 fuera de Francia: ¿los sublevados tomaron después la palabra? Y también, se sobreentiende: ¿cogieron la pluma? El texto publicado como anexo, «La revolte fait rage», que circuló por Internet y cuyo estilo, incisivo y sin justificaciones, expresa muy bien el espíritu de la revuelta, es un caso único: cuando los insurrectos de los suburbios toman la palabra, adoptan las formas de expresión del *rap* o del *slam*, dando prioridad a la deuda verbal sobre lo escrito y a la réplica y a la metáfora sobre la demostración.

Durante el año 2006 circuló un Street-CD de *raps* de los suburbios que tenía muy poco que ver con el *rap* aséptico que goza del favor de la banda FM. «*Quel con je voulais devenir quelqu'un / J'ai cramé l'école, elle m'a rendu quelconque / Rien à foutre que la terre soit ronde / Après tout on sera pas les maitres du monde*»...^[70] Dicho CD acompaña a una revista «de un solo número» de título elocuente: *C7 H16 - G la rage* (C7 H16 es la composición química de la gasolina). El número en cuestión contiene excelentes crónicas en primera persona de la vida cotidiana en el extrarradio. La presentación lo deja bien claro: «Al llegar el invierno, los suburbios ardieron, y tanto mejor». Eso es lo que nos distingue de los comentarios sociológicos. «El fuego se propagó por todas partes. Y volverá a propagarse por sí solo, pues esta revuelta es más profunda que todas las consignas.» Mientras que el discurso ideológico —incluso radical— es incapaz de salir del marco de lo escrito, la juventud insurrecta redescubre la práctica de la oralidad, que precisamente la escuela de la República ha logrado erradicar en todos los demás lugares.

Sean cuales sean sus límites, la revuelta endémica de la juventud suburbana tiene el

70 «Qué gilipollas, quise llegar a ser alguien / Quemé la escuela, ella me convirtió en cualquiera / Qué más me da que la tierra sea redonda / si al fin y al cabo no vamos a ser dueños del mundo.» (N. del t.)

mérito de existir. Sin líder, sin organización, con la sola energía de la cólera y del ardid, se ha convertido en una espina en la pezuña de Francia. Los insurrectos no buscan «interpelar a la sociedad», como la generación de 1981 con la Marcha de 1983. La cuestión es saber cómo este *ejército de reserva de la negación* podrá confluir con otras tropas de la insatisfacción social, las de los hijos de la clase media blanca, precarizados a su vez y enfrentados a la violencia del Estado.

No son los centenares de miles de manifestantes que desfilan últimamente durante cada huelga general de veinticuatro horas, bien encuadrados por los sindicatos y repitiendo el mismo ritual vacío y triste, quienes hacen temblar al gobierno francés, sino los jóvenes escolares y de enseñanza media que improvisaron el pasado mes de diciembre concentraciones incontroladas y que «ni siquiera tienen eslóganes» (director de instituto *dixit*) con motivo de un proyecto de ley del ministro de Educación, Xavier Darcos. Muchos de estos desfiles están acompañados de actos vandálicos, agresiones contra los directores de los centros y enfrentamientos esporádicos con la policía.

Los responsables del mantenimiento del orden saben muy bien que bastaría con que uno de estos jóvenes «manifestantes» muriese bajo los golpes de la policía para que todo estalle, y saben perfectamente de lo que ésta es capaz. Se puede formar a miles de polis y ponerles a ejercer la intimidación violenta a gran escala, pero no se les puede controlar en todo momento. En la actualidad bastaría un solo muerto para desencadenar una revuelta general de la juventud: y las cosas no serían en absoluto como en diciembre de 1986, tras el asesinato de Malek Ousseine por los sicarios de la prefectura de policía. Ningún líder estudiantil o SOS-Racismo, ni siquiera con el apoyo del servicio de orden cegetista, podría impedir que los jóvenes de los suburbios y los de la clase media desclasada confluyesen en la calle: en una estación, en el parking de un hipermercado, en cualquier lugar donde se pueda atacar por sorpresa.

Somos muchos los que sabemos que esa posibilidad atormenta a los gobernantes, y constatamos su miedo el pasado mes de diciembre, cuando llegó la onda de choque de la revuelta en Grecia. Tras varios días de motines en la mayor parte de las ciudades griegas, el ministro de Educación francés anunció súbitamente el aplazamiento *sine die* de su proyecto de ley, sin más comentarios, para cortar de raíz las manifestaciones incontroladas. En ese mismo momento, el antiguo primer ministro socialista Laurent Fabius declaraba: «Por desgracia, lo que estamos viendo en Grecia no es tan distinto como cabría suponer de lo que podría llegar a suceder en Francia...»

Alessi DELL'UMBRIA Abril 2009

11 Anexo

LA REVUELTA SE HA desencadenado, la guerrilla urbana se ha instalado en todos nuestros barrios. Las causas: injusticia social, violencia cotidiana, discriminación, marginación, condiciones de vida insostenibles. Ahora ya es demasiado tarde para que los mandamases adopten nuevas medidas para establecer condiciones de vida

soportables en nuestros barrios, que de todas formas nunca fueron habitables y no lo serán jamás. Ya no queremos dialogar con el gobierno; a nuestros padres y a nuestras familias ya los engañaron de sobra con discursos. El diálogo se ha roto definitivamente: no creáis que nos vais a adormecer. No CONTÉIS CON SEGUIR MANIPULÁNDONOS, ni siquiera recurriendo a imanes y portavoces a los que instrumentalizáis e impulsáis para que hagan llamamientos a la calma. No tenemos armas de destrucción masiva, tan sólo algunos botellines explosivos; no tenemos bombarderos, tan sólo nuestros bolsillos. Pero temblad pequeños barones de Neuilly, porque estamos ante la puerta de vuestras casas y organizamos el ataque a vuestros centros urbanos. La lucha iniciada será larga, y nuestro combate es justo. La sociedad nos ha creado, y eso prueba que esta civilización corre hacia su ruina. Ya no tenemos nada que perder, preferimos morir rodeados de sangre que de mierda.

Unos combatientes de la revuelta del 93

12 Glosario

ANPE: Agence Nationale Pour l'Emploi. (Agencia Nacional Para el Empleo).

ASSEDIC: Association pour l'Etude des Dossiers d'Indemnisation des Chômeurs (La conjunción ANPE y ASSEDIC equivale al INEM español).

BAC: Brigades *Anti-Criminalité* (Brigadas *Anti-Crimi*-nalidad).

CAF: Caisse d'Allocations Familiales. Organismo francés encargado de las ayudas familiares.

CGT: Confederación General del Trabajo (sindicato controlado por el PCF).

CIP: Contrato de Incitación Profesional (fórmula que apunta a legalizar el empleo precario y sub-pagado, que Chirac intentó hacer aprobar en vano en 1995).

CRS: Compagnies Republicaines de Sécurité (Antidisturbios).

CSL: Confederación de Sindicatos Libres, pseudo-sindicato de asalariados creado en realidad por determinados patrones gaullistas y que sólo ha logrado imponerse en un número muy pequeño de empresas.

FLNKS: Frente de Liberación Nacional por una Kanaky Socialista.

FN: Frente Nacional.

GIGN: Grupo de Intervención de la Gendarmería Nacional (asesinos de élite, dependientes del Ministerio de Defensa).

HBM: Habitations á Bon Marché (Viviendas Baratas).

HLM: Habitations á Loyer Moderé (Viviendas de Alquiler Moderado, equivalente de las VPO españolas)

LSQ: Loi de Sécurité Quotidienne (Ley de Seguridad Cotidiana, la cual prevé, entre otras cosas, una pena de prisión para todo aquel que sea detenido diez veces por haber viajado sin pagar en el tren o el metro).

MEDEF: Mouvement d'Etudes et de Défense des Entrepreneurs Français (el gran club de la patronal francesa).

OS: Obrero Especializado (el obrero fordista de las cadenas de montaje, cuyo trabajo se reduce a unos cuantos gestos mecánicos). El término se ha vuelto tan peyorativo que en la actualidad se dice «Agente de Fabricación».

OP: Obrero Profesional (el obrero cualificado que efectúa intervenciones más complejas que los OS).

RATP: Régie Autonome des Transports Parisiens (Compañía Autónoma de los Transportes Parisinos, autobús y metro en el interior de París).

RER: Réseau Express Regional (tren expreso que comunica el extrarradio con París).

RMI: Revenu Minimum d'Insertion (Ingreso Mínimo de Inserción, establecido por los

socialistas a finales de los años ochenta). Destinado a los desempleados que no se benefician de indemnizaciones.

SNCF: Société Nationale des Chemins.de Fer. Equivalente francés de la RENFE.

SONACOTRA: Société Nationale d'Accueil et d'Orienta-tion des Travailleurs (administra varias decenas de residencias donde se alojan trabajadores solteros, principalmente inmigrantes).

SUD: «Solidarios, Unidos & Democráticos» (sindicato alternativo nacido en Toulouse hace unos diez años, que rechaza el colaboracionismo de las grandes centrales sindicales y el sectarismo de la CNT).

Este libro se terminó de imprimir durante los últimos días de agosto de 2009.
Que nos quiten lo bailao.